

EL CULTURAL

29 de julio de 2022

2€
elcultural.com



Agosto

Grandes obras, hechos
y personajes que han
reflejado y protagonizado
el mes más veraniego

GSA

El cuento de Pablo Remón / *Luz de agosto* / *El Jarama* / Pavese / Lorca en Nueva York / Aldecoa / Umbral / Augusto / La Gran Guerra / Hiroshima / La Asunción en el arte / *Los girasoles* / *La verbena de la Paloma* / Salzburgo y Bayreuth / *Tío Vania* / *Un tranvía llamado Deseo* / Elvis / *Verano del 42* / Marilyn Monroe / Rohmer





CASTILLA Y LEÓN

APERTURA DE MONUMENTOS EN CASTILLA Y LEÓN

+ VERANO 2022 +
DEL 12 DE JULIO AL 11 DE SEPTIEMBRE

**Y tú,
¿cuándo
vienes?**



**Junta de
Castilla y León**



LUIS MARÍA ANSON

de la Real Academia Española

El color de agosto

En el teatro alternativo El Montacargas asistí hace muchos años a *El color de agosto*, una de las obras clave de esa excepcional dramaturgia que es Paloma Pedrero. Celia Freijeiro y Marta Larralde interpretaron la comedia, y desde entonces, agosto tiene para mí el color de los nuevos libros.

ESLAVA GALÁN

El académico de la Real Academia Española, José Terceiro, me recomendó *Viaje a Tierra Santa* (Booket), de Eslava Galán y Antonio Piñero. No se equivocó. Es mucho más que un libro de viajes. Sus autores indagan en Tierra Santa, en Turquía y en Grecia los orígenes del cristianismo. Dejan constancia de lo que creen verdadero y ponen en el alero muchas “verdades” discutibles. El lector recorre los paisajes de la tierra y del alma del territorio liminar del cristianismo.

AVA GARDNER

Mearene Jordan, asistente de Ava Gardner, se adentra en la psicología de la actriz en *Mi vida con Miss G.* (Notorius). Por encima de la belleza brillaba en la intérprete de *La noche de la iguana* su calidad de gran actriz, arropada siempre por la cámara

que la acariciaba. El libro refleja la vida desconocida de Ava Gardner, al menos en parte, y también su amor por Sinatra y la devoción con la que distinguió a España, al flamenco y a Goya. Tuve la suerte de conocer a Ava Gardner en su época más estelar y el relato de Jordan no desmerece la realidad.

VIRUCA YEBRA

He terminado de leer *La última condesa nazi* (Planeta) sin apartarme un minuto de esta extensa novela de Viruca Yebra. La obra abarca tres décadas de la Europa más convulsa en la vida de Clotilde von Havel, casada con un oficial del Ejército de Hitler, cuñada de un ideólogo nazi, y con un sobrino cabecilla en las SS. Viruca Yebra es una periodista de reconocido prestigio. Ofrece al lector una escritura eficaz y transparente. Dispone de una larga experiencia literaria. Ha escrito una gran novela, muy bien construida, brillante en la psicología de los personajes, certera en los diálogos y robustecida por un interés argumental que se mantiene a lo largo de toda la narración.

LA GUERRA DE PORTUGAL

Cuando en 1580 Felipe II se convirtió en Rey de Portugal,

soberano de Brasil, de Angola, de Mozambique, de Guinea, de Goa, Damao y Diu, de Timor y Macao, el imperio español alcanzó sus más altas cotas de esplendor. Enrique F. Sicilia en *La guerra de Portugal* (Actas) relata con una documentación concluyente, con un rigor histórico impecable y con reflexiones de largo alcance, la guerra entre 1640 y 1668, de la separación portuguesa de las Españas. Libro imprescindible.

LOS MITOS DE LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE

Antony Beevor es un historiador británico que se distingue por el rigor histórico y la seriedad investigadora. En su libro *Rusia* (Crítica) estudia la revolución y la guerra civil entre 1917 y 1921. Cuatro años en los que cayó la monarquía zarista y se encaramó el comunismo en el poder. La pluma de Beevor desmonta uno a uno los mitos del dictador leninista, demostrando que “nadie superó en inhumanidad” a los cómplices de Lenin. Los asesinatos y las purgas desfilan por el libro. Las atrocidades de aquel cuatrienio resultan abominables.

CLARA JANÉS

Nadie negará a Clara Janés,

académica de la Real Academia Española, el lugar relevante que ocupa en nuestra república de las Letras. Desde *Las estrellas vencidas* en los primeros sesenta hasta *Movimientos insomnes*, selección a cargo del gran Jaime Siles, un reguero de libros conforma su vida. A ella debemos también traducciones de poetas en idiomas insólitos. Publica ahora Clara Janés *Resonancias* (Cátedra), antología poética 1964-2022, en edición al cuidado de Jenaro Talens. La obra literaria de Clara Janés es ingente y el lector la apreciará en este libro en el que se arrancan los mejores versos de la autora y se condensa y analiza su obra literaria sin fronteras.

LA MÁLAGA DEL SIGLO XVII

Francisco Guerrero López ha descargado el copioso equipaje de su conocimiento sobre la Málaga del siglo XVII en una novela de calidad narrativa y de interés creciente, con una doble arquitectura muy bien construida. A *La casa de las seis cabezas* (Genal) le preceden una docena de novelas que cosecharon éxitos consistentes. El lector no se arrepentirá de leer este último relato de Francisco Guerrero que interesa y emociona de principio a fin. ●

CHAZ PRODUCTIONS
PRÉSENTA

FASCINANTE. PODEROSA. IMPONENTE.

LE MONDE

LE FIGARO

TÉLÉRAMA

VALERIA
BRUNI TEDESCHI

MARINA
FOIS

PIO
MARMAÏ

AISSATOU
DIALLO SAGNA



6 NOMINACIONES
PREMIOS CÉSAR
MEJOR PELÍCULA
MEJOR GUION | MEJOR ACTRIZ



FESTIVAL DE CANNES
COMPETITION
2021 OFFICIAL SELECTION



Festival Internacional
de Cine de Gijón
GANADORA
PREMIO DEL PÚBLICO

LA FRÁCTURA

UNA PELÍCULA DE
CATHERINE CORSINI

con JEAN-LOUIS COULLOCH, CAMILLE SIVASTIERRE, MARIN LAURENS, CAROLINE ESTREMO, FERDINAND PEREZ, CLÉMENT CHOLET, RAMO CHOUAÏR, NORMAN LASKER escrita por CATHERINE CORSINI con la colaboración de LAURETTE POLMANNS y AGENES FERRIERE. producción JEANNE LAPORTE (PAC) coproducción FRÉDÉRIC GUILLETACHE. música original BOB SHAW. NICOLAS CANTIN, HANNY MARTIN, JEANNE DELPANCIO, OLIVIER GONNARD. diseño de producción TOMAS BRUENDEL. dirección artística JOLIE ALLIOME. asistente de dirección ALEXANDRA DEBENI. coreografía BÉNÉDICTE CHARBLAY. producción asociada ALEXIS GENAZOU. año de producción ANCELINE MAUSSON. producción por ELISABETH PEREZ. coproducción por ANNE LAURE & JEAN LABRODE. con coproducción de CHAZ PRODUCTIONS FRANCE, 3 CINÉMA AUVERGNE RHÔNE-ALPES CINÉMA, LE PACTE. con la participación de CANAL+ CINE+, FRANCE TÉLÉVISIONS, LA RÉGION AUVERGNE RHÔNE-ALPES en colaboración con CNC con el apoyo de LA SACEM y le Centre National du Cinéma et de l'Image Animée. en asociación con SIBOTICINE, B. CINÉMA 15, CINÉMA 2. distribución en Francia LE PACTE. ventas internacionales KINOLOGY.

© 2021 CHAZ PRODUCTIONS - FRANCE 3 CINÉMA AUVERGNE RHÔNE-ALPES CINÉMA - LE PACTE

CHAZ france+3cinéma AUVERGNE RHÔNE-ALPES CINÉMA CANAL+ CINE+ france-tv La Région Auvergne-Rhône-Alpes KINOLOGY Le Pacte Cinéma 15 Cinéma 2

with the support of the Creative Europe Programme. MEDIA

29 DE JULIO EN CINES

LE CERCLE ROUGE / PH. BILLOUT / PHOTOS CAROLLE BETHUEL

EL CULTURAL

Presidente
Luis María Anson

Editora
Blanca Berasátegui

Director
Manuel Hidalgo

Subdirectora
Paula Achiaga

Jefes de Redacción
Nuria Azancot, Javier López Rejas

Jefes de Sección
**Luisa Espino, Alberto Ojeda y
Fernando Díaz de Quijano (Web)**

Redacción
**Javier Yuste
y Rubén Vique (Diseño)**

Críticos: Juan Avilés, J. M. Benítez Ariza, Túa Blesa, Ernesto Galabuiig, Ángel Calvo Ulloa, Adolfo Carrasco, Pilar Castro, José Luis Clemente, Jacinta Cremades, Enrique Encabo, Carlos F. Heredero, Pilar G. Mouton, Fran G. Matute, Fernando Golvano, Álvaro Guibert, Germán Gullón, José Antonio Gurpegui, Francisco J. Irazoki, José Jiménez, Inmaculada Maluenda, María Marco, Begoña Méndez, Nadal Suau, Rafael Narbona, Rafael Núñez Florencio, José M^a Parreño, Liz Perales, Marta Ramos-Yzquierdo, Arturo Reverter, Carlos Reviriego, Luis Ribot, Ascensión Rivas, Carlos Rodríguez Braun, Bernabé Sarabia, Santos Sanz Villanueva, Álvaro Valverde, José M^a Velázquez-Gaztelu, Lourdes Ventura, Jaume Vidal Oliveras, Rocío de la Villa y Elena Vozmediano

Edita Prensa Europea S.L.
Avenida de Burgos, 16 D. Planta baja
Madrid - 28036
elcultural@elcultural.es

Publicidad:
Elena Ayuso (tel. 682 701 215)
eayuso@elcultural.es

EL CULTURAL se vende en quioscos y
librerías especializadas al precio de 2€

Imprime Comeco Gráfico
Depósito legal: M-4591-2012
ISSN: 1576-6950



SUMARIO

29 DE JULIO DE 2022

AG OS TO



PORTADA
Ilustración de
Guillermo
Serrano Amat
para El Cultural

OPINIÓN

PRIMERA PALABRA.

3. El color de agosto,

POR LUIS MARÍA ANSON

MÍNIMA MOLESTIA.

30. Agosto, página 182,

POR IGNACIO ECHEVARRÍA

CARPETA

CUENTO DE AGOSTO.

6. El origen de las especies,

POR PABLO REMÓN

20. Ocho poemas con verano

28. Cartas desde Europa,

POR MERCEDES CEBRIÁN,

JUAN GÓMEZ BÁRCENA, BIBIANA CANDIA,

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS Y LUNA MIGUEL

IN MEMORIAM

12. Cesare Pavese, la última llamada,

POR JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

18. Francisco Umbral, un dandi con espín,

POR J. J. ARMAS MARCELO

48. Elvis Presley, último adiós en Graceland,

POR JAVIER LÓPEZ REJAS

52. Marilyn Monroe, el camino a Brentwood,

POR FELIPE CABRERIZO

LETRAS DE ESTÍO

NOVELAS. 8. William Faulkner.

Luz de agosto, POR JOSÉ ANTONIO GURPEGUI

10. Rafael Sánchez Ferlosio.

El Jarama, POR ASCENSIÓN RIVAS

POESÍA. 14. Federico García Lorca.

Poeta en Nueva York, POR NURIA AZANCOT

RELATO. 16. Ignacio Aldecoa.

Los pájaros de Baden-Baden,

POR LOURDES VENTURA

CRÓNICAS

DE LA HISTORIA

22. Agosto, el hombre del mes,

POR DAVID BARREIRA

24. La Gran Guerra,

37 días para desatar el infierno,

POR ADOLFO CARRASCO

26. Hiroshima: Y el horror

nuclear abrasó la Historia,

POR RAFAEL NÚÑEZ FLORENCIO

LA ESTACIÓN PLÁSTICA

PINTURA. 32. De Tiziano a Dalí,
las versiones de la *Asunción*,

POR SAIOA CAMARZANA

34. El agua, en la pintura

veraniega, POR MARÍA MARCO

36. Van Gogh reinventa el girasol
en Arlés, POR ALFREDO ASENSI

FOTOGRAFÍA. 38. Un buen baño
de masas, POR PAULA ACHIAGA

EL VERANO, A ESCENA

ZARZUELA. 40. *La verbena de la Paloma*, fantasía castiza,

POR ARTURO REVERTER

ÓPERA. 42. *Pagliacci*, el crimen del payaso celoso, POR JAIME CEDILLO

DANZA. 42. *La siesta de un fauno* o la bestialidad erótica de Nijinsky,

POR ELNA MATAMOROS

CLÁSICA. 44. Bayreuth y Salzburgo, así suena la música europea,

POR FERNANDO DÍAZ DE QUIJANO

TEATRO. 46. *Tío Vania*, un tiempo muy bueno para ahorrarse, POR LIZ PERALES

46. Marlon Brando suda la camiseta en *Un tranvía llamado Deseo*,

POR ALBERTO OJEDA

FINAL

58. Nubes de verano, POR JOSÉ CARLOS LLOP

EL CULTURAL volverá a los quioscos con sus secciones habituales el viernes 2 de septiembre.
Siga al minuto las noticias y la actualidad cultural del día en elcultural.com. ¡Feliz agosto!

El origen de las especies

Pablo Remón

Muy buenos días. Les pido por favor su atención unos instantes. Lejos de mi intención molestar a nadie. Ustedes ya han vivido esto. Forma parte de su día a día, porque lamentablemente cada vez somos más los que estamos atravesando una situación de mendicidad. Créanme, señores, que yo soy la primera que preferiría estar en otro sitio, y no aquí, en este vagón de metro. Pero aquí estoy. Y ustedes también. Y ahora yo me veo en la tesitura de contar algo a ustedes, algún tipo de historia o fábula, cuyo propósito último será el de pedir a ustedes una remuneración preferentemente económica, lo que viene siendo una limosna, limosna que servidora pretende intercambiar por bienes y servicios indispensables. Pero nunca, repito, nunca, se intercambiará el susodicho dinero o limosna por droga, lo que hago explícito aquí, al principio de esta alocución mía, para los que andan diciendo que si la Sagrario se droga que si la Sagrario anda por los polígonos. NO ES CIERTO. Esa vida quedó atrás, y lo que sobrevive ahora es lo que ven ustedes: la pura existencia resplandeciente, la piscina infinita del presente. En esa piscina nado, esa es ahora mi droga, señores.

En aquel tiempo, comienza la fábula, los días eran largos y no se veía un futuro manifiesto, cuando un día entré, quién sabe si por casualidad o si movida por ese calor interior que se ha venido en llamar inspiración, en la estación de Mediodía, llamada a posteriori de Atocha. Iba yo con la intención de pedir, que no de robar, porque robar no he robado nunca, y no se me dio mal la mañana porque algo saqué. Dicha estación acababa de ser reformada por un buen amigo mío, Rafael Moneo, que después dejó de hablarme a resultas de expresar yo un juicio negativo sobre su trabajo. Así de frágil es el ego de los arquitectos de fama y fortuna, señores. La reforma incluía un inmenso jardín tropical, con palmeras cubanas y palmeras washingtonianas y heloconias y aves del paraíso. Me encontraba yo sentada en dicho jardín cuando me di cuenta de que algo se movía a mi lado: era una tortuga. Había trepado hasta donde yo me encontraba y me miraba con ojos enfermos, estirando su cuello y pidiendo comida. Su situación se me antojó no muy diferente

de la mía, y enseguida le cogí cariño a ese anfibio tristón y de caparazón blando, de nombre latino *apalone spinifera*.

He de decir ahora, en aras de la correcta progresión del relato y por tanto, de su hipotético valor pecunario, que aunque ustedes me ven así ahora, arrastrando este cuerpo maltrecho de vagón en vagón del metro, en una existencia anterior yo fui un importante biólogo británico del siglo XIX, de nombre Alfred Russel Wallace. Yo fui en otra vida naturalista, explorador, geógrafo, antropólogo y biólogo, y formulé la teoría de la evolución a través de la selección natural de manera independiente a la de mi rival, ese que acaparó laureles, Charles Darwin. Fue probablemente por eso que me di cuenta de que allí, en el estanque de Atocha, había tortugas de Florida, *plecostomus*, peces de colores y especies invasoras como galápagos americanos, *trachemys scripta*, y de que allí había un problema incipiente de canibalismo, vi, en definitiva, a través de mi cuerpo pero con el entendimiento de mi reencarnación anterior, que aquello era un holocausto tortuguil.

La que se me había acercado era pequeña, del tamaño de un donut, de color marrón, verde y amarillo. Al momento sentí empatía por la criatura, la llamé Lourditas como mi difunta hermana, y decidí salvarla. La metí en una bolsa de plástico del Eroski y le di unos Cheetos naranjas y fosforitos que habían sido la parte más sustanciosa de mi almuerzo. Los devoró muy ufana. Salimos de allí y vivimos unos meses de romance, Lourditas y yo. Quiero decir que fuimos lo que se dice felices. Yo le hablaba de mis desventuras y al tiempo ella empezó a hablarme también, lo que no me extrañó nada porque a pesar de mis años en el aquelarre de la droga, o precisamente por ello, soy muy consciente de que en la vida hay lugar para la magia, hay lugar para la maravilla. Lourditas venía de islas Galápagos, donde tenía primos, familia. Como yo, había sufrido la incompreensión de sus semejantes. Puedo decir que encontré en ella una compañera como nunca había tenido. Nos hicimos un pequeño hogar, sencillo pero acogedor, debajo del viaducto de la calle Segovia. Así pasaron los meses, hasta que un día que yo la notaba nostálgica, deprimida incluso, me confesó que echaba de menos

Pablo Remón (Madrid, 1977) es guionista, dramaturgo, director de cine y de teatro. Su última obra es *Los farsantes*. Ha escrito y dirigido también *El tratamiento* (2018), *Los Mariachis* (2018) y *Doña Rosita, anotada* (2019). Este año ganó además un Goya por la adaptación de *Intemperie*, la novela de Jesús Carrasco. Acaba de publicar *Abducciones* (La Uña Rota).



DANIEL HIDALGO

vivir en un ambiente más propio a su condición de anfibio. Con gran pesar la llevé al estanque del Retiro y allí la solté. Fue una despedida emotiva. Hubo lágrimas, no me avergüenza decirlo. Después yo la echaba mucho de menos, y pensé que estaría muy sola allí en el estanque, así que me dio la idea de volver a Atocha a buscarle una compañera, porque la soledad es lo peor que hay y yo a esa vieja bruja la conozco muy bien y no quería que Lourditas pasara por lo mismo. Pero cuando llegué a Atocha los de Seguridad ya me habían cogido la matrícula y querían llamar al Samur Social y yo les dije que con el Samur Social nanay porque me llevan siempre al Centro de Acogida y yo al Centro de Acogida no quiero ir por mis razones que me las guardo para mí y por mantener lo que me queda de mi libertad humana, *hominis libertas*. Así que me escapé, pero ya no volví más a Atocha y no le pude encontrar a Lourditas una compañera. Esto me atormenta.

T tiempo después, oí que se habían llevado a todas las tortugas de Atocha al Centro de Fauna José Peña de Navas del Rey. Bueno. Eso no se lo cree nadie. No creo que exista el susodicho centro ni probablemente ese caballero José Peña al que no tengo el placer de conocer, ni tampoco la propia localidad de Navas del Rey. Yo os digo lo que pasó: cogieron a las tortugas y

Yo os digo lo que pasó: cogieron a las tortugas y las envenenaron con matarratas que yo lo vi o me lo contaron

las envenenaron con matarratas que yo lo vi o me lo contaron y les sacaron la carne y con ella hicieron los sucedáneos de pollo de nombre McNuggets, que hay un negocio inabarcable con eso y justo justo empezaron a comercializarse en aquellos días de la desaparición de las tortugas, mira tú qué casualidad. Pero a mí me gusta pensar que a todas todas las tortugas no las mataron porque yo salvé a una, yo salvé a Lourditas que estará sola y triste y desamparada, como estoy yo, pero viva, como estoy yo, y en las noches más duras, las noches en las que me han quitado el sitio en el cajero Bankinter de la calle Preciados, y me toca quedarme en la calle y aprieta el viento de la sierra, solo este pensamiento me consuela. Solo con este pensamiento encuentro la paz beatífica del sueño.

Ahora yo tengo por costumbre pasar la riñonera y pedir dinero, pero esta vez no lo voy a hacer. No, porque noto que no están atendiendo. Será que tienen otras cosas en qué pensar, como sus plazos de hipoteca, sus dolores de vientre, sus amores no correspondidos. Bien. Piensen en ellos, piensen en todo ello. Yo pensaré en mi existencia anterior como brillante naturalista, y pensaré en mi existencia futura, que podría perfectamente ser en forma de tortuga. También la de ustedes. La existencia futura de ustedes, digo, podría perfectamente ser en forma de tortuga. Así se lo deseo y, con este cartón de vino blanco que guardaba para una ocasión especial, brindo por ello. ●

Luz de agosto, de William Faulkner

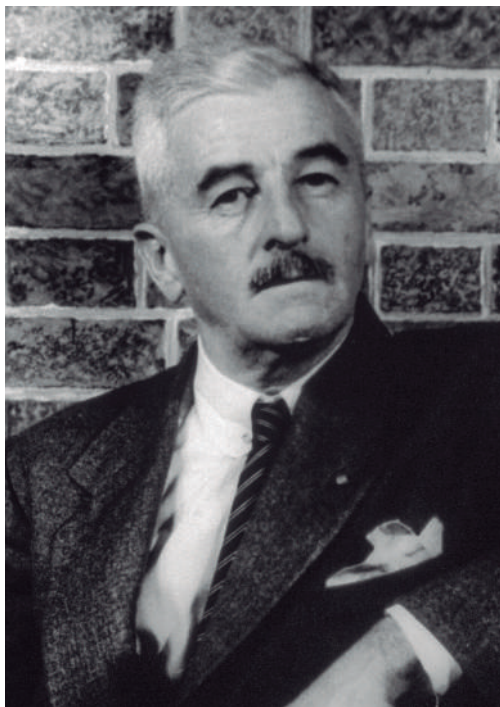
Canción triste del profundo sur

Considerado uno de los más grandes renovadores de la novela del siglo XX, William Faulkner solía decir que uno “no se cura de su pasado”, del mismo modo que tampoco pueden escapar sus protagonistas de los estragos del ambiente asfixiante y prejuicioso del profundo Sur, escenario inevitable de su legendaria *Luz de agosto*.

Publicada en 1932, *Luz de agosto* transcurre en el imaginario territorio de Yoknapatawpha, con Jefferson de capital, y está situado en el estado de Misisipi, como la finca donde se desarrolla la acción en *La gata sobre el tejado de cinc caliente* (1955) de Tennessee Williams. También a orillas del río Misisipi está la Nueva Orleans donde acontece *Un tranvía llamado Deseo* (1947) del mismo dramaturgo.

Más allá del similar emplazamiento geográfico, las tres obras se desarrollan en el período más caluroso del año y las altas temperaturas condicionan y determinan el comportamiento de los personajes. Pero, insisto, es William Faulkner (1897-1962) quien convierte el verano en general, y el tórrido mes de agosto en particular, en epicentro de su universo temporal. “El hombre es la suma de sus experiencias climáticas”, dice el padre de Quentin en *El ruido y la furia* (1929) justo después de que el hijo haya rememorado los “días a finales de agosto”, cuando había “algo triste, y nostálgico y familiar”.

Similar planteamiento encontramos en *Luz de agosto*: “Era como el verano en el momento en que el otoño se anuncia, semejante a unas sombras que pasan por delante de un sol que declina, ya con el primer estremecimiento del otoño implacable proyectado sobre el verano agonizante”. Claro que también en verano acontecen otros dos títulos esenciales de Faulkner: *Mientras agonizo* (1930) y *Ab-*



WILLIAM FAULKNER, EN 1954

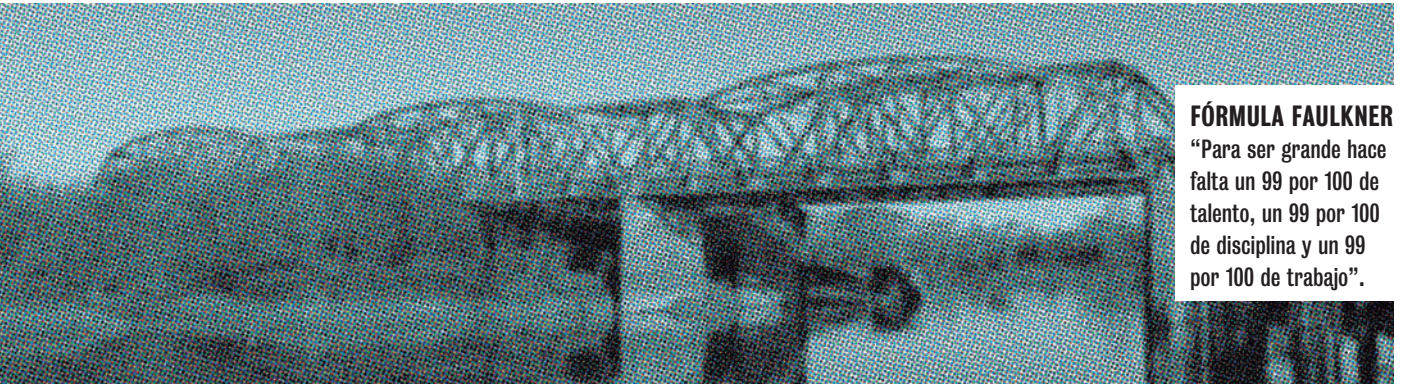
salom, Absalom! (1936). También su relato “Dry September” (1931), en el que, tras 62 días de sequía y agobiante calor, un negro es acusado de abusar de una mujer blanca. Aunque las pruebas son más que dudosas, un grupo de ciudadanos blancos deciden tomar la justicia por su mano. “Es este maldito tiempo. /.../ la causa de que un hombre haga cualquier locura”.

UNA COMUNIDAD COMPLICADA. Por lo que a *Luz de agosto* se refiere, el éxito de *El ruido y la furia* y de *Mientras agonizo* había elevado las expectativas sobre la novela. Sin

embargo, las críticas no fueron todo lo positivas que cabía esperar. Las tres historias que en la novela corren de forma paralela, con nexos más que circunstanciales en todas ellas, no terminaron por ser bien acogidas ni entre la crítica ni por los lectores. La historia de la joven y hermosa Lena, embarazada y buscando al padre del bebé que espera, era “interrumpida” en el segundo capítulo por la de Joe Christmas, que comienza a trabajar en un aserradero y ésta, a su vez, en el capítulo siguiente, por la del reverendo Hightower, que sufre las infidelidades de su esposa y con ello el menosprecio de su comunidad.

Más allá de las puntuales analogías estructurales en los tres hilos argumentales, es la voz de Byron Bunch quien entrelaza las historias de los tres personajes. Bunch es, al mismo tiempo, la conciencia, la memoria, y la personificación de todo el lugar. Es a través de sus recuerdos, confesiones y emociones, como vamos internándonos en el complejo entramado social de una comunidad tan singular como complicada y racista. La segregación que suponían las inhumanas “Jim Crow Law”, en cierta forma también personificadas en Bunch, recrea el ambiente social que mediatizará la interpretación de los tres personajes y sus particulares historias.

Es en este segregacionista —y nostálgico de su pasado— ambiente sureño donde tiene sentido el largo viaje de Lena,



FÓRMULA FAULKNER

“Para ser grande hace falta un 99 por 100 de talento, un 99 por 100 de disciplina y un 99 por 100 de trabajo”.

el aislamiento al que es sometido Hightower, y la muerte de Joe Christmas. Una muerte que nada tiene que ver con la redentora de Jesús Cristo, con quien se le ha comparado en algún momento por la coincidencia de las iniciales—al estilo del reverendo Jim Casey en *Las uvas de la ira* de Steinbeck—. A diferencia de Bunch, los tres personajes tienen una distorsionada visión del sur, de su historia, de sus modos y costumbres, y ese es el origen de sus desgracias.

EL ORIGEN DE LA NOVELA. El antecedente a esta novela lo encontraremos en el relato antes mencionado, “Dry September”, escrito un año antes. A fin de cuentas se repite el mismo hilo conductor, la muerte de un negro a manos de una turba de blancos enfurecidos que intentan lavar el honor de una mujer blanca mancillada por un hombre de color. El Mayes de “Dry September” se ha convertido en la novela en Joe Christmas—de sangre negra, aunque el color de su piel le haga parecer blanco—; y Minnie Cooper parece haberse reencarnado en Joanna Burden. El resultado final es igualmente trágico en ambos casos.

El peso de la historia o, en otras palabras, de un pasado legendario del que el sur se enorgullecía tanto como de su modo de vida, continúa formando parte del imaginario colectivo de Yoknapatawpha. Los dictados del honor, de la dignidad, y del debido respeto, están por encima de unas leyes impuestas por quienes no conocen sus normas ni modos sociales. Todo ello en un agobian-

YOKNAPATAWPHA

El condado de Yoknapatawpha, escenario de las mejores novelas de Faulkner, es un territorio imaginario del noroeste de Misisipi inspirado en el condado de Lafayette. Su capital es la también ficticia Jefferson, y limita al norte con el río Tallahatchie y al sur con el Yoknapatawpha, ambos existentes. Abarca unos 6.200 kilómetros cuadrados, casi la mitad de los mismos cubiertos por bosques de pinos. El nombre del condado proviene de las palabras *chickasaw* “yocona” y “petopha”, y significa “tierra dividida”. Sin embargo, el propio Faulkner afirmó en la Universidad de Virginia que Yoknapatawpha significaba “agua que fluye lentamente sobre la pradera”.



te ambiente que parece nublar las mentes con la misma fuerza e intensidad que las ancestrales costumbres. Las referencias a la estación más calurosa aparecen hasta en más de veinte ocasiones con una clara intencionalidad psicológica. “La mujer [del reverendo Hightower] regresó antes del domingo. Hacía calor. Los viejos decían que nunca se había conocido una ola de calor como aquella” y como ocurriera en “Dry September”, el calor incita a realizar acciones descabelladas, pues “en medio del sermón saltó de su banco y comenzó a gritar, a vociferar algo dirigiéndose al púlpito, donde su marido había dejado de hablar...”. También ambienta el trágico desenlace de Joe, quien, mientras deambula sin rumbo, “bruscamente, se encontró en Freedman Town, envuelto en los olores de verano, en las voces de verano de los negros invisibles”.

En cuanto al mes, en el título aparece adjetivando distintos contextos, desde el atardecer, noche o estrellas de agosto, hasta las tinieblas de agosto, hierbas o follaje de agosto, y por supuesto el calor, luz y luces de agosto. Estas luces, sin embargo, nada tienen que ver con la de referencia en el título, que ha sido objeto de no pocas teorías. Una de ellas relativa al alumbramiento del bebé de Lena, lo que equivaldría a una traducción al castellano en el contexto “Alumbramiento—dar a luz—en agosto”. Fue el propio Faulkner quien refutó tal interpretación, pues la luz del título, aclaró, tiene que ver con las llamas de la casa de la señora Burden al arder. ● JOSÉ ANTONIO GURPEGUI ■ Luz de agosto está editada en *Alfaguara* (2010).

El Jarama, de Rafael Sánchez Ferlosio

Los domingos al sol

En la España de los años 50, cerrada al mundo y casi al futuro, un grupo de jóvenes sin demasiadas ilusiones en el porvenir pasa un asfixiante día de verano, bajo “toda la fuerza del sol”, a orillas del río Jarama. Como cientos de madrileños, les veremos reír, tontear, discutir, hasta la tragedia final. Es *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio.

Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927 - Madrid, 2019) escribió *El Jarama* en Madrid, entre el 10 de octubre de 1954 y el 20 de marzo de 1955. A pesar de que la novela le proporcionó un éxito importante, renegó públicamente de ella en distintas ocasiones; incluso durante años abandonó la ficción y se dedicó al cultivo del ensayo. Desde su aparición, los analistas valoraron la novedad de un texto que se sustenta sobre los diálogos y supieron apreciar el esfuerzo de un autor que se mantiene oculto detrás de un narrador objetivo, aparentemente refractario a la manifestación de emociones. De hecho, se alzó con el Premio de la Crítica en 1956 y un año antes con el Eugenio Nadal.

La obra, no obstante, resulta conmovedora. Ferlosio es capaz de transmitir piedad por sus protagonistas, unos individuos que muestran la inquietud, el malestar y el desasosiego de sus vidas sin alicientes. Con el paso del tiempo, además, lejos de perder valor, el libro se ha convertido en un hito de la historia de nuestra narrativa, hasta el punto de ser catalogado como una de las cien mejores novelas españolas del siglo XX.

Nos encontramos ante un clásico en el que Sánchez Ferlosio consigue captar el temperamento de un gran número de

personajes, un texto en el que demuestra tener un oído finísimo para las hablas populares y que revela su asombroso talento para hilar una trama muy simple —en la que apenas sucede nada—, manteniendo el interés del lector de principio a fin. La narración, además, presenta una ins-



RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO A MEDIADOS DE LOS AÑOS 50

tantánea de la España de los años cincuenta, de sus hombres y mujeres, de sus costumbres, de su educación y de su forma de vivir.

La historia, como sucede en *Ulises* de James Joyce o en *Mrs. Dalloway* de Virginia Woolf, se desarrolla a lo largo de un día —unas dieciséis horas— a mediados de agosto, y es de sobra conocida. No en vano, es lectura obligatoria en el Bachillerato, de modo que ha acompaña-

do la adolescencia de un buen número de españoles.

Como hace mucho calor en la capital, una pandilla de chicos y chicas, de bajo extracto social, decide disfrutar del domingo a orillas del Jarama. Ferlosio, que conoce bien el espacio geográfico con-

cernido, lo describe con minuciosidad de entomólogo. Se trata de un tramo del río que tiene cierta profundidad porque a pocos metros el agua se represa. Por eso lo eligen los madrileños para bañarse, a pesar de que en verano su caudal discurre arciloso y a pesar también de que desconocen su peligro.

ALIVIAR EL CALOR. Al hacerse tan popular, cerca de su ribera proliferan las ventas y aguaduchos. Allí adquieren vino, licores y refrescos quienes van *de jira*; incluso algunas familias, temerosas de acercarse a la orilla con su prole, se cobijan del implacable sol estival en sus jardines y patios emparados. Cualquier cosa es buena si alivia las altas temperaturas. Al mismo tiempo, estos establecimientos tienen una parroquia fija, como sucede con la venta de Mauricio, lo que sirve para situar la acción en dos lugares próximos, aunque distintos, que, a su vez, albergan dos tipos de personajes: los jóvenes, que pasan el día a la vera del río, y los de mayor edad, que lo hacen en la venta y alrededores.



EL FINAL DEL RÍO

El Jarama poco antes de desembocar en el Tajo, a la altura de Aranjuez.

A lo largo de la novela son constantes las referencias al calor. Desde primera hora de la mañana, los fieles de la cantina dan cuenta del bochorno cuando aluden a los treinta y cinco grados a la sombra que sufrieron los días previos, mientras se preparan para una jornada igualmente abrasadora. En este sentido, Ferlosio describe el movimiento del sol, lo que le sirve no sólo para reflejar la evolución de un día ardoroso, sino también para marcar el transcurso de las horas. En el tramo final, el sol da paso a la luna. Los dos astros son inequívocos protagonistas del relato y están dotados de un claro valor simbólico. El sol de *El Jarama* es el de mediados de agosto: asfixiante a mediodía, sofocante durante las primeras horas de la tarde, enrarecido y denso antes del atardecer e irrespirable en todo momento. Es el foco, potente y vigoroso, que seca los cuerpos tras el remojón en el río, el que enrojece la piel expuesta a su inclémencia (“Me he puesto como un cangrejo”, dice una de las chicas mientras se viste al atardecer), el que quema las plantas de los pies de quien camina descalzo sobre la arena recalentada, el que deshace el hielo de la sangría, el que excita los ánimos de los concurrentes, provocando su hosquedad, y el que imprime a los cuerpos una pereza que a veces desemboca en desidia (“Tiene un poca gana en el campo a mediodía, en toda la fuerza del sol”, observa uno de los parroquianos).

El sol refulge en las tarteras y platos metálicos, y se transforma en un rectángulo cegador desde el interior de la tasca. Y en la pluma de Ferlosio, además,

puede convertirse en un instrumento poético de primera magnitud: “alguien lo hizo [al sol] teñirse en lo rojo de un vaso levantado y apurado de pronto; alguien lo tuvo todavía en su pelo, en su espalda, en sus pendientes, como una mano mágica”. Al atardecer, cuando va declinando, los colores de la naturaleza se densifican y viran hacia el púrpura y el naranja intenso, y en las eras se percibe cómo su calor ha fosilizado surcos y terrones. Entonces, de forma súbita, un viento que augura el otoño levanta un polvo rastrero y el sol da paso a una luna de sangre —“roja, inmensa, cercana”— que anuncia la tragedia; una luna que sorprende a Carmen y a Santos en el campo y los sobrecoge. Y mientras esto sucede, una muchacha, la más insignificante, se ahoga, ebria, en la oscuridad del río. Lo hace apenas sin ruido, como vivió durante sus escasos veinte años. Simultáneamente, las familias respiran el frescor de la noche y los jóvenes que tienen más suerte regresan a Madrid, donde el lunes recuperarán su vida desencantada.

La novela contiene reflexiones memorables sobre el paso del tiempo, sobre la fragilidad de vivir, sobre el porvenir aciago de jóvenes y mayores en una España sin alicientes, anclada en la pobreza y en la miseria espiritual, sobre el deseo de huir y la imposibilidad de hacerlo, sobre la alegría y la tristeza, sobre la desilusión y la belleza de lo efímero... Una (re)lectura imprescindible (y actual) bajo una sombra que mitigue los rigores del verano. ●

ASCENSIÓN RIVAS ■ El Jarama fue publicado por Destino en 1956, y la última edición es de 2020 (DeBolsillo).

PALABRA DE GEÓLOGO

“DESCRIBIRÉ brevemente y por su orden estos ríos, empezando por Jarama: sus primeras fuentes se encuentran en el gneis de la vertiente Sur de Somosierra, entre el Cerro de la Gebollera y el de Excomuni6n. Corre tocando la Provincia de Madrid, por La Hiruela y por los molinos de Montejo de la Sierra y de Prádena del Rinc6n. Entra luego en Guadalajara, atravesando pizarras silurianas, hasta el Convento que fue de Bonaval. Penetra por grandes estrechuras en la faja caliza del cretáceo —prolongaci6n de la del Pont6n de la Oliva, que se dirige por Tamaj6n a Congostrina hacia Sigüenza. Se une al Lozoya un poco más abajo del Pont6n de la Oliva. Tuerce después al Sur y hace la vega de Torrelaguna, dejando Uceda a la izquierda, ochenta metros más alta, donde hay un puente de madera. Desde su uni6n con el Lozoya sirve de límite a las dos provincias. Se interna en la de Madrid, pocos kil6metros arriba del Espartal, ya en la faja de arenas diluviales del tiempo cuaternario, y sus aguas divagan por un cauce indeciso, sin dejar provecho a la agricultura. En Talamanca, tan sólo, se pudo hacer con ellas una acequia muy corta, para dar movimiento a un molino de dos piedras. Tiene un puente en el mismo Talamanca, hoy ya inútil, porque el río lo rehusó hace largos años y se abrió otro camino. De Talamanca a Paracuellos se pasa el río por diferentes barcas, hasta el Puente Viveros, por donde cruza la carretera de Aragón-Cataluña, en el kil6metro diez y seis desde Madrid...”

■ Así comienza *El Jarama*, con un texto entrecamillado cuyo autor fue Casiano de Prado, Ingeniero de Minas y geólogo del XIX.

CESARE PAVESE

27-A

EL SUICIDIO

Poeta, novelista, ensayista y editor, Cesare Pavese acababa de recibir en julio el premio Strega, el más prestigioso de las letras italianas, por *El bello verano*, pero se sentía agotado emocional y literariamente. Quizá por eso, en las últimas líneas de su diario escribió: “Esto da demasiado asco. / Palabras no, un gesto. No escribiré más”. Y días antes: “Basta, un poco de coraje”. Había llegado el final.

La última llamada

Cuando el conserje del hotel Roma de Turín llega hasta la puerta de la habitación 346 se detiene y mira al director. Están inquietos: desde el día anterior, el huésped extraño con nariz prominente sobre las facciones marcadas y mirada evasiva bajo las gafas no ha salido. Nadie ha llegado preguntando por él y no ha hecho una sola llamada a recepción. Director y conserje saben que semejante acumulación de silencio puede ser la antesala del desastre: por eso se han decidido a subir. Se miran entre sí, mientras el director da un paso al frente y propina tres golpes en la puerta.

Como nadie responde, el conserje introduce la llave maestra en la cerradura. Entran y son recibidos por la relativa oscuridad del cuarto: el aire está cargado y las cortinas, completamente corridas, filtran la luz ya caliente de la mañana sobre el cuerpo de Cesare Pavese, tumbado en la cama y pulcramente vestido, como preparado para salir a la calle. Sin embargo, sus pies están descalzos: mientras comienzan a zandararlo, buscan los zapatos con los ojos y los encuentran primorosamente colocados junto a la mesilla. Pero el cuerpo está rígido.

El suicidio de Cesare Pavese la madrugada del 27 de agosto de 1950 se ha convertido ya en un lugar común de la literatura del sacrificio. Debemos entrar de lleno en esos ojos, que es abordar un mundo y su literatura. Tenemos que mirar lo que hay debajo, o hacerlo como Pavese en sus poemas: interpretando la soledad del mito en su disociación del



PAVESE PÓSTUMO

Italo Calvino, su sucesor como editor de Einaudi, publicó tres de sus libros inéditos: *El oficio de vivir* (ahora reeditado), *La literatura americana* y *Vendrá la muerte y tendrá sus ojos*.

mundo real. Escribo en sus poemas, pero no olvido que para Pavese —que había nacido en Santo Stefano Belbo en 1908 y que ahora, cuando el conserje coge el teléfono Siemens negro fijado en la pared para llamar a una ambulancia, aún no ha cumplido los 42 años— siempre concibió su transición a la narrativa como una continuidad en los asuntos que manejó y en los planos de existencia, entre la plenamente corporal y otra simbólica, desde la poesía. Su coloquialismo y la metáfora como relato se marcan por igual en su libro de poemas *Trabajar cansa* (1936) o en su trilogía formada por *El bello verano* (1949, que ha merecido el premio Strega), *El diablo sobre las colinas* (1948) y *Mujeres solas* (1948).

Podríamos hablar de sus ecos internos, el trasfondo amargo de verbena veraniega que apenas sostiene el sentido de su representación, con personajes jóvenes condenados a reconocerse como meras comparsas en la escena, entre una promesa de dulzura y el acecho vital de lo salvaje, y relacionarlo con poemas iniciales en los que la vida se revela como fascinación de tierra y sangre, de entrega sensual a las pasiones en fiestas saturnales con el macho cabrío abriendo el vientre a las vírgenes en la hierba bajo el sopor de agosto.

Sin embargo, nada de eso está en esa habitación la noche anterior, cuando Pavese se queda solo y decide hacer cuatro llamadas telefónicas. Se sabe que llamó a cuatro mujeres y que la última fue una joven bailarina de cabaret. Ninguna le descolgó el teléfono, pero podemos imaginar que esa última noche, mientras va abriendo los tubos de somníferos, sólo hay un rostro dentro de sus ojos: el de la actriz norteamericana Constance Dowling, con quien ha tenido un breve romance, que lo ha abandonado. Porque hay una constancia de abandono entre las mujeres y Pavese: quince años antes, en 1935, se había enamorado de Battistina Pizarro, “la mujer de voz ronca”, que se aprovecha de Pa-

vese para hacerle recibir en su casa la correspondencia de Altiero Spinalli, miembro del Partido Comunista Italiano. El favor es muy arriesgado, con las escuadras de Mussolini arrasando cualquier atisbo de resistencia antifascista: no olvidemos que en 1935, Pavese, que se ha licenciado con una tesis doctoral sobre Walt Whitman, ya trabaja en la editorial Einaudi, vigilada por la policía. El joven experto en literatura norteamericana, que ya ha traducido al italiano *Moby Dick* y también otras obras de William Faulkner y John Dos Passos, es detenido y encarcelado, primero en Roma y luego en Brancaléone; pero no delata a nadie.

Lo liberará el asma, pero antes ha enviado al editor Carocci ocho poemas más para *Trabajar cansa*, en los que ya plantea los términos de su renovación poética. Gabrielle D’Annunzio, Giovanni Pascoli, Giacomo Leopardi con Baudelaire al fondo, el propio Whitman y Edgar Lee Masters acompañan su reflexión sobre un simbolismo como relato en marcha desde lo cotidiano, tocando sus costuras de extrañeza y asombro en lo real. En la prisión de Brancaléone ha comenzado su diario *El oficio de vivir*—que no se publicará hasta 1952, dos años después de su muerte—, en el que une indagación poética y pasión existencial abocada al castigo, sobre un erotismo descarnado que apenas lo

sostiene en el vacío de su propia dureza. Cuando sale de la cárcel se encuentra a Battistina Pizzardo casada con su verdadero amor: el militante comunista Altiero Spinalli, por cuyas cartas Pavese había pasado su propia temporada en el infierno. Es su segundo gran golpe vital: el primero, la más expansivo, porque seguramente marcó toda su vida, es la muerte de su padre, por un tumor en el cerebro, cuando Cesare tiene solamente seis años.

Llegaría la Segunda Guerra Mundial, su miedo y más desastres, vendría la muerte y tendría los ojos de Constance

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS OJOS

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos —esta muerte que nos acompaña de la mañana a la noche, insomne, sorda, como un viejo remordimiento o un vicio absurdo—. Tus ojos serán una vana palabra, un grito acallado, un silencio.

Así los ves cada mañana cuando sola sobre ti misma te inclinas en el espejo. Oh querida esperanza, también ese día sabremos nosotros que eres la vida y eres la nada.

Para todos tiene la muerte una mirada.

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos. Será como abandonar un vicio, como contemplar en el espejo el resurgir de un rostro muerto, como escuchar unos labios cerrados.

Mudos, descenderemos en el remolino.

(22 marzo 1950)

■ El poema “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” está incluido en *Poesía Completa* de Cesare Pavese publicado por Visor (2018).

Dowling, que había sido la amante de Elia Kazan y tenía una belleza turbadora y felina. Vendría la muerte desde que escribió en su diario, el 10 de abril de 1936: “Sé que estoy condenado, ya para siempre, a pensar en el suicidio ante cualquier inconveniencia o dolor”. Diez años después de su suicidio, escribiría su amigo Italo Calvino: “Se habla demasiado de Pavese a la luz de su gesto extremo, y demasiado poco a la luz de la batalla vencida día tras día contra el propio impulso autodestructivo”.

Actualmente, en este otro verano tórrido de 2022 que también nos parece abocado a un final, puede visitarse la habitación 346 del hotel Roma. Sigue albergando una sola cama, y el teléfono Siemens negro de la pared aún tiene línea. ● JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

AQUELLA NOCHE PAVESE
LLAMÓ A CUATRO
MUJERES. LA ÚLTIMA
FUE UNA JOVEN
BAILARINA DE CABARET.
NINGUNA LE CONTESTÓ

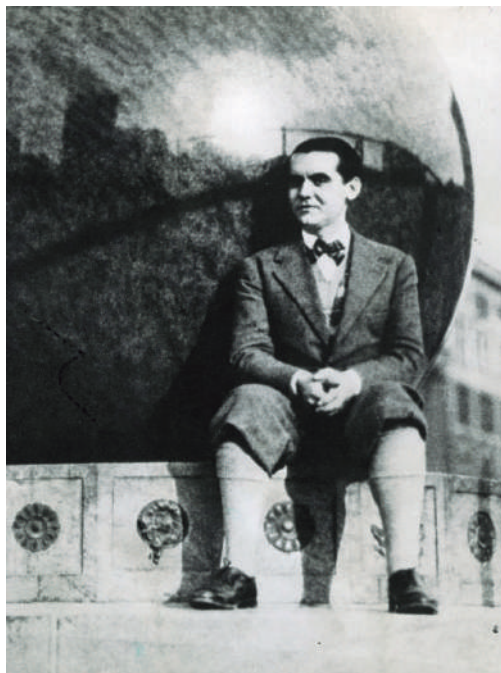
Poeta en Nueva York, de Federico García Lorca

Érase una vez en América...

Agosto de 1929 encontró a Federico García Lorca de vacaciones en Vermont, en plena aventura americana. Antes de partir, el poeta se encontraba en un momento sentimental y literario crítico, acuciado por el desamor y las dudas sobre su trabajo, así que había aceptado una invitación de Fernando de los Ríos para que le acompañase a Nueva York.

Era su primer viaje a América, pero al partir el 19 de junio hacia Estados Unidos a bordo del transatlántico *Olympic* desde el puerto de Southampton, el desánimo abrumaba a Federico García Lorca (Fuente Vaqueros, 1898 - Viznar, 1936). Por una parte, no lograba superar su ruptura sentimental con el escultor Emilio Aladrén, amigo de Salvador Dalí y de Maruja Mallo, que lo describía como “un lindo chico, muy guapo, muy guapo, como un efebo griego. Era un festejante mío (como dicen en Argentina) y Federico me lo quitó [...]”. Tras dos años de relación (1927-1928), Aladrén había abandonado al poeta por la inglesa Eleanor Dove.

Por si esto fuese poco, tras el éxito del *Romancero gitano* sufrió las burlas insidiosas (y tal vez tiznadas de envidia) de sus mejores amigos, Dalí y Luis Buñuel, que tildaron su poesía de “comerciable” y vulgarizadora. Y, finalmente, él mismo temió estar convirtiéndose en una suerte de autor folclórico dedicado a la gitanería. Su depresión era tal (según Ian Gibson le rondó incluso la idea del suicidio) que Fernando de los Ríos, su antiguo profesor y amigo de la familia, le pidió que le acompañara a Nueva York. Y Lorca aceptó, a pesar de escribir al embajador de Chile, su íntimo Carlos Morla Lynch, que “New York me parece horrible pero por eso mismo me voy allí”. Ya en el barco, poco antes de desembarcar, insistía: “Me siento deprimido y lleno de añoranzas. Tengo



LORCA EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA, EN 1929

hambre de mi tierra. [...] No sé para qué he partido; me lo pregunto cien veces al día. [...] no me reconozco. Parezco otro Federico”.

Y, sin embargo, cuando desde el buque tuvo su primera visión de Nueva York, el 26 de junio, le deslumbraron los rascacielos iluminados “que tocaban las estrellas”, “las miles de luces, los ríos de autos” de aquella “Babilonia trepidante y enloquecedora”. Tanto que apenas dos días después de desembarcar, escribió a su familia que “París me produjo gran impresión, Londres mucho más, y ahora New York me ha dado como un

mazazo en la cabeza”, y para subrayar lo increíble de la ciudad, les aseguraba que en solo tres de sus grandes edificios “cabe Granada entera. Son casillas donde caben 30.000 personas”.

“APRENDIENDO” INGLÉS. Al final, pasaría nueve meses en Nueva York y otros tres meses en Cuba. Como si de un estudiante actual en viaje agosteo de estudios se tratara, el fin oficial de la aventura americana de Federico era aprender inglés. Lorca empezó a seguir cursos para extranjeros de la Universidad de Columbia en junio y julio, pero con tan poca dedicación como se temían quienes le conocían bien. De hecho, antes de partir en *La Gaceta Literaria* se pudo leer: “¿A qué va Lorca a New York? ¿A aprender el inglés? [...] Aprenderá el inglés en dos meses, con gramófono”.

Lejos de las aulas, Lorca comenzó a frecuentar a León Felipe, Ángel Flores, Francisco Ágea, y se encontró con españoles de paso en la ciudad, como Julio Camba, Concha Espina, Antonia Mercé, Encarnación López (La Argentinista) o Ignacio Sánchez Mejías...

Cuando llegó agosto, el poeta, que no se había presentado al examen de inglés de la Universidad, escribió “El rey de Harlem”, donde leemos “El sol que se desliza por los bosques / seguro de no encontrar una ninfa, / el sol que destruye números y no ha cruzado nunca un sueño, / el tatuado sol que baja por el río

IMPRESIONES

A Lorca Nueva York le pareció “alegrísim[a] y acogedor[a]”, con “gente ingenua y encantadora”.

CIELO ABIERTO

Yo no podré quejarme
si no encontré lo que buscaba.
Cerca de las piedras sin jugo y los
insectos vacíos
no veré el duelo del sol con las
criaturas en carne viva.

Pero me iré al primer paisaje
de choques, líquidos y rumores.
que trasmina a niño recién nacido
y donde toda superficie es evitada,
para entender que lo que busco
tendrá su blanco de alegría
cuando yo vuele mezclado con el amor
y las arenas.

[...]

Yo no podré quejarme
si no encontré lo que buscaba;
pero me iré al primer paisaje de
humedades y latidos
para entender que lo que busco
tendrá su blanco de alegría
cuando yo vuele mezclado con el amor
y las arenas.

Vuelo fresco de siempre sobre lechos
vacíos,
sobre grupos de brisas y barcos
encallados.
Tropiezo vacilante por la dura
eternidad fija
y amor al fin sin alba. Amor.
¡Amor visible!

(Eden Mills, Vermont,
24 de agosto de 1929)

/ y muge seguido de caimanes”) y “1910 (Intermedio)”, dos de los primeros poemas de lo que sería *Poeta en Nueva York*. También la revista *Alhambra*, que dirigía en Nueva York su nuevo amigo Ángel Flores, publicó dos romances traducidos al inglés y varias fotografías del poeta.

Al tiempo, se multiplicaban las invitaciones para que pasase una temporada lejos de Nueva York, huyendo de las altísimas temperaturas de la ciudad. Finalmente, aceptará la de Philip Cummings e irá con su amigo a Eden Mills, en el estado de Vermont, un pintoresco pueblo fronterizo con Canadá.

VACACIONES EN VERMONT. Dicen los especialistas que la estancia en Vermont resultó clave para Lorca, pues el “paisaje prodigioso” le ayudó a soportar “una melancolía infinita” y resultó además muy fructífera en lo que a la creación poética se refiere. Escribió mucho y probablemente allí, en un estado de desesperación, nacieron los poemas “Cielo vivo”, “Poema doble del Lago Edén” —con versos tan estremecedores como “Quiero llorar porque me da la gana / como lloran los niños del último banco, / porque yo no soy un hombre, ni un poeta, ni una hoja, / pero sí un pulso herido que sonda las cosas del otro lado”—, “Vaca” y “Tierra y luna” de su futuro libro neoyorquino. Y sin embargo, a pesar de la amabilidad de la familia Cummings, Lorca sentía que se ahogaba en aquella vida demasiado tranquila que no solo contrastaba con las seis bulliciosas semanas vividas en Nueva York sino que, al parecer, le despertaban unos recuerdos tristes que

le quemaban, según le confesó a Ángel del Río en una carta de finales de agosto.

En los poemas escritos durante esas semanas, sin embargo, son escasas y difusas las alusiones a lo extremado del clima, pues lo cierto es que Lorca seguía profundamente impactado por el trato dispensado a la minoría negra. De ahí que los poemas agosteos de *Poeta en Nueva York* mencionados fuesen para el poeta y dramaturgo un verdadero grito de horror, de denuncia contra la injusticia y la discriminación, contra la deshumanización de la sociedad moderna y la alienación del ser humano.

El resto de las vacaciones lo pasó en Bushnellsville y en Newburgh, disfrutando la hospitalidad, primero, de Ángel del Río y, luego, de Federico de Onís. Probablemente de esos días datan “Vuelta de paseo”, “Nocturno del hueco”, “Paisaje con dos tumbas y un perro asirio”, “Ruina” y “Muerte”. En total, García Lorca pudo pasar unas cinco semanas fuera de la ciudad en las que no dejó de escribir su futuro libro, que, sin embargo, no pudo publicarse hasta 1940, cuatro años después de su muerte.

Sin embargo, su transformación poética y personal había sido tan completa esos meses, tan abrumadora, que cuando años más tarde (entre 1931 y 1935) pronunciaba en distintas ciudades su conferencia-recital “Un poeta en Nueva York”, solía dirigirse al público precisando: “He dicho un poeta en Nueva York y he debido decir Nueva York en un poeta”. ● **NURIA AZANCOT** ■ *Poeta en Nueva York está publicado por Cátedra (2007).*

Los pájaros de Baden-Baden, de Ignacio Aldecoa

Fiebre en un Madrid desierto

Pocas aventuras tan inciertas como la de pasar el mes en el que la inmensa mayoría huye hacia las playas y el descanso, en una ciudad desierta y abrasadora pero que esconde miles de posibilidades clandestinas. De eso, de deseos y frustraciones, trata uno de los mejores relatos de Ignacio Aldecoa, *Los pájaros de Baden-Baden*.

“Cuando Elisa salió a la calle caía el sol tras de las altas casas del otro lado de la avenida [...] Casi no había tráfico y los pocos coches que pasaban lo hacían lentamente. Era la hora perezosa y misteriosa en que los juegos de los niños pasan a ser mágicos, en que los dibujos en el polvo se transforman en criptogramas cabalísticos y en el que las conversaciones se adormilan en susurros plenos de complicidad.”

Así describe Ignacio Aldecoa (Vitoria, 1925 - Madrid, 1969) la hora del crepúsculo en el Madrid desierto del verano, en donde su protagonista se mueve a la deriva, entre las terrazas de los cafés y las tabernas populares a las que acude con un fotógrafo bohemio. La atmósfera de *Los pájaros de Baden-Baden* evoca la respiración interna de unos personajes burgueses aplastados por el calor y el aburrimiento. La acción del relato se desarrolla en un tiempo delimitado: los días de julio y agosto, hasta las primeras lluvias de septiembre. El calor en la ciudad deshabitada es un protagonista más.

Una joven algo perdida se ha quedado en Madrid para escribir un libro. A mediados de los años 60 una mujer sin marido resultaba una mujer incompleta. Elisa, universitaria y bella, refugiada en las habitaciones sofocantes de su casa, tiene miedo de la futura derrota de su cuerpo: “ahora la abrazaba el temor de la vergüenza de la edad: de sus treinta y cuatro años y su soltería.”

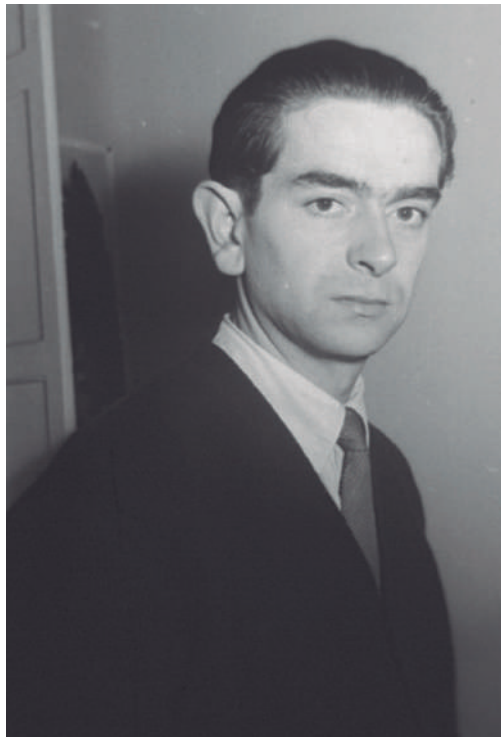
Aun así, Elisa es capaz de sen-

tarse sin compañía a la hora del ocaso en una terraza del paseo de Rosales. Ante una mujer atractiva y solitaria, rodeada de cuadernos de trabajo como un muro simbólico, los Rodríguez de aquellos calurosos veranos sólo se atrevían a franquear la muralla intelectual si previamente habían sido presentados. Para entender la sensualidad reprimida de aquel tiempo —y es un punto central que conecta directamente el deseo no exteriorizado con el calor manifiesto en este relato—, hay que fijarse en los diálogos a medias de los otros dos hombres

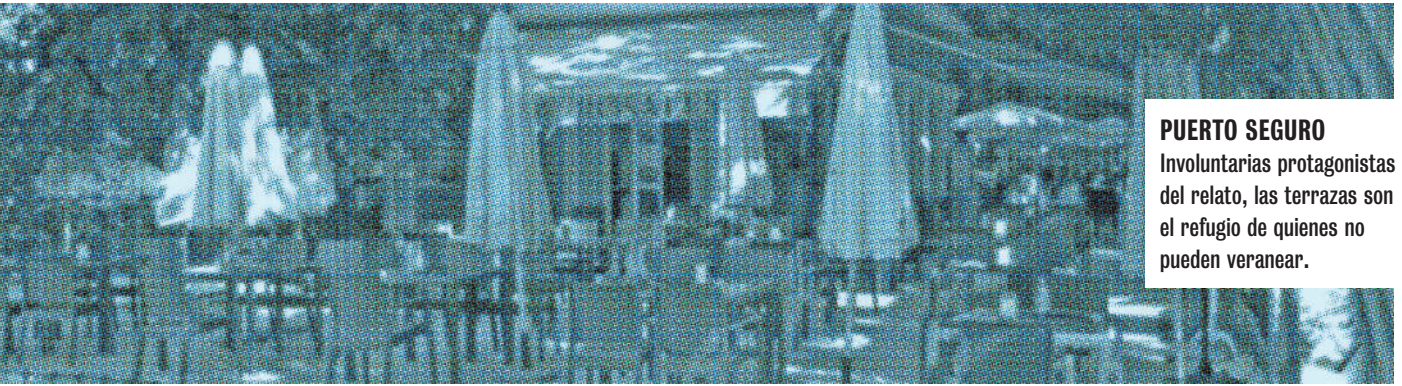
que asedian a la protagonista con el mayor de los disimulos.

Ricardo, casado con una compañera de estudios de Elisa, la aborda por casualidad en la terraza de Rosales: “Pero ¿qué haces tan sola? Pero ¿qué haces aquí? Esto se avisa, traidora.” Confianzudo, simpático, comenta que está guapísima y prepara el camino para volverla a ver otro día, en una piscina, en una terraza nocturna a las afueras de Madrid, huyendo del calor. Empieza, como táctica, dando un poco de pena: “Yo, de Rodríguez, como un perro sin amo. Por la mañana, el Ministerio. Como en cualquier parte. Luego la siesta y a aburrirme.”

UN CONFIDENTE MADURO. Hay otro Don Juan llamado Pedro, un médico. También saldrá con Elisa a las terrazas. Su esposa y Elisa son buenas amigas. Él hace de confidente maduro; cuando los celos pueden con él, imaginamos que esta declaración inconclusa viene de lejos: “Si tú hubieras sido razonable... Elisa, si tú hubieras querido... Lo mismo en el verano que en el invierno... A veces no cuentas con que los demás, con que yo...” Elisa le corta bruscamente: “No sigas.” Sólo el fotógrafo artista, en su desenvoltura y a golpe de cubalibres, consigue conquistarla, para decepcionarla pronto. “Yo creo que en el estudio hace más calor, pero puede que usted esté más cómoda [...] El blancor de los azulejos y el agua de las pilas dan una impresión de



IGNACIO ALDECOA, A MEDIADOS DE LOS AÑOS 50



PUERTO SEGURO

Involuntarias protagonistas del relato, las terrazas son el refugio de quienes no pueden veranear.

frescor.” Ella ha acudido a ver al artista para contratar unas fotos para su trabajo. El desorden de la casa bohemia, el joven que baja las escaleras, con *shorts* y una camisa atada a la cintura, a por “un gran trozo de hielo”, las artísticas fotografías en las carpetas, el cubalibre que anuncia otras copas. El narrador omnisciente describe lo que debió pensar Elisa: “El hielo en los vasos estaba lleno de campanillas y luceritos.”

En las novelas de veranos tórridos siempre se bebe un alcohol específico. Al inicio del relato de Aldecoa, Elisa toma un sorbo de cerveza para comprobar que está “desagradablemente tibia”. Su amigo Ricardo llama al camarero y pide: “Cangrejos y cerveza muy fría”. Con el bohemio, beberá cubalibre con mucho hielo. Los personajes de *Los caballitos de Tarquinia*, de Marguerite Duras, de veraneo en la calurosa provincia de Viterbo, beben sin parar Campari. Es esta novela de Duras una de las mejores historias sobre un verano abrasador. Profundo, existencial, amenazante, es el calor de Argel en *El extranjero*, de Camus. En el entierro de la madre del protagonista “el resplandor del cielo era insostenible”. En un momento dado el cortejo funerario pasa por un camino en obras recientes: “El sol había hecho saltar el alquitrán. Los pies se hundían en él y dejaban abierta su carne brillante.” En *El extranjero*, el protagonista bebe café con leche, como en otros lugares de África donde se aplacan

LOS PÁJAROS DE BADEN-BADEN (1975)

Mario Camus, consumado adaptador de obras literarias, colaboró con Ignacio Aldecoa en *Young Sánchez* (1963) y *Con el viento solano* (1965). Con el escritor ya fallecido, el director se lanzó a la traslación a imágenes de *Los pájaros de Baden-Baden*, desplegando su sobrio, elegante y funcional estilo en un filme melodramático que no renuncia al humor (ni a la tragedia). Con los franceses Catherine Spaak y Frédéric de Pasquale en los roles principales, la película incide en la imposibilidad de aunar el mundo de la acaudalada burguesía madrileña de Elisa y el de los *outsiders* de la sociedad que representa el fotógrafo Pablo. ■ DVD de la película disponible en FNAC en el Pack Mario Camus



las altas temperaturas con bebidas calientes. En un relato de los *Cuentos romanos*, de Alberto Moravia, el calor de Roma invita a tomar Martinis.

Aunque Ignacio Aldecoa murió demasiado joven y sus magníficos relatos quedaron en el semiolvido, su universo no responde exactamente al realismo social de la generación del medio siglo, a la que pertenecía por amistad y por vivencias. Como decía su amiga y compañera de universidad Carmen Martín Gaité, Aldecoa era un vasco de tierra adentro, pero siempre tenía

nostalgia del mar. Un realista a ultranza no imaginaría el mar en las terrazas calurosas de Madrid. Elisa, en *Los pájaros de Baden-Baden*, sentada en Rosales “como si estuviera en un mirador que al mismo tiempo fuese un muelle”, ve tornarse de rojo la tarde madrileña como si se tratara del Mediterráneo. “Había dejado sus cuadernos abandonados sobre el mármol del velador y miraba al mar resultante de muchos mares de verano”, escribe Aldecoa. El autor de *Con el viento solano*, más surrealista ibérico que realista, tertuliano insomne, esposo de la escritora Josefina Rodríguez, fue amado por el cine y Mario Camus llevó a la pantalla varias de sus obras, entre ellas estos *Pájaros de Baden-Baden*.

Nuestros padres y abuelos repetirían en verano esta frase: “Madrid en agosto, con dinero y sin familia, Baden-Baden”. Se atribuye a Francisco Silvela, Presidente del Consejo de Ministros entre 1899 y 1903. Una invención paradójica, comparar el lujoso balneario de la Belle Époque, en Baden-Baden, al suroeste de Alemania, con el castizo Madrid de finales del XIX, caluroso, popular y de sillas al fresco con botijos. La ironía de Aldecoa es retratar a un puñado de seres varados en un Madrid marítimo y solitario y hacer un guiño al público con ese Baden-Baden lejano, fastuoso y soñado. ● ■ **LOURDES VENTURA** ■ *Los pájaros de Baden-Baden está incluido en el volumen Cuentos completos de Ignacio Aldecoa (Alfaguara, 2018).*

FRANCISCO UMBRAL

28-A

ÚLTIMAS NEGRITAS

Un 28 de agosto de hace quince años moría en Madrid, *su* Madrid, Francisco Umbral. Premio Cervantes en el año 2000, fue uno de esos genios literarios que España alumbra de siglo en siglo, capaz de inspirar a varias generaciones de narradores y periodistas que plagieron su estilo único casi a su pesar: atrabiliario y tierno, seductor y poeta, nuestra literatura actual no se entiende sin él.

Un dandi con esplín

Uno de aquellos días de hace años publiqué una Tercera del *ABC* con un título que parecía una insolencia lisonjera o un elogio exagerado: “Umbral, un género literario”. No creo que me excediera, aunque molestó a muchos que aplaudiera así el trabajo y la personalidad de Francisco Umbral (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007). En ese artículo citaba a Truman Capote y a su tirón canalla en su escritura literaria y en sus crónicas neoyorquinas en paralelo, *mutatis mutandis*, al trabajo de Umbral. Esa misma tarde recibí un telegrama cuyo texto decía: “Gracias, canalla. Truman Capote”. Fue Umbral, en un ejercicio más de su ingenio inmenso y de sus recursos inmediatos para el combate literario.

Que llegara a tenérsele por un dandi fue su propia construcción intelectual. Proustiano hasta la médula del alma literaria, Umbral se envolvió en el personaje que él mismo fabricó para la gente, para el público en general y para sus lectores en particular. Sí, para mí, más que dandi era un proustiano empedernido que terminó por creerse el personaje que había dibujado y se tomó la escritura periodística y literaria como una necesidad vital, biológica, exclusiva y excluyente, como dicen los grandes que es, en realidad, la vocación literaria (no soy grande, pero lo creo igual). Así, resultaba antipático para muchos y muy atractivo para otros, sobre todo para las mujeres, que sentían por él sensaciones tan contradictorias como provistas de una fuerte atracción, cosa que siempre me sorprendió. No

era naturalmente atractivo, pero entre la leyenda del escritor a tiempo completo y las leyendas mujeriegas, la de Umbral creció al mismo tiempo que el valor de sus “negritas” en los artículos que escribía y publicaba todos los días en periódicos de referencia nacional e internacional.

Otro día de aquel entonces, cuando éramos felices, jóvenes indocumentados e irresponsables, estábamos en una fiesta en el desaparecido Hispano, en plena Castellana, en Madrid. Había un jolgorio inmenso de alegre jarana. Estábamos los dos sentados, juntos al fondo del local, cuando casi de repente apareció Juan Benet, con sus gestos impostados y copiados todos de Faulkner. “Mira, ahí está el Caballo Blanco”, me dijo Umbral dándome un codazo. Le pregunté con un ges-

to interrogativo qué quería decir. “O como se diga en inglés”, añadió sarcástico por todo comentario explicativo.

A pesar de su apariencia brusca, era frágil, vulnerable, amigo de sus amigos y enemigo terrible de sus enemigos. Pero, digamos la verdad, en muchos de sus enemigos literarios, y sobre todo periodísticos, había en el fondo y en la forma una envidia más o menos clara. Su facilidad para escribir lo transformó durante una temporada de brillo periodístico en una máquina industrial que multiplicaba su firma por todos lados, para profundo cabreo de sus enemigos. Pero digamos otra verdad: tenía menos enemigos que amigos. Lo que ocurre es que todo el mundo se fijaba más en los enemigos que en los amigos, que eran muchos más y que lo querían mucho. Yo entre ellos. A mí me hacía reír y sus chismes literarios me llenaban la tarde de carcajadas y vodka. Un día que estábamos en el aeropuerto de Barcelona de regreso de una fiesta editorial, esperando el vuelo que nos llevaría a casa, comenzó a nevar fuerte en Madrid y la aerolínea anunció que el vuelo retrasaba hasta nueva orden. No nos desesperamos. Nos dedicamos al trasiego de licores y a hablar de literatura y de noticias más o menos reales de la vida literaria de España y del mundo.

De América Latina, Umbral, como Cela, sabía poco. No le gustaban los escritores hispanoamericanos, y mucho menos los del *boom* (en eso es en lo único que se parecía a Juan Benet), pero escuchaba mis “conocimientos” de la personalidad

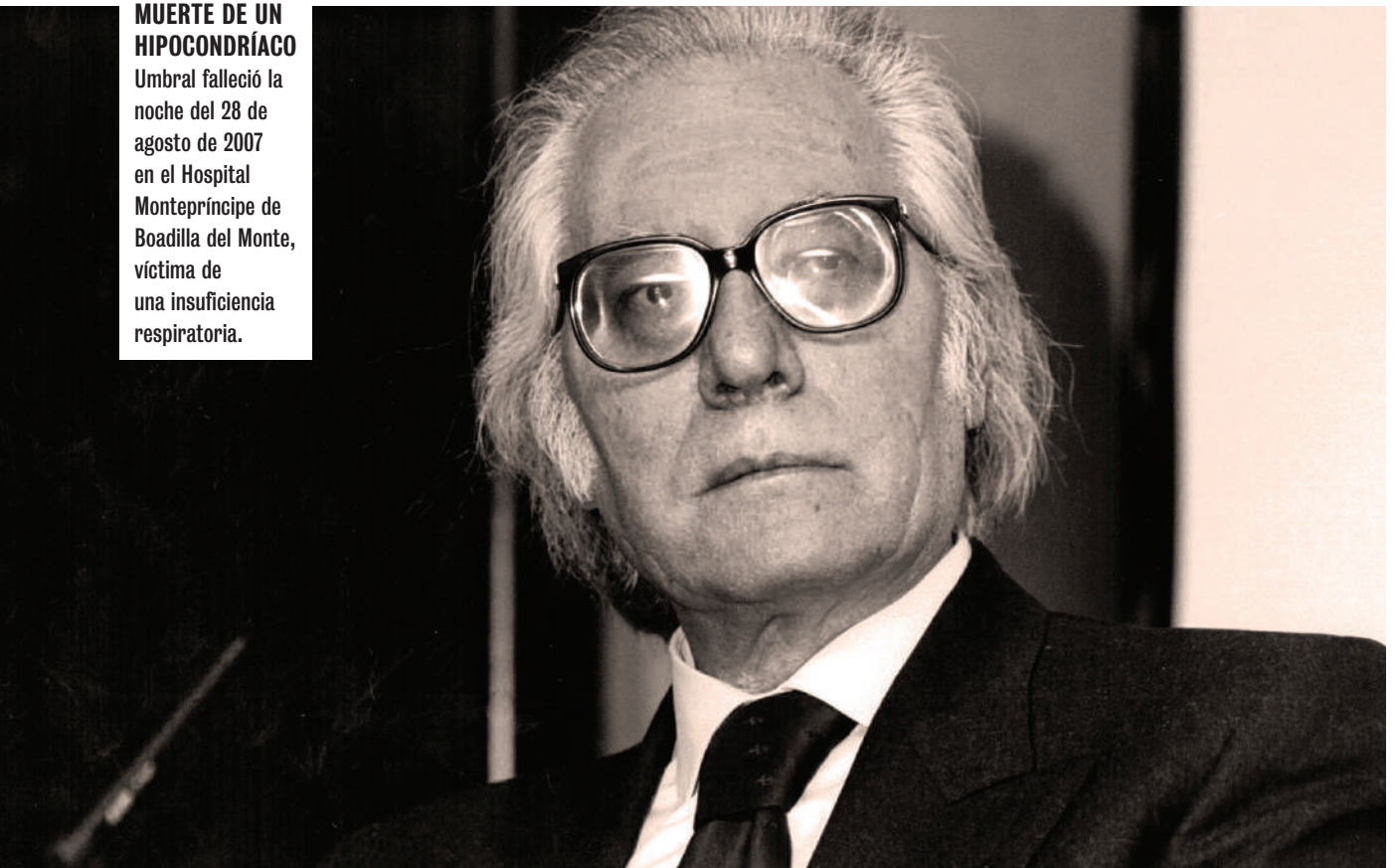
TRAVESÍA DE MADRID

El aniversario de la muerte de Umbral ha multiplicado las recuperaciones de sus obras. Así, Austral acaba de reeditar la primera novela del escritor, su legendaria *Travesía de Madrid*, experimental y vanguardista, y meses antes *Tamouré*. También la editorial Zut rescata ahora *Lola Flores. Sociología de la petenera*, y Debate, la biografía de Anna Caballé: *Umbral. El frío de una vida*.



MUERTE DE UN HIPOCONDRIACO

Umbral falleció la noche del 28 de agosto de 2007 en el Hospital Montepríncipe de Boadilla del Monte, víctima de una insuficiencia respiratoria.



FUNDACIÓN FRANCISCO UMBRAL

de esos escritores y de otros muchos del continente americano que yo había conocido a lo largo de mi vida y hasta entonces. A veces creo que después de aquella conversación se deslizó el nombre y alguna anécdota de algún “latinoché” que yo había citado en aquella charla de aeropuerto catalán en una tarde de nieve, gris y coñac. Y el de alguna mujer, bella e inteligente, que en ese momento era una de mis obsesiones “líricas” y había sido la suya, inútilmente, durante una temporada anterior. Era una princesa catalana de fina cultura literaria, de insaciable curiosidad intelectual y de una belleza física de época. En una época y durante la temporada de su obsesión, Umbral la citaba casi diariamente en las “negritas” de su columna. Y a mí me entraban unos celos de adolescente que al día de hoy no comprendo, mientras me río al recordarlo.

Otro día lo invité a una fiesta de escritores en mi casa de entonces, en El Rej de Las Rozas. “Si das croquetas, yo

voy”, me dijo por teléfono. Y puse croquetas, en principio sólo para Umbral, aunque luego todo el mundo lo imitó y comieron de aquellas maravillas que mandé traer de La Mallorquina de Madrid. Ahí, a la corta, Umbral era un niño sentimental que cultivaba su imagen de dandi con esplín constante como si fuera una de las Bellas Artes.

Nunca lo vi escribiendo, aunque sí muchas veces leyendo. En su escritura periodística frecuentaba la provocación como si fuera —y lo era— una condición humana de su propio estilo. Leí mucho de Umbral. Su novela *Mortal y rosa* era un hermoso, humano y melancólico texto literario sobre la muerte de su único hijo. Es una novela sentimental, literaria y contundente, como lo es *Trilogía de Madrid*, y

**UMBRAL TERMINÓ POR
CREERSE EL PERSONAJE
QUE HABÍA DIBUJADO Y
SE TOMÓ LA ESCRITURA
COMO UNA NECESIDAD
EXCLUSIVA Y EXCLUYENTE**

las que tienen que ver con el aprendizaje sentimental e intelectual de un escritor provinciano, ambicioso y con ganas de devorar el mundo que viene a conquistar Madrid. Aquí había una contradicción intelectual en Umbral. Era un contumaz antigaldosiano, cosa

que a mí me molestaba, pero intentó siempre lo mismo que Galdós: inventar literariamente un Madrid suyo, un Madrid autónomo y literario, único. Creo que, como Galdós, lo consiguió con creces con su Gijón y otras latitudes madrileñas. Por esto, como a Galdós, se le detestaba en los medios literarios: porque era dueño de un espacio inventado que existía en una realidad paralela. Aunque él no lo admitiera nunca, en cierto sentido era tan galdosiano como Galdós. Y tan querido y detestado como él. ● **J. J. ARMAS MARCELO**

“Fueron largos y ardientes los veranos”

Felices, excitantes o apesadumbrados, los poetas en español del siglo XX cantaron al goce de vivir o al miedo a la muerte en versos dedicados a una temporada abrasadora de temperaturas y sentimientos.

SONETO LXXIV

El camino mojado por el agua de agosto
brilla como si fuera cortado en plena luna,
en plena claridad de la manzana,
en mitad de la fruta del otoño.

Neblina, espacio o cielo, la vaga red del día
crece con fríos sueños, sonidos y pescados,
el vapor de las islas combate la comarca,
palpita el mar sobre la luz de Chile.

Todo se reconcentra como el metal, se esconden
las hojas, el invierno enmascara su estirpe
y sólo ciegos somos, sin cesar, solamente.

Solamente sujetos al cauce sigiloso
del movimiento, adiós, del viaje, del camino:
adiós, caen las lágrimas de la naturaleza.

PABLO NERUDA

De *Cien sonetos de amor*, 1959, Austral, 2021

PAUSA DE AGOSTO (FRAGMENTO)

Madrid quedó vacía
sólo estamos los otros
y por eso
se siente la presencia de las plazas
los jardines y fuentes
los parques y glorietas
como siempre en verano
Madrid se ha convertido
en una calma unánime
pero agradece nuestra permanencia
a contrapelo de los más
es un agosto de eclosión privada
sin mercaderes ni paraguas
sin comitivas ni mitines
en ningún otro mes del larguísimo año
existe enlace tan sutil
entre la poderosa
metrópoli [...]

MARIO BENEDETTI

De *Inventario*, Visor, 1986

DAME LA NOCHE QUE NO INTERCEDE (FRAGMENTO)

Dame la noche que no intercede,
la noche migratoria con cifras de cigüeña,
con la grulla celeste y su alamar guerrero,
palafrén de la ola oscuridad.
Dame tu parentesco con una sombra de oro,
dame el mármol y su perfil
leve y ciervo,
como de estrofa antigua.
Dame mis manos degolladas por la noche que no intercede,
palafrén de las más altas mareas,
mis manos degolladas entre los altos cepos y las llamas lunares,
mis manos migratorias por el cielo de agosto.
Dame mis manos degolladas por el antiguo oficio de la infancia,
mis manos que sajaron el cuello de la noche,
el destello del sueño con metáforas verdes,
el vino blasonado que se quedó dormido.

BLANCA ANDREU

De *Una niña de provincias que se vino a vivir a un Chagall*, Rialp, 1980

TRASCIELO DEL CIELO AZUL

iqué miedo el azul del cielo!
inegro!
inegro de día en agosto!
iqué miedo!
iqué espanto en la siesta ardiente!
inegro!
inegro en las rosas y el río!
iqué miedo!
inegro con sol en mi tierra
(inegro!)
sobre las paredes blancas!
iqué miedo!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

De *Eternidades*, 1918. Visor, 2007

A MI HERMANO MIGUEL (FRAGMENTO)

[...] Miguel, tú te escondiste
una noche de agosto, al albaorear;
pero, en vez de ocultarte riendo, estabas triste.
Y tu gemelo corazón de esas tardes
extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya
cae sombra en el alma.

Oye, hermano, no tardes
en salir. ¿Bueno? Puede inquietarse mamá.

CÉSAR VALLEJO

De *Heraldos negros*, 1919, Cátedra, 2004

REVELACIÓN

Era en Numancia, al tiempo que declina
la tarde del agosto agosto y lento,
numancia del silencio y de la ruina,
alma de libertad, trono del viento.
La luz se hacía por momentos mina
de transparencia y desvanecimiento,
diafanidad de ausencia vespertina,
esperanza, esperanza del portento.
Súbito, ¿dónde?, un pájaro sin lira,
sin rama, sin atril, canta, delira,
flota en la cima de su fiebre aguda.
Vivo latir de dios nos goteaba,
risa y charla de dios, libre y desnuda.
Y el pájaro, sabiéndolo, cantaba.

GERARDO DIEGO

De *Alondra de verdad*, 1941, Castalia, 1986

EL SUEÑO VERDADERO

En el cenit del día
un derrumbe se escucha silencioso:
es el ínfimo estruendo
de la nube que quiebra su lograda figura
para ser de sí misma sólo un eco en lo alto.
Todo está en su solsticio,
en su plena apariencia mientras el sol lo abraza.
Y a la herida del hombre su latido le presta
el frágil corazón de la que cree su hora
en la burla del tiempo.
Todo vive muriendo y, sin embargo,
qué arraigado saberse cierto y hondo
en la misma raíz del desarraigo,
qué morada a cubierto en la brusca intemperie,
qué verdad este sueño
cristalino de agosto.

VICENTE GALLEGO

De *El sueño verdadero*, Visor, 2004

LOS VERANOS (FRAGMENTO)

¡Fueron largos y ardientes los veranos!
Estábamos desnudos junto al mar,
y el mar aún más desnudo. Con los ojos,
y en unos cuerpos ágiles, hacíamos
la más dichosa posesión del mundo. [...]

FRANCISCO BRINES

De *El otoño de las rosas*, Renacimiento, 1986



#SoyClásic@



www.olmedo.es

16 FESTIVAL
DE TEATRO CLÁSICO
EN LA VILLA DEL CABALLERO
DEL 22 AL 31 DE JULIO DE 2022

www.olmedoclasico.es
OLMEDO CLÁSICO



Augusto, el hombre del mes

Hombre supersticioso, habilidoso propagandista, político ambicioso, sanguinario caudillo, admirado estadista... Contradictoria resulta la figura de Augusto, el *princeps* que enarboló el modelo de virtud a imitar entre los emperadores romanos y a quien debemos el nombre del mes de agosto.

Una personalidad múltiple que ya desde tiempos antiguos diversos autores y sucesores en el cargo quisieron reflejar, aunque fuese entre líneas. Justiniano, a mediados del siglo IV d.C., escribió una sátira en la que imaginaba un banquete con el que los dioses daban la bienvenida a los deificados emperadores. Augusto aparecía descrito como una figura extraña e inatural, que cambia constantemente de color para confundirse con lo que le rodea, como un camaleón. Solo en última instancia, cuando es instruido por la filosofía, se convierte en un gobernante bueno y sabio.

La metáfora resulta acertada para resumir la biografía del longevo *princeps*—vivió hasta los 75 años—, que evolucionó del aspirante manipulador, ambicioso e implacable a figura venerable, respetada y querida por todos en la Antigua Roma. Pero descifrar al verdadero Augusto ha resultado una empresa quimérica para los historiadores; no

precisamente por la escasez o el partidismo de las fuentes, sino porque fue un maestro del relato: tuvo la necesidad de reinventarse a sí mismo a lo largo de toda su vida.

Para empezar, fue un hombre con tres nombres. Nació en Roma en septiembre del año 63 a.C. como Cayo Octavio, se convirtió en Cayo Julio César al ser nombrado heredero del dictador y se le concedió en 27 a.C. el de Augusto gracias al voto del Senado y del pueblo romano. La historiografía moderna solo ha utilizado este último y el de Octaviano, que él siempre despreció porque así era como lo llamaban sus enemigos.

Un dato reseñable de su historial reside en su permanente precocidad. Augusto se lanzó a la extremadamente violenta política de Roma con tan solo diecinueve años. De hecho, logró ser nombrado cónsul a esa edad—el cargo estaba vetado a los menores de cuarenta y dos—tras lanzar un órdago al Senado: como al principio su candidatura fue rechazada, marchó sobre la ciudad con un amplio despliegue de legiones, que no encontraron ningún tipo de resistencia.

Augusto se había formado bajo la toga de Julio César. El despiadado general hizo que el joven le acompañara en su campaña bélica en Hispania durante la guerra civil contra Pompeyo, aunque una enfermedad le impidió llegar a tiempo al teatro de operaciones y se perdió buena parte de la acción. Su asesinato le sorprendió en



ESTATUA DE
AUGUSTO DE
LA GLIPTOTECA
NY CARLSBERG
(COPENHAGUE)

Grecia, estudiando retórica, oratoria y otras disciplinas imprescindibles para un aristócrata de su proyección.

Como heredero señalado de César, se granjeó poco a poco la legitimidad de su nombre y su posición. Incluso se endeudó para entregar a cada ciudadano la cantidad de trescientos sestercios que el dictador les había legado en su testamento. Y tras firmar la alianza con Marco Antonio y Lépido del triunvirato, Octaviano se lanzó a la caza de los asesinos de su padre adoptivo.

Ese es uno de los capítulos más oscuros de su biografía: las proscripciones. En el Foro se expusieron dos listas de nombres, y quienes aparecieran en ellas podían ser ejecutados sin temor a represalias. Así le ocurrió a Cicerón, degollado cuando estaba a punto de subirse a un barco. Los triunviros incluyeron a varios ciudadanos ricos para pagar las deudas contraídas con los soldados y sufragar la campaña para castigar a los Bruto, Casio y compañía.

La batalla naval de Accio (31 a.C.) fue un momento clave en la vida de Octaviano. Logró al fin derrotar a su nuevo y principal rival, Marco Antonio, a quien se describía en la Urbs como un Hércules ebrio abandonado a los placeres orientales e hipnotizado por los encantos de Cleopatra. Perfeccionando su idiosincrasia manipuladora, decidió pagar a su ejército con las monedas incautadas a su enemigo: mediante una hábil relectura de las acuñaciones, las legiones de Antonio representadas a través de águilas y barcos de guerra abandonaban ahora a su gene-

ral y llegaban para engrosar las filas del Estado romano.

El joven y mortífero caudillo de las guerras civiles tuvo la habilidad para transformarse en el “padre de la patria”. No solo logró el poder personal y monárquico que asustaba a los romanos, sino que consiguió que sus propios conciudadanos se lo entregaran. Proclamó, además, el regreso de la moral religiosa tradicional que se había difuminado en los últimos compases de la República y reconstruyó ochenta y dos templos de la ciudad en ruinas. Augusto, el salvador de Roma, el elegido

Se conservan más imágenes de Augusto que de ninguna otra persona del mundo antiguo, pero la gran mayoría res-

AUGUSTO SE FORMÓ BAJO LA TOGA DE JULIO CÉSAR. EL DESPIADADO GENERAL HIZO QUE LE ACOMPANARA EN SU CAMPAÑA EN HISPANIA

ponden a un canon idealizado. Así lo retrata Suetonio, que empleó fuentes hostiles al *princeps*: “Tenía los dientes separados, pequeños y desiguales; el cabello, ligeramente rizado y tirando a rubio; las cejas, juntas; las orejas, medianas: la nariz, prominente en la base y recogida en la punta; la tez, entre morena y blanca; y la estatura, pequeña”. Esta última característica llegó a ser un verdadero problema, ya que tuvo que usar alzas en público para parecer más alto.

Tuvo Augusto una “débil

UN BAUTISMO A CAPRICHIO

Al igual que Julio César, el *princeps* recibió el honor de que un mes fuera bautizado con su nombre. Algunos querían que fuera septiembre para conmemorar su nacimiento, pero él prefirió elegir el anterior, cuando se convirtió en cónsul por primera vez y consiguió tantas victorias. *Sextilis*, el sexto mes del antiguo calendario romano, y el octavo en el juliano, que contaba con 365 días y seis horas —solo se cometió un error de diez minutos y cuarenta y ocho segundos que sería subsanado en el siglo XVI por el papa Gregorio XIII—, se convirtió en Augustus, el actual agosto.



salud de hierro”: era terriblemente friolero y de naturaleza enfermiza. En varias ocasiones estuvo al borde de la muerte: durante las guerras cántabras, por ejemplo, un rayo fulminó al esclavo que le acompañaba. Se salvó, más por azar y fortuna que por planificación, de acabar asesinado por veteranos amotinados o ciudadanos descontentos. También se arrodilló ante la superstición: no emprendía ningún viaje el día siguiente a la celebración del mercado semanal y evitaba tratar cualquier asunto los días cinco o siete de cada mes.

El espíritu camaleónico lo desplegó asimismo en su vida amorosa. A su esposa, Livia, la primera mujer en la historia de Roma que realmente tuvo poder, se la robó a un magistrado de la familia Claudia y luego la engañaría con numerosos adulterios. Era el hombre que al mismo tiempo reivindicaba para el pueblo romano las vir-

tudes del matrimonio, el que exilió a su hija, su nieta y su nieto y le dijo a otros que debían criar familias tradicionales. En su monumental biografía sobre Augusto (La Esfera de los Libros), Adrian Goldsworthy resume que “si hay una tendencia, esta es que en general su conducta mejoró según se fue haciendo mayor”.

Sobre el emperador han sobrevivido multitud de anécdotas, chistes contados o protagonizados por él mismo e incluso una obra, la *Res gestae*, en la que recopiló ya en sus últimos años de vida un listado de sus logros y honores. No emerge ahí el caudillo que ascendió al poder absoluto derramando sangre, sino la historia del verdadero artífice de la reconstrucción del esplendor y el poderío de Roma. Octavio Augusto, el gran propagandista que se disfrazó de modelo virtuoso e impoluto. ● DAVID BARREIRA

LA GRAN GUERRA

4-A

CONFLICTO GLOBAL

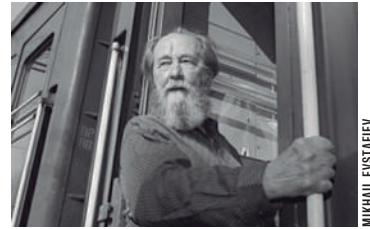
Y la calma veraniega se rompió. En tan solo 37 días se cumplieron los pronósticos más pesimistas. En poco más de un mes el mundo se dividió en dos y el fantasma de la guerra, de la I Guerra Mundial, arrasó los campos de la Europa de 1914. Campos que pronto se llenarían de trincheras y de muertos. Las heridas abiertas por aquella siniestra canícula serían el preludio de una nueva contienda.

37 días para desatar el infierno

Se atribuye a Bismarck la afirmación de que la próxima guerra estallaría por alguna locura en los Balcanes. Puede estimarse que el viejo canciller tuvo razón cuando dijo esto, antes de que empezase el siglo XX, si consideramos que el asesinato por terroristas serbios del heredero de Austria-Hungría en Sarajevo el 28 de junio de 1914 fue el detonante de la Gran Guerra. Seguimos preguntándonos cómo fue posible esta catástrofe, quiénes fueron los culpables, por qué los canales diplomáticos fueron incapaces como en otras ocasiones de aislar una crisis regional y, en definitiva, cómo en tan poco tiempo Europa se precipitó al abismo. Se han escrito muchos y buenos libros que han tratado de dar respuesta a estos interrogantes, siguiendo la estela de la obra ya clásica de Barbara W. Tuchman, *Los cañones de agosto* (RBA), que ganó el premio Pulitzer de 1962.

Antes de 1914, más que un sistema ordenado, Europa era una red de intereses concurrentes y de antagonismos fuertemente ligados entre sí. Esto suponía, como ocurrió en ese verano dramático, que las decisiones de unos afectaban a todos. Se era consciente de que la guerra general era una posibilidad real, y por ello los estados mayores de las potencias habían elaborado estrategias de ataque, sistemas de defensa y planes de movilización de reservistas y traslado de tropas, además de un sostenido programa de incremento de la industria militar que se parecía a una carrera por disponer de más buques y cañones que los rivales. La guerra estaba preparada.

Cuando el archiduque Francisco Fernando fue abatido por Gavrilo Princip, nadie puso en duda que detrás del asesinato, de una u otra manera, estaba Serbia. Se esperaba, pues, la reacción de Viena contra la provocación de Belgrado. Pero



MIKHAIL EVGENIEV

CAMINO DE LA REVOLUCIÓN

“Todo respiraba la alegría del verano”. Así introduce Alexandr Soljenitsin *Agosto 1914*, una vertiginosa narración que nos traslada a la derrota del ejército zarista en la Prusia Oriental en los diez primeros días de la Primera Guerra Mundial y al posterior surgimiento de la Rusia revolucionaria. Un documento imprescindible de un gran valor histórico, periodístico y literario. ■ Agosto 1914 fue publicado por la editorial Styria en 2007.



ERNEST BROOKS

los tiempos de la corte real e imperial eran tan ajenos al ritmo acelerado del mundo moderno como lo era el viejo Francisco José, y un silencio oficial tenso presidió las siguientes semanas. Detrás de los focos hubo intensas conversaciones con el aliado alemán, que parecía el más interesado en que la respuesta austro-húngara fuera contundente. Serbia, por su parte, contaba con el respaldo ruso, fruto de un realineamiento reciente con el gobierno zarista, que había asumido la protección de los eslavos del sur para ampliar su presencia en los Balcanes.

La crisis, que en principio era una más entre potencias recelosas de sus vecinos, activó tanto las alianzas en vigor como los contactos entre rivales con objeto de sondear las intenciones de los otros ante los posibles escenarios que se abrían. Hubo frenéticos contactos formales e informales, telegramas que viajaban entre las capitales europeas. Todo sucedió en un mes de julio que fue singularmente agradable, mientras los políticos descansaban en balnearios, los monarcas usaban sus yates y quienes pronto iban a morir en los campos de batalla compaginaban sus trabajos con ratos de ocio y diversión.

En el gobierno de Austria-Hungría se albergaban deseos de venganza, la necesidad de reparar el honor del Estado y de la dinastía, y junto a ello, la oportunidad de aumentar su control sobre los Balcanes y consecuentemente frenar la creciente influencia rusa en la región. Alemania contemplaba la situación entre el miedo a que su aliado del sur evidenciara debilidad y la

oportunidad de golpear a Rusia, su enemigo natural. Berlín pensaba en la inevitabilidad de una guerra que estallase cuanto antes y que fuese una contienda limitada en el espacio y breve en el tiempo. Aunque la eventualidad de un conflicto generalizado y la apertura de dos frentes, el oriental y el occidental contra Francia, estaban sobre la mesa.

Finalmente, la calma veraniega se rompió. La respuesta de Viena se produjo el 23 de julio en forma de un ultimátum a Belgrado imposible de aceptar. La Monarquía Dual disponía de un motivo para atacar a los odiados serbios, y Serbia se consideraba capaz de plantar cara con las espaldas cubiertas por Rusia. Dos días después los serbios rechazaron las condiciones austro-húngaras y el 28 el rey emperador declaró la guerra a Serbia. Se desató un torbellino de respuestas condicionadas por las alianzas. El zar Nicolás II decretó la movilización general el 31 de julio y el káiser Guillermo II declaró el “estado de amenaza de guerra inminente”, al mismo tiempo que conminaba a su primo Romanov a que parase a su ejército y reclamaba a Francia que se mantuviese neutral. Por fin, el sábado 1 de agosto el emperador del II Reich pronunció un discurso ante el Reichstag en el que declaró que delante de él no veía partidos políticos, sino solo alemanes,

QUIENES PRONTO IBAN A MORIR EN LOS CAMPOS DE BATALLA COMPAGINABAN SUS TRABAJOS CON EL OCIO Y LA DIVERSIÓN

firmó la movilización general y al día siguiente declaró la guerra a Rusia.

El presidente Poincaré, obsesionado no tanto con parar la guerra cuanto con que quedase bien claro que en ningún caso Francia actuaba como agresor, esperó hasta el 2 de agosto. Enton-

ces, en virtud de su tratado defensivo con Rusia, activó sus tropas. El káiser respondió declarando la guerra a la República. Faltaba por manifestarse el Reino Unido, con un gabinete dividido entre la política contemporizadora de Grey, secretario del Foreign Office, y Churchill, lord del Almirantazgo, que ya había tomado la iniciativa de aprestar a la Royal Navy en el Mar del Norte y el Canal. A pesar de que Gran Bretaña estaba ligada a su alianza con Francia, el primer ministro Asquith se agarró cuanto pudo a que solo intervendría militarmente si Alemania violaba la neutralidad de Bélgica. Cuando el Imperio germánico lanzó un ultimátum al rey Alberto I para que permitiera el paso de su ejército en dirección a Francia y este se negó a aceptar la invasión, ya no hubo más opciones. El 4 de agosto Alemania declaró la guerra a Bélgica y sus divisiones entraron en su territorio. El Reino Unido declaró la guerra a Alemania y se aprestó a enviar un cuerpo expedicionario al continente. En treinta y siete días de verano, se había desatado el infierno. ● **ADOLFO CARRASCO**



SOLDADOS CAÍDOS

La I Guerra Mundial dejó unos 10 millones de soldados muertos. Fueron 20 millones los soldados heridos y se calcula que las víctimas civiles ascendieron a cerca de 7 millones.

HIROSHIMA

6-A

BOMBA ATÓMICA

El lunes 6 de agosto de 1945, a las 8,15 horas, el Enola Gay lanzaba la bomba atómica *Little Boy* sobre Hiroshima. Tres días más tarde, el Bockscar hacía lo propio con *Fat Man* en Nagasaki. Aquel verano, la II Guerra Mundial se encontraba ya en su fase final pero esos dos aviones B-29 cambiarían el mundo para siempre. La trascendencia de su devastación llega hasta nuestros días.

Y el horror nuclear abrasó la Historia



Agosto de 1945: el mundo lleva seis años conmocionado por la mayor hecatombe de todos los tiempos, la guerra que comenzó un ya lejano septiembre de 1939, cuando Hitler invadió Polonia. Hace unos meses que el Führer se ha suicidado y el III Reich se ha rendido a los aliados (7 de mayo de 1945): la guerra ha terminado formalmente en Europa, aunque ello no quiera decir, como ha demostrado Keith Lowe (*Continente salvaje*, 2012), que haya llegado la paz sino la hora de las represalias bestiales y despiadadas. La situación internacional está lejos de aclararse, pues las hostilidades no se han cerrado aún entre los bandos en liza: en particular, Estados Unidos y Japón siguen en guerra abierta.

El verano del 45 en Norteamérica llega también con rasgos peculiares: un oscuro vicepresidente, Harry S. Truman, acababa de convertirse en la máxima autoridad del país ante la muerte del carismático Franklin D. Roosevelt (12 de abril). Aunque la gran potencia americana no había sufrido en su territorio y en su población devastaciones y matanzas comparables a las europeas, sí podía presentar una impresionante contribución de sangre en forma de miles y miles de soldados que lucharon por la liberación del Viejo Continente. A estas alturas, el cansancio por el esfuerzo bélico se hace patente en todos los órdenes. Estados Unidos estaba en guerra desde el “día de la infamia” (8 de diciembre de 1941, fecha del sorpresivo ataque japonés a la base de Pearl Harbor).

250 METROS

La bomba atómica *Little Boy* alcanzó el centro de Hiroshima provocando una bomba de fuego de 250 metros de diámetro. 75.000 personas murieron en el acto.

WIKIPEDIA CONFIRMAR

En ese lapso, las fuerzas militares norteamericanas han podido comprobar en carne propia que la ferocidad de las tropas niponas en el marco del Pacífico nada tiene que envidiar a la furia nazi en el corazón europeo, como bien ha retratado para el gran público Clint Eastwood en dos películas memorables (*Batallas de nuestros padres* y *Cartas desde Iwo Jima*, ambas de 2006). El secular código de honor de la cultura japonesa transplantado al ejército moderno ha generado un militarismo exacerbado y fanático. La obediencia ciega al Emperador se acompaña de un culto a la muerte de una crueldad inaudita, que ya sufrieron sus vecinos orientales, en particular coreanos y chinos (masacre de Nankín, diciembre de 1937).

El mundo en agosto de 1945 presenta una ambivalencia desconcertante: por un lado, parece obvio que los aliados se han impuesto y la rendición completa de todas las fuerzas del Eje es solo cuestión de tiempo; pero, sin embargo, es precisamente tiempo lo que menos quieren conceder unas fuerzas que se reconocen victoriosas pero también exhaustas y renuentes a seguir derramando más sangre. Ese es el dilema de Truman: viene machacando de forma inmisericorde a las ciudades japonesas con bombardeos espantosos, pero las fuerzas de Hirohito parecen dispuestas a resistir hasta el último aliento. ¿Cuánto más tiempo y esfuerzo y, sobre todo, cuántas más vidas estadounidenses habrá que sacrificar para conseguir la rendición nipona?

El dilema se va a resolver por la vía más fácil para los intereses norteamericanos, que será también la más costosa en términos humanos para sus enemigos: usar un arma nueva de características desconocidas que desencadene un pánico invencible y constituya un argumento disuasorio para la resistencia japonesa: el arma nuclear recién descubierta, la bomba atómica. Son elegidas dos ciudades cuyo interés militar era más que discutible, Hiroshima y Nagasaki. La cuestión esencial era causar el mayor daño posible. A estas alturas de las hos-

tilidades el hecho de que las víctimas fueran civiles inocentes era cuestión que nadie se veía en la tesitura de justificar, tantas habían sido ya las veces en que unos y otros habían incurrido en esas atrocidades en los años anteriores.

El lunes 6 de agosto de 1945 a las 8,15 horas, el B-29 Enola Gay lanzaba la bomba que llevaba el apelativo de *Little Boy*—un abominable rasgo de humor macabro—sobre el centro de Hiroshima, creando una bola de fuego de más de 250 metros de diámetro y una temperatura superior al millón de grados centígrados. Unas 75.000 personas murieron en el acto pero otro número similar quedaron afectadas gravemente y fallecieron posteriormente. Tres días más tarde, el B-29 Bockscar descargaba *Fat Man* sobre Nagasaki, en una acción cuyo evidente paralelismo con la anterior no necesita glo-

sa alguna. La cifra de fallecidos de modo inmediato fue inferior (algo menos de 40.000), aunque también en este caso el número se duplicó *grasso modo* en los meses posteriores.

Hasta aquí los hechos que dibujarían una versión oficial, durante mucho indiscutida, aunque solo fuera porque la inmediata rendición japonesa (también en agosto, el día 15, aunque el 2 de septiembre de forma oficial) parecía dar la razón a

la opción Truman y justificar, al menos parcialmente, la utilización del arma más mortífera inventada por el ser humano. No obstante, el acceso a ciertos documentos oficiales estadounidenses ha llevado a diversos historiadores como Gar Alperovitz o Martin J. Sherwin, a cuestionar desde diversas perspectivas la explicación tradicional. A la controversia moral sobre su uso se añaden así algunas consideraciones de tipo político que dibujan un panorama más incierto: tirar la bomba no era la única opción posible ni, mucho menos, la mejor.

En todo caso, en agosto de 1945 se produce en el mundo un cambio cualitativo cuya trascendencia es imposible exagerar. Aun con toda la devastación que supusieron los bombardeos convencionales de las ciudades inglesas (Coventry) y, más aún, alemanas (Hamburgo, Dresde), además de los que sufrió Tokio, hay un antes y un después en el empleo de la bomba atómica.

El mundo ya nunca será el mismo sabiendo que hay países que tienen esa arma de destrucción. Lo estamos comprobando ahora, en este nuevo verano bélico que vivimos en suelo europeo, tres cuartos de siglo después: la invasión de Ucrania no se hubiera producido del modo en que ha tenido lugar si Putin no dispusiera del arma nuclear para disuadir cualquier intervención contra los intereses de Rusia. ● RAFAEL NÚÑEZ FLORENCIO

LAS FUERZAS NORTEAMERICANAS COMPROBARON LA FEROCIDAD DE LAS TROPAS NIPONAS EN EL PACÍFICO, QUE NADA TENÍA QUE ENVIAR A LA FURIA NAZI EN EUROPA

LITERATURA Y CINE ENTRE RUINAS

“Estamos en verano de 1957, en agosto, en Hiroshima”. Así arranca *Hiroshima mon amour*, guion de la película de Alain Resnais de 1959 que Marguerite Duras convirtió en candente material literario. Una pareja sin nombre formada por un japonés y una francesa se enamora entre las ruinas de la ciudad arrasada. Para la historia: “Hiroshima, ese es tu nombre”. ■ El libro está editado por Seix Barral y la película puede verse en Filmin y Movistar.





EL MAMBO DE BOLOGNA



REFUGIADOS EN KELETI



SA DA

Cartas desde Europa



Quien, como Susan Sontag, siente que no ha estado en todas partes, “pero están en mi lista”, sabe que la primera estación de un futuro viaje o una inminente aventura se encuentra en las cartas y portales que trotamundos más afortunados le envían desde cualquier parte del mundo. Como las que hoy escriben cinco jóvenes autores españoles a sus amigos, hijos, cómplices... Y a ti, lector.

BOLONIA A Morandi

MERCEDES CEBRIÁN

Querido Giorgio:

¡He conocido tu casa de Bolonia! Yo iba en busca de tus botellas, tus ubicuas musas pictóricas. Allí estaban, en un armario, junto a las caracolas y otros objetos anodinos a los que tú otorgaste vida a fuerza de mirarlos desde infinitas perspectivas.

También visité el museo MAMBo, donde se exponen tus bodegones, y hoy he paseado bajo el calor húmedo boloñés que conocerás bien. Las chicharras están en su apogeo sonoro: quizá su canto sea uno de los motivos por los que Bolonia se considera Ciudad musical de la UNESCO. Hablando de la UNESCO: ¿sabías que en 2022 los pórticos boloñeses se incluyeron en la lista de Patrimonio de la Humanidad? Más bien deberían figurar en la declaración de derechos humanos, porque optar a una sombra en el tórrido verano local es indispensable.

Tengo más ideas para tu ciudad: al igual que contáis con un servicio de bicicletas que, tras usarse, se aparcan en distintas zonas, el Ayuntamiento de Bolonia debería proporcionar puntos limpios en los que cambiarnos de camiseta y dejar la anterior para lavar. Sería un éxito. Me despido con una confesión: no pude con los *tortellini in brodo*: soy de comer sopas calientes en verano, pero esa pasta contundente en su caldo hirviendo me superó. Mañana vuelvo a casa. Abrazos, Mercedes. ●

BUDAPEST Keleti

JUAN GÓMEZ BÀRCENA

Querido Javi:

Me preguntas por mi viaje a Budapest, y por esa otra forma de viaje que es la escritura de mi novela. Quieres saber si mi libro húngaro avanza o no avanza. Pero yo quiero hablarte de otra cosa, que tal vez sea la misma: la llegada a Hungría de los refugiados sirios. Te habrás enterado por las noticias. Desde el jueves, la estación de Keleti está abarrotada de miles de personas que se hacen en tiendas de campaña improvisadas, ante la mirada impasible o abiertamente despectiva de la policía húngara. En su última intervención, Orbán ha asegurado que sólo están ahí para “mantener el orden”; esto es, para impedir a los refugiados abordar los trenes. Así que no pueden continuar su viaje, y mucho menos pueden volver: sólo les queda continuar ahí, esperando. Ayer, yo mismo me dirigí a la estación. Ante la puerta principal, un centenar de húngaros escupían insultos o algo que parecían insultos, con la mano erguida en el saludo nazi. Por suerte, los refugiados no reaccionaron. Tampoco la policía: por lo visto, ésa no era la clase de orden que debían mantener. Y yo pensé: tengo que recordar esto. La próxima vez que me pregunte si tiene sentido escribir en pleno siglo XXI una novela sobre el Holocausto, tengo que recordar lo que vi en la estación de Keleti. ●



COSTA



LOS LANES DE BRIGHTON



LA ESTATUA DE BALZAC HECHA POR RODIN

LISBOA

¡Cuidado!

BIBIANA CANDIA

Querido lector:

Esta nota escondida entre las páginas del libro que tienes en las manos es una advertencia, léela antes de seguir recorriendo estanterías.

Yo quería despedirme de Lisboa, es lo último que recuerdo. Bajaba del Chiado para tomarme un café y un pastel de nata en Martinho de Arcada pero, al pasar por la librería Sa da Costa, sentí un deseo irrefrenable de entrar y disfrutar el olor a páginas antiguas.

El verano es así, el calor altera el curso natural de nuestra voluntad volviéndonos más hedonistas y una pequeña concesión puede provocar una catástrofe.

Recorrí mesas de libros acariciando los lomos viejos, atravesé la primera sala, seguí por el pasillo y llegué a una especie de almacén. De pronto, una luciérnaga se posó en un estante a la altura de mis ojos, me acerqué para tocarla sin advertir el peligro y en cuanto la yema de mi dedo se dejó iluminar, la habitación empezó a dar vueltas. Pensé que era un mareo normal fruto del calor pero no, aquella luz se multiplicaba mostrándome todas las palabras, los mitos, las historias, los poemas, todos los mundos posibles e imposibles.

Huye mientras puedas porque este aleph nunca dejará marcharse a quien lo descubra. Tiene pánico a que los turistas se enteren de que ahora vive aquí. ●

BRIGHTON

Quadrophenia

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

Querido hijo:

Te escribo desde Brighton, donde me he venido a pasar los primeros días de este mes de agosto tan caluroso.

Ya sabes que yo viví aquí siendo estudiante. Entonces me tiré un año Erasmus en el campus de Sussex y me habrás oído decir que cuando bajaba a Brighton siempre esperaba encontrarme rodeado de mods y rockers, como aquellos que se pegaban por la playa durante el verano del 64. *Quadrophenia* era una película muy apreciada por mi generación. Lógicamente, nunca sucedió y mi decepción fue enorme.

Pues bien, ayer mismo ocurrió algo extraordinario. Andaba yo paseando por los lanes cuando oí follón a mis espaldas, volví la cabeza y vi una fila de auténticos mods con sus parkas –¿te imaginas llevar una con este calor?– montados sobre sus molonas Lambrettas espejadas. Por un momento me sentí Phil Daniels. Fue como si mis ilusiones juveniles se hubieran cumplido, y saludé con alegría al primer mod que pasaba cerca, solo que este me dirigió una mirada desdeñosa y exclamó:

–Get out of the way, old fag!

Huelga decir que cuando me volví hacia el pub el tipo que vi reflejado en el espejo era un tipo con medio siglo a sus espaldas, más cerca de la vejez que de la juventud. En fin, solo puedo darte un consejo: no regreses nunca adonde has sido feliz. ●

PARÍS

Tocarse en París

LUNA MIGUEL

Querido mío,

he pensado en ti paseando sola por París.

He pensado en tu risa al entrar en una librería cuyo nombre homenajea a Colette. Leyendo a esta sáfica supe que cuando me siento a escribir soy libre de decir cuanto quiera: del afecto a la guarrada, del activismo al chiste inmoral.

He pensado en los hombres que quisieron censurarme después de escribir sobre mi sexo. Sugerían que algún día tú te avergonzarías de mí, o que en el colegio los niños te maltratarían por culpa de mis versos inspirados en la promiscuidad de Monique Wittig.

He pensado en cómo serás tú de hombre-grande. ¿Te seguirá gustando París? ¿Te importará algo la literatura?

¿Te acordarás de mamá, que un día te llevó en brazos por estos parques, sustrándote poemas de René Vivien?

He pensado en mi dilema al admirar la estatua de Balzac que esculpió Rodin. Una en la que Honoré ejecuta el gesto onanista que él también practicaba antes de escribir.

He pensado en tu futuro libre, en tu deseo libre y en tu gozo libre.

Y al imaginarte así de hermoso he creído que mi escritura desvergonzada no es otra cosa que el legado que ansío dejarte: no sientas vergüenza, no dejes que te coarten, sé honesto y empático... Y tócate, hijo, si te da la gana, tócate. ●



IGNACIO ECHEVARRÍA

Agosto, página 182

Agosto es también un mito cultural. Dado que nos hacemos de la cultura un concepto eminentemente lúdico, festivo y recreativo, ésta permanece ligada de forma muy estrecha al concepto de ocio, y por ahí, al de vacaciones. Se supone, así, que el mes de agosto, el mes por excelencia de las vacaciones, incrementamos toda nuestra actividad cultural. Los festivales de verano ofrecen un testimonio convincente de ello. También ciertas modalidades —las más esforzadas, sin duda— de turismo urbano y monumental. Y, por supuesto, el libro o los libros que, quien más quien menos, cada uno mete en la maleta, persuadido de que estos días de vacaciones por fin va a encontrar el momento de leerlos.

Siempre me ha sorprendido la naturaleza ocasional que para muchos tienen sus intereses culturales. He aquí que, porque este verano visita Londres, mi amigo Teodosio, durante los días que pasa allí, se mete una traca de museos y exposiciones que se compadece mal con el hecho de que durante todo el año no haya acudido a ninguna de las que se han celebrado en su propia ciudad, cuyo museo más importante no visita desde niño. Con lo sencillo que era escaparse una tarde, al salir de trabajo, o cualquier domingo por la mañana.

Algo semejante ocurre con los libros. Vale que las circunstancias familiares, laborales y materiales de no poca gente prácticamente colapsan cualquier amago de leer con tranquilidad a lo largo de la semana. Así y todo, no deja de sorprender que alguien que se declara aficionado a la lectura no encuentre en todo el año ningún hueco para leer un libro, así sea delgadito, y desplace a sus vacaciones de agosto la resolución de ponerse a la tarea.

Será que, pese a la progresiva pérdida de atractivo y de predicamento que padece la lectura continuada, la imagen de una persona que lee sigue constituyendo una especie de fetiche cultural comúnmente apetecido. De hecho, la imagen de una persona leyendo, ya sea en la playa, ya en un parque, bajo los árboles, ya en una hamaca colgada vete a saber dónde, no deja

de ser una de las representaciones más plausibles de lo que supone estar de vacaciones, con ese plus añadido de recogimiento y de vida interior que entraña la lectura, por mucho que luego, al acercarnos, descubramos que el libro en cuestión es un tripicante *best seller*.

La lectura —si alguna vez lo tuvo, al menos en determinadas clases sociales— ya no tiene el rango de imperativo social que sí poseen, en cambio, el deporte y el turismo. Pese a lo cual, la imagen de uno mismo leyendo sigue siendo una de las fantasías más recurrentes que todos cultivamos.

De ahí seguramente que, a la hora de planear las vacaciones, sean tantos los que, contra todo pronóstico, metan un libro en la maleta. Un gesto que, dadas las circunstancias, en absoluto cabe pensar que se realice despreocupadamente. Muy al contrario: cuanto menor sea el caudal de las lecturas anuales, más trascendencia adquiere la elección del libro con el que uno se dispone a revalidar su condición de lector.

Resulta de lo más entretenido, así, especular con los criterios de selección con que todos operamos a la hora de elegir nuestras importantes lecturas del mes de agosto. Quienes lo tienen más fácil son los que, sin darle más vueltas, optan por el libro de moda, el más vendido, el “libro del año”, ya se trate del premio Planeta, ya de la nueva novela de Joël Dicker, ya de la última novedad que ha armado alboroto en la prensa o que ha recomendado algún famoso.

Más peliagudas —y más a menudo desastrosas— son las elecciones determinadas por la culpabilidad o por los complejos que todos arrastramos como lectores llenos de deudas con nosotros mismos, de lagunas por rellenar, de propósitos incumplidos. ¿Dedico el mes de agosto a leer de una vez *Moby Dick*, pongamos por caso, o

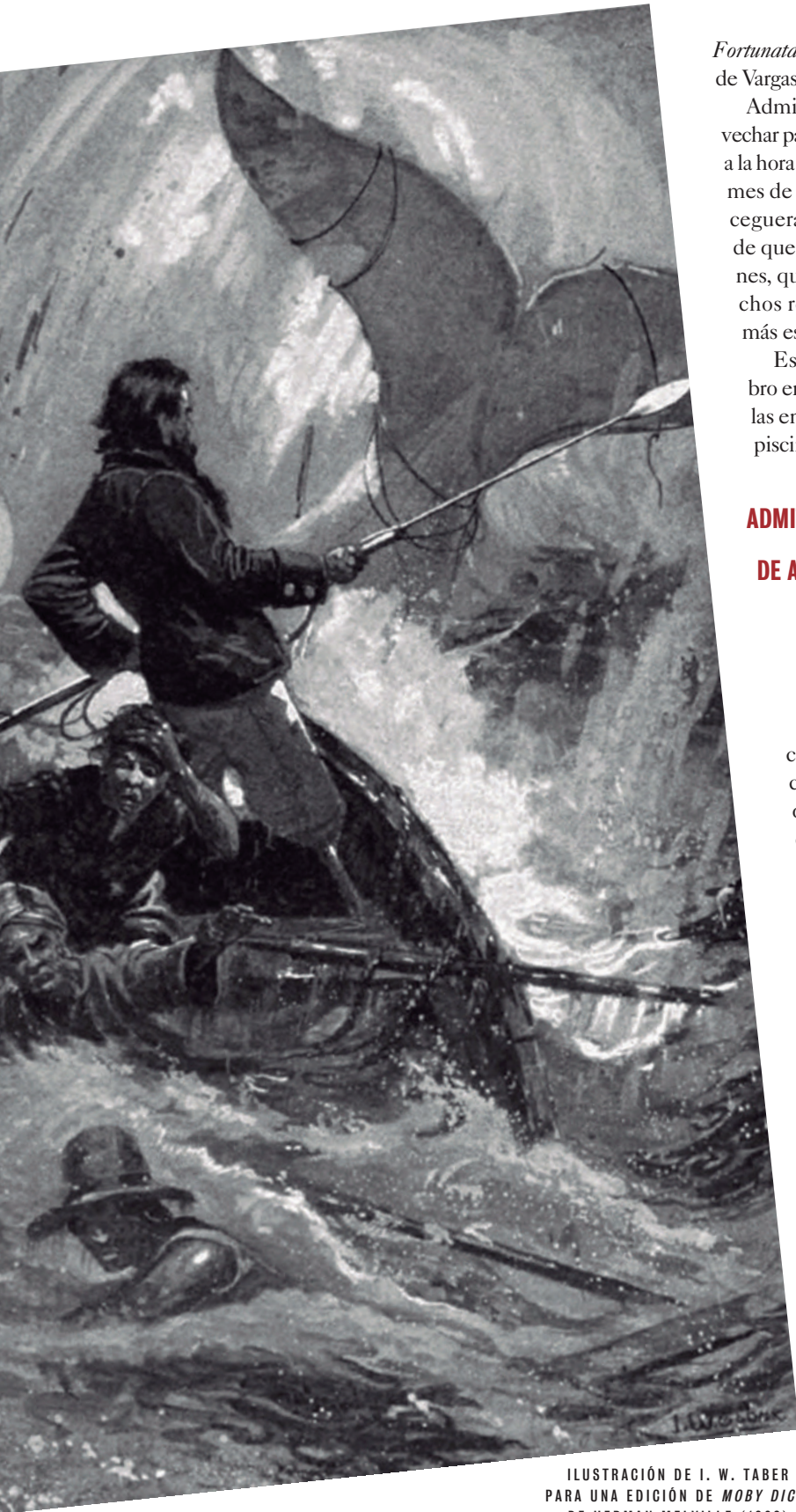


ILUSTRACIÓN DE I. W. TABER
PARA UNA EDICIÓN DE *MOBY DICK*,
DE HERMAN MELVILLE (1902)

Fortunata y Jacinta, por seguir la imperiosa recomendación de Vargas Llosa?

Admitamos que el criterio de extensión (eso de aprovechar para zamparse un tochazo) suele ser muy influyente a la hora de escoger las lecturas o más bien “la lectura” del mes de agosto. Y que se funda en una radical, incurable ceguera a la hora de explicarse uno mismo las razones de que no lea tanto como se propone. Pues las vacaciones, quién lo ignora, duran cada vez menos, y para muchos resultan, como está visto y comprobado, de lo más estresantes.

Esa imagen del tipo tirado en la hamaca con un libro entre manos se corresponde poco y mal con las colas en el supermercado, la vigilancia de los niños en la piscina, la resaca producida por la juerga que siguió al

ADMITAMOS QUE EL CRITERIO DE EXTENSIÓN (ESO DE APROVECHAR PARA ZAMPARSE UN TOCHAZO) SUELE SER MUY INFLUYENTE A LA HORA DE ESCOGER LAS LECTURAS DE AGOSTO

concierto de la noche anterior, o la obligada excursión a esas malditas ruinas arqueológicas de la que este año era imposible ya zafarse. Por no hablar de los estragos que producen las sobredosis de vida familiar o, simplemente, de pareja.

Lo más desolador de todo —más desolador todavía que ese anuncio navideño que no han arrancado aún de la valla publicitaria, pese a que estamos a comienzos de marzo— es el libro que, tres semanas después, reintroducimos en la maleta con la punta de la página 182 doblada, señal de que lo abandonamos allí, que no alcanzamos más. Hay que cuidarse mucho de la frustración que genera esta pequeña catástrofe, fácilmente disimulable pero que en nuestro fuero interno lo cuestiona todo: nuestra verdadera aptitud para leer, nuestras propias ganas, nuestra forma de gestionar las vacaciones, la auténtica orientación de nuestros apetitos culturales, ¡nuestro prestigio ante el espejo! Y por supuesto el interés real de ese libro que al parecer interesa a todo el mundo. O lo que es peor: el dudoso interés que en realidad nos despierta ese libro consagrado como obra maestra por el canon y por la tradición pero que, cómo decírtelo, a mí no me ha enganchado, menudo latazo. ●

De Tiziano a Dalí, las versiones de la Asunción

Es la fiesta del verano, no hay comarca que no celebre la suya, es la Virgen de agosto. Y mucho antes de que la iglesia declarase el dogma, la pintura ya hablaba de la Asunción. De Mantegna a Giordano, del Renacimiento al Barroco, recorreremos las más destacadas de la

Historia del Arte. Aunque el dogma no fue proclamado hasta el 1 de noviembre de 1950 por el Papa Pío XII en la *Munificentissimus Deus*, la creencia popular en la Asunción de la Virgen es anterior. Su origen podría remontarse al festival que los romanos celebraban en torno a la diosa de la caza Diana durante la luna llena de agosto. Si bien es cierto que la Iglesia quiso eliminar de su calendario esta celebración pagana, el Papa Nicolás I, consciente del arraigo de la festividad,

decidió adaptarla a la cristianidad. En la actualidad, la Asunción de la Virgen se celebra cada 15 de agosto y es una de las fechas más importantes en el calendario católico.

Como no podía ser de otro modo, este ha sido un tema tratado en numerosas ocasiones en la Historia del Arte por maestros como Tiziano, El Greco, Rubens e incluso Dalí. Algunas de las representaciones más antiguas son las de Johan Koerbecke, cuyo lienzo pintado en 1457 para el retablo mayor de la abadía de Marienfeld se puede ver en el Museo Thyssen-Bornemisza, o el fresco de Andrea Mantegna ejecutado entre 1448 y 1450 en la iglesia de los Ermitaños de Padua que fue gravemente dañado durante la Segunda Guerra Mundial.

Posterior es la *Asunción* de Tiziano que se conserva en la iglesia de Santa Maria dei Frari en Venecia. Fechada en 1517 supuso el primer encargo importante que recibió el maestro del Renacimiento y con el que ganó popularidad en la ciudad.

Su pintura de gran tamaño, que bebe de las de Mantegna y Giovanni Bellini, es la primera composición en la que utiliza el óleo sobre tabla y aunque maneja el color rojo y la luz para salvar los problemas procedentes del emplazamiento de la obra en un altar gótico con un marcado contraluz, algunas veces se mostraron críticas y dudaron de su calidad.

Sin embargo, Tintoretto acometió su propia versión en 1555 inspirándose en ella y representa a los apóstoles en posturas más escorzadas y añade colores manieristas como el amarillo haciendo que la atmósfera que envuelve la escena cobre una relevancia mayor. Este motivo religioso también lo abordó un Greco recién instalado en Toledo. Fruto del encargo del deán de la catedral de la ciudad, Diego de Castilla, esta obra de 1577 fue originalmente destinada al Retablo Mayor de Santo Domingo el Antiguo (hoy forma parte de la colección del Chicago Arts Institute). En esta obra que se convierte en

recorrido no podía faltar una visita al Museo del Prado, donde se encuentra la *Asunción* de Annibale Carracci. Aunque la pintura de 1587 no aparece citada por los biógrafos más tempranos del pintor, pudo ser comprada en Italia por el conde de Monterrey. Este se la regaló a Felipe IV, que la envió al monasterio de El Escorial, donde estuvo hasta que en 1839 fue trasladada a la pinacoteca.

El protagonismo del color en la pintura, la columnata corintia que se observa al fondo de la composición y las notas de naturalismo que emanan de los apóstoles y la Virgen llevan a creer que la pieza puede pertenecer a una etapa de clara influencia de la pintura veneciana. En la escena de Carracci la Virgen no depende tanto de los ángeles como en otras composiciones, lo que la convierte en protagonista de su ascensión mientras acentúa el dramatismo del momento con unos personajes que se presentan de perfil.

Así como en el Museo del Prado, Pasaron algunos años hasta que Guido Reni trabajó esta temática. Fue en 1602 y en su representación muestra unos ángeles torneados en una escena monumental que denota la influencia de Carracci. Son tres las versiones que se conocen (una está en Bolonia, otra en Londres y la tercera en el Prado) de esta Asunción, siendo la del Museo del Prado la única realizada con soporte de madera. Mientras que se sabe que la versión de Bolonia fue encargada por el abad Astorre di Vincenzo Sampieri, se desconoce el origen de esta que des-

En este

LA MÁS SURREALISTA

Una de las piezas que más llama la atención en este recorrido es *Assumpta Corpuscularia Lapislazulina*, la particular interpretación que hizo Dalí en 1952, tan solo dos años después de que Pío XII declarase el dogma. Aunque para entonces las representaciones religiosas ya no eran motivo principal de la pintura, el surrealista abordó esta en la que convierte a Gala en la Virgen María. Y no será la única: Dalí repite la iconografía de la Asunción en la *Assumpta antiprotonica* de 1956 (hoy en el Morohashi Museum of Modern Art de Fukushima, Japón).

■ *Assumpta Corpuscularia Lapislazulina* de Dalí pertenece a la Colección Masaveu de Oviedo.



© FUNDACIÓN GALA Y SALVADOR DALÍ / VEGAP



LAS ASUNCIONES DE NICOLAS POUSSIN, PINTADA HACIA 1630-1632 (NATIONAL GALLERY DE WASHINGTON); DE TIZIANO, DE 1517 (IGLESIA DE SANTA MARIA DEI FRARI, VENEZIA) Y DE ANNIBALE CARRACCI, H. 1587 (MUSEO DEL PRADO)

cansa en Madrid con unos matices más oscuros.

Prácticamente ningún gran maestro ha pasado por alto la Asunción y dando un pequeño salto en el tiempo nos topamos con la *Asunción de la Virgen* del barroco Rubens ejecutada en la Catedral de Amberes entre 1624 y 1627. El encargo data de 1611 aunque algunos problemas económicos retrasaron su concepción hasta 1618, cuando el artista firmó un contrato con

el deán Johannes del Río. A pesar de que Rubens comenzó su obra en 1624, la epidemia de la peste le hizo abandonar la ciudad hasta 1626. Para su escena el pintor toma como referencia la versión de Tiziano y hace que toda una corte de ángeles baile de manera rítmica en torno a la Virgen.

Tan solo cuatro años después el clasicista Nicolas Poussin se enfrascó en su propia representación. Aunque se

desconocen muchos detalles, se piensa que la obra registrada en el inventario póstumo de Vincenzo Giustiniani pudo ser encargada por el propio coleccionista. En cualquier caso, este lienzo fechado entre 1630 y 1632 es un raro ejemplo de la etapa romana del pintor.

Aunque poco a poco este tipo de manifestaciones religiosas fue decayendo aún quedaban algunas representaciones destacables como las de

Juan Valdés Leal (1670-1672) que, realizada para el convento de San Agustín de Sevilla, atesora el Museo de Bellas Artes de Sevilla, la de Luca Giordano del Museo del Prado en la que la Virgen aparece sentada sobre una nube o la de Juan Carreño de Miranda del Museo de Bellas Artes de Bilbao en la que la Virgen se encuentra en vuelo y lleva la corona de doce estrellas, atributo propio de la Inmaculada. ● SAIOA CAMARZANA

El agua, en la pintura veraniega

Asociada al gozo de vivir, la experiencia del agua —en el mar, en el río...— es para el verano. En esta pequeña sala de papel, se recrea el disfrute acuático con una breve, evocadora y caprichosa muestra de cuadros de maestros de la pintura que reflejaron la cotidianidad del fresco placer del agua en distintas viñetas de color y calor. Tiempo detenido.



CHICOS EN LA PLAYA, 1909

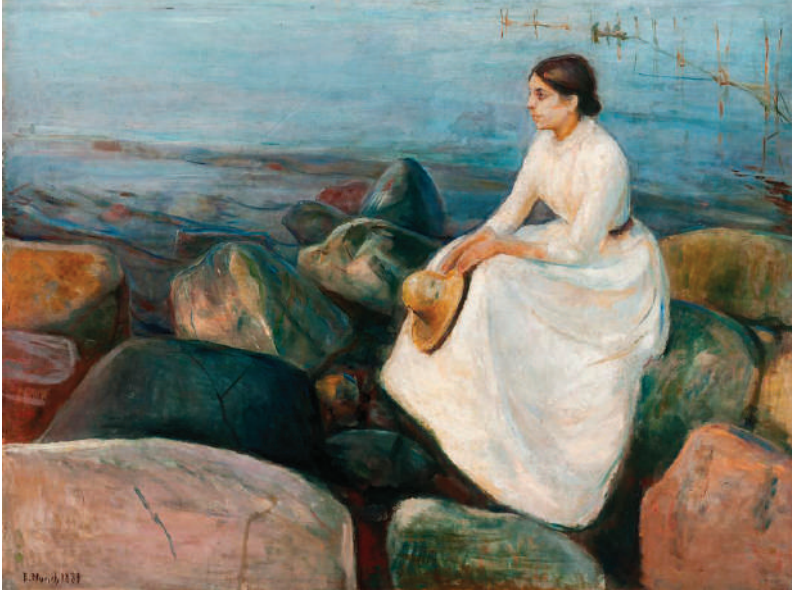
JOAQUÍN SOROLLA. En la orilla, posiblemente con los pies en el agua, Sorolla pinta a los niños a gran velocidad intentando capturar la luz del instante. Pinceladas ágiles de destellos nacarados lilas, rosas, blancos; sombras en el agua que dibujan el ángulo del sol. Los niños del fondo imprecisos dan sensación de profundidad. El niño en primer plano brilla más cerca. Entre ellos se recogen las olas, dibujando el espacio entre los cuerpos. ■ *Chicos en la playa pertenece a la colección del Museo del Prado.*



VERANO, 1894

MARY CASSATT. Nada define mejor el verano que la ociosidad de la contemplación. La intimidad, sin sentimentalismos, de las relaciones maternofiliales que hábilmente retrata Cassatt convierte las escenas cotidianas, intrascendentes, como la de esta madre y su hija alimentando a los patos, en exquisitos ejercicios pictóricos de color y composición.

■ *Verano es una de las obras de la colección del Cristal Bridges Museum of American Art, Arizona.*



NOCHE DE VERANO. INGER EN LA PLAYA, 1889

EDVARD MUNCH. Inger, la hermana del pintor, posa al atardecer en la playa de Åsgårdstrand. Munch persigue captar las condiciones de la luz de la noche del verano noruego. Busca un estado de ánimo, una cierta melancolía. El contraste cromático del vestido con los ocre de las piedras de cantos redondos es la clave. ■ Noche de verano. Inger en la playa forma parte de la colección del KODE Art Museums of Bergen (Noruega).

À SAINT-MAMMÈS. SOL DE JUNIO, 1892

ALFRED SISLEY. Sisley, paisajista puro, es el poeta de las orillas de los ríos. Pinta sin segundas intenciones, por puro placer. La luz del cielo y el agua del río se confunden en azules pálidos de belleza fresca y serena. Su pintura es el perfecto equilibrio entre anhelo de plasmar un fugaz instante y un sentido de eternidad en la naturaleza. ■ À Saint-Mammès. Sol de junio, puede verse de manera permanente en el Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC).



LA CONCHA, NOCTURNO, H. 1906

DARÍO DE REGOYOS. Un ambiente relajado propicia las confidencias en una calurosa noche de verano. Los colores azul, malva y ocre de las sombras declinan la bella gramática del impresionismo de madurez del autor. Un espacio pictórico equilibrado gracias a las horizontales oblicuas transmite serenidad. ■ La Concha, nocturno pertenece a la colección del Museo Carmen Thyssen de Málaga.



BAÑISTAS EN LA PLAYA, 1915

WALT KUHN. No hay apenas sitio en la playa de Ogunquit. Las manchas planas de color y los contornos oscuros dibujan esta escena que tiende a lo geométrico. En el mar, la franja que precede al cielo, los triángulos de las velas salpican el horizonte. ■ Bañistas en la playa puede verse en las salas del Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid. ● MARÍA MARCO

Van Gogh reinventa el girasol en Arlés

El artista vivió en la localidad francesa un periodo creativamente fecundo en el que pintó su famosa serie, iniciada en el mes de agosto e integrada por siete obras, pero también se agudizaron los problemas mentales que le llevaron, tras discutir con Paul Gauguin, al episodio de la

mutilación. Febrero de 1888. Cansado de París, de los ritmos y la indiferencia de la gran ciudad, de las rivalidades entre los pintores, Vincent van Gogh se instala en Arlés, un pueblo del sur de Francia. Está fatigado y busca nuevas relaciones con el sol y el color, además de unas condiciones que le permitan pintar con tranquilidad. Su anhelo es descubrir un Japón cercano y personal y se decide por Arlés, donde los paisajes, el impacto del sol en los huertos, el vértigo sensual de las flores y los frutos, las alineaciones de árboles en los pequeños valles, reactivan su sensibilidad. Pinta sin descanso, mal alimentado y con poco dinero.

“Estoy en un arrebatado de trabajo”, le escribe a su hermano Theo. Ha llegado la primavera y la transformación de los paisajes de Arlés fascina al artista. Vergeles en flor, melocotoneros rosa, trigales ambiguos, terrenos en los que vibran en voluptuosa asociación el naranja y el violeta, florecillas blancas en el primer asedio de la pureza. A Van Gogh se le revelan efectos desconocidos, po-

sibilidades plásticas imprevistas. Nada se le resiste, todo le interesa, pinta puentes y caminos, granjas, molinos, carteos, naturalezas muertas. Escribe a Theo, espera a su amigo Gauguin, bebe vino malo, hace un pedido de colores, sufre, mira, recuerda, lee, roba higos y piensa en la muerte. Pinta mucho y muy rápido, interrogando a la naturaleza, en la que atisba una forma de emoción que insoslayablemente tiene que ver con la autenticidad.

Van Gogh vive un verano de 1888 confesional y decisivo. Declara a Theo que su deseo de triunfar está quebrado, que trabaja por distracción y para sufrir menos, que su vacío se agranda. Que las enseñanzas de París se están evaporando y que regresan las ideas que en el pasado le transmitió la naturaleza. Con mirada limpia y percutiente fatiga las travesías de su provenzal e inabarcable (su íntimo e imposible) Japón, con su población de dalias, higueras, cipreses, caballos y aldeanos. Y girasoles.

“Estoy en vena de pintar, con el ardor de un marsellés comiendo la sopa de pescado, lo que te asombrará, porque se trata de pintar los grandes girasoles”, escribe a su hermano el 15 de agosto. Tiene tres telas en preparación y las concibe como decoración para el estudio en el que le gustaría vivir con Gauguin y otros artistas.

Plantea “una sinfonía en azul y amarillo”, trabajando desde muy temprano “porque las flores se marchitan en seguida”. Pronto anuncia un cuarto cuadro (su intención es hacer 12), un ramo de 14 flores sobre fondo amarillo que será una variación simplificada de una naturaleza muerta de membrillos y limones compuesta un tiempo antes. En su etapa arlesiana, tan fecunda en términos artísticos, tan llena de carencias en casi todos los demás aspectos, Van Gogh acaba de encontrar un motivo iconográfico por el que será, contra su pronóstico y

ya en la escala de la posteridad, mundialmente conocido.

Hay girasoles anteriores en la obra de Van Gogh, pero el tratamiento es muy distinto al de esta serie, cuyo desarrollo se concentra en dos momentos, agosto de 1888 (cuatro cuadros) y enero de 1889 (tres). Es un verano frenético para el artista, que también pinta jardines, cafés, retratos, cielos estrellados, cita a Petrarca y a Boccaccio y sospecha “que la poesía es más terrible que la pintura”. Y regala en sus cartas algunas frases memorables: “Mañana voy a dibujar hasta que llegue el color”. Se abisma en un proceso que es al mismo tiempo de expansión y de repliegue.

Los girasoles aparecen en número variable según las obras (entre tres y catorce), siempre en un jarrón sencillo que queda integrado en la formulación cromática del conjunto. El artista utiliza el amarillo, un color de su predilección, en numerosas variantes, con derivaciones y asociaciones con el ocre, el naranja y el marrón. En el *Jarrón con tres girasoles* y el *Jarrón con cinco girasoles*, ambos de agosto (y los que menos flores reúnen de toda la serie), modifica y oscurece la paleta. En las siete obras, de pincelada rápida y libre, insiste en dos líneas atenuantes o compensatorias frente a la verticalidad de la composición: la que



PAUL GAUGUIN: VAN GOGH PINTANDO GIRASOLES, 1888

AMISTAD Y RIVALIDAD

En los meses que compartieron en Arlés, Gauguin retrató a Van Gogh pintando girasoles, un motivo que se convirtió en símbolo de la relación entre los dos artistas, en la que se mezclaban la amistad, la admiración y la rivalidad. Su proyecto de creación inestable y tensa, pistas sobre el choque de caracteres entre los dos. Gauguin muestra a un Van Gogh enfermizo y maquinal, de mirada cansada y mortecina, cuyo ánimo establece correspondencias con el complicado trasfondo cromático de la obra.

Este cuadro de Paul Gauguin pertenece a la colección del Museo Van Gogh de Ámsterdam.



VINCENT VAN GOGH: JARRÓN CON CATORCE GIRASOLES, AGOSTO DE 1888. NATIONAL GALLERY, LONDRES

delimita el soporte sobre el que se sitúa el jarrón y la pared del fondo y la que separa las dos zonas cromáticas que presenta cada jarrón.

Gauguin llega a Arlés y conviven varios meses. La relación se deteriora y el 23 de diciembre Vincent ataca a su amigo con una navaja de afeitar con la que seguidamente decide mutilarse: se corta una oreja.

El impulso estival, inaugu-

**LOS GIRASOLES
APARECEN EN NÚMERO
VARIABLE SEGÚN LAS
OBRAS (ENTRE TRES Y
CATORCE), SIEMPRE EN
UN JARRÓN SENCILLO
QUE QUEDA INTEGRADO
EN EL CONJUNTO**

ral y decorativo de los girasoles de agosto se reconduce en los de enero en términos de modulación anímica a partir de un concepto de repetición plástico-iconográfica (con matices de tono y pincelada). Son los meses que separan las últimas ilusiones del artista del comienzo de su descenso final.

Estados Unidos, Múnich, Londres, Ámsterdam y Tokio acogen seis de los siete cuadros

de la serie. El *Jarrón con cinco girasoles* fue destruido en la Segunda Guerra Mundial. Es una de las obras que Van Gogh pintó en aquel agosto de Arlés en el que planteó una sinfonía pictórica vinculada a la amistad, al sur, a la imaginación y a esa sencillez tan difícil de la que le hablaba a Theo: "Quisiera pintar de manera que, en rigor, todo el que tuviera ojos pudiera ver claro". ● **ALFREDO ASENSI**

Un buen baño de masas

La fotografía ha recorrido ríos, playas y piscinas, bañistas y cuerpos al sol, verano tras verano. Desde 1935 (Alfonso) a los turistas de Eduardo Nave obsesionados con el *like* en las redes, ha querido mostrar desde el incipiente turismo de los setenta a la masificación de los noventa y los dos mil. Escenas cotidianas, encuadres artísticos y trabajos más conceptuales, el mes de agosto ha sido el trasfondo de las fotografías aquí reunidas, muchas de las cuales pueden verse hoy en el contexto del festival PHotoEspaña.



©JAVIER CAMPANO / ARCHIVO LA FUENTE

TENERIFE

JAVIER CAMPANO. Vinculado a la Movida madrileña, el fotógrafo Javier Campaño (Madrid, 1950) demuestra con sus imágenes realizadas entre 1975 y 1987 que es mucho más que eso. El exquisito blanco y negro de sus instantáneas tomadas en paseos y viajes le sitúan entre los mejores de su generación. Aquí, en Tenerife, en 1987, el salto al verano. ■ El ojo errante, que así se llama la muestra, se expone en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid hasta el 28 de agosto.



© F. CATALÀ-ROCA. ARCHIVO DEL COL·LEGI D'ARQUITECTES DE CATALUNYA

BAÑOS DE SAN SEBASTIÁN EN LA BARCELONETA

FRANCESC CATALÀ-ROCA. En las fotografías de Català-Roca (1922-1998) casi se puede escuchar a la gente. Y aquí, en estos Baños de la Barceloneta, en 1952, el bullicio, el chapoteo, voces que sobresalen por encima de otras y el grito del bañista al saltar del trampolín más alto, sin saber entonces que lograba, así, la inmortalidad. ■ La exposición *La lucidez de la mirada* está abierta hasta el 28 de septiembre en la Sala El Águila de la Comunidad de Madrid.



©EDUARDO NAVE

LIKE

EDUARDO NAVE. Sobre la fotografía de viajes y la influencia que las redes sociales han tenido sobre ella reflexiona Eduardo Nave (Valencia, 1976) en esta serie realizada entre 2003 y 2018. Desde lo que él llama el capitalismo de las imágenes de la era postfotográfica se pregunta: ¿es posible experimentar la emoción del descubrimiento? ¿quedan sitios donde huir? ■ *Like* puede verse hasta el 29 de agosto en la Torre DKV de Zaragoza.



©CARLOS PÉREZ SIQUIER, VEGAP, MADRID, 2022

ROQUETAS DE MAR

CARLOS PÉREZ SIQUIER. En su serie *La playa*, a la que pertenece esta fotografía de 1975, Pérez Siquier (Almería, 1930-2021) se pasó al color, desmarcándose así de sus compañeros de generación. Caracterizadas por el humor y por un toque pop, sus fotografías muestran con una original mirada la llegada del turismo de masas a nuestras costas. ■ *La Fundación Mapfre expone esta y otras fotografías de Carlos Pérez Siquier en su sede madrileña hasta el 28 de agosto.*



©GIDEON LEWIN

INSPECTING THE TAN, WITH RENE RUSSO, FOR VOGUE

GIDEON LEWIN. Jefe del estudio y asistente de Richard Avedon, el también fotógrafo Gideon Lewin trae a Barcelona un conjunto de imágenes en las que nos deja ver el *making off* de algunos trabajos del legendario retratista. En esta fotografía, Avedon y la actriz Rene Russo revisan el bronceado de sus acompañantes en Baja California, en 1974. ■ *Richard Avedon Behind the Scenes puede verse en FotoNostrum Barcelona hasta el 2 de octubre.*



©ALFONSO VEGAP, MADRID, 2021

ESCENA DEL MANZANARES

ALFONSO. Esta imagen de un grupo de bañistas en el río Manzanares de Madrid, tomada en agosto de 1935, es la más antigua de esta particular fototeca. Perteneciente a las series de fotografías populares de los Alfonso, familia y marca que retrató como nadie la España de aquellos años, muestra la huida de la canícula de las familias de la capital. ■ *Alfonso. Cuidado con la memoria está abierta en la Fundación Antonio Pérez de Cuenca hasta el 31 de agosto.*



©MASSIMO VITALI

SIN TÍTULO

MASSIMO VITALI. Los extensos paisajes de playa con figuras anónimas bañándose y tomando el sol constituyen el grueso del trabajo del italiano Massimo Vitali (Como, 1944). De nuevo la playa como plataforma de investigación social en una serie icónica cuyo significado no pasa desapercibido a pesar de lo idílico de alguno de los escenarios. ■ *La Biblioteca Central de Cantabria reúne en Santander, hasta el 2 de octubre, la obra de Massimo Vitali.* ● **PAULA ACHIAGA**

Fantasía a la sombra de la Paloma

La verbena de la Paloma, con libreto de Ricardo de la Vega y música de Tomás Bretón, es un sainete lírico que ha marcado la historia de la zarzuela. Susana y Casta, dos jóvenes de un barrio castizo de Madrid, aceptan los galanteos de Don Hilarión. El calor y los celos desatan la tormenta... Aquel 14 de agosto don Hilarión se levantó de su acostumbrada siesta con mal sabor de boca, pero con buen humor ya que por la noche tenía previsto asistir a la verbena de la mano de las dos agraciadas hermanas Susana y Casta, a las que llevaba semanas requebrando y regalando golosinas y pañoletas de seda. Antes estaría unas horas en su botica despachando ungüentos, elixires y analgésicos. Y más que habría de despachar al día siguiente después de los excesos de la fiesta del barrio. Hacía un calor insoportable y nada más llegar a su local, a escasas manzanas de su casa, se quitó la levita y, pasadas unas horas, sacó dos sillas fuera del establecimiento, tal y como tenía acostumbrado, y se dispuso a esperar a don Sebastián, un rico comerciante que ocupaba un local cercano.

La verdad es que su amigo le empezaba a caer un poco gordo, ya que, ante sus deseos de ligarse a las jovencitas, siempre trataba de quitarle la ilusión y de

recomendarle que amainara un poco en sus veleidades de viejo conquistador. Era buena persona pero un poco palizas; un tío monsergas. Y él no estaba para eso, sino para pasárselo lo mejor posible ahora que tenía tiempo y ganas y había dejado atrás sus años de matrimonio con Amparo, que Dios tuviera en su gloria. De todos modos con don Sebastián podía conversar sobre el estado actual de la política y de las cosas de la vida en general. Ambos estaban de acuerdo en que las ciencias de su tiempo avanzaban que era

una barbaridad. Y hasta lo cantaban para disgusto y sorpresa de los vecinos. Algunos, a su aire, se dedicaban a jugar a las cartas en la terraza del bar cercano, en el que, al tiempo, el cajista Julián le lloraba sus penas a la Señá Rita, su madrina y mujer del tabernero. Hay que ver cómo don Tomás Bretón acertó a trazar aquí una página musical

en la que todo se escucha a la vez en paralelo.

Entonces surge, de lo más hondo, la romanza de Julián, también gente del pueblo. El joven cajista, hombre sencillo, un guaperas de barrio, está muy enamorado de Susana y es especialmente celoso. Trata de no obsesionarse, pero no puede y cada noche, pensando en ella,

UN PLAZA CASTIZO

En 2013 José Carlos Plaza realizó esta adaptación de *La verbena de la Paloma* con la dirección musical de Cristóbal Soler y la escenografía de Paco Leal, inspirado en la pintura de Amalia Avia.



tiene constantes erecciones. La muchacha está harta de tantos celos. Una noche, tan tórrida como las demás, contemplando su sandunguera, venusta y desnuda figura ante el espejo, se dijo: “Hay que darle una lección: arrimémonos, junto con mi hermanita, a los pantalones del boticario y dejémonos querer, aunque solo hasta cierto punto, claro. Al menos aceptemos sus requiebros y regalitos”. Y eso no lo traga el muchacho, que, si no fuera tan cerril, se habría dado cuenta de la artimaña. Pero no piensa, solo sufre. Su lamento se une a las voces de la Señá Rita, la del boticario y la de los chulapos. Todos sudan la gota gorda, incluido el hijo de los porteros. Pero

hay ganas de fiesta y los mozos invaden la calle cantando y bailando por seguidillas en homenaje a la Virgen.

Cantar era lo que le salía de las entrañas al bueno de don Hilarión cuando, al poco de quedarse solo, él mismo se anima en su papel de viejo seductor al pensar en las dos hermanitas, dos auténticos bombones, que le ríen las gracias y se dejan querer. Les encanta pasear con él en calea por las calles del barrio, dándose importancia y aceptando con un guiño los pellizcos que el caballero lanza de vez en cuando a sus mollares cuerpecitos. Esa cancioncilla, *Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid*, le sale del alma, aunque los vecinos no dejen de reírse al escuchar al septuagenario entonar, con un

CANTAR ERA LO QUE SALÍA DE LAS ENTRAÑAS DE DON HILARIÓN CUANDO, AL QUEDARSE SOLO, ÉL MISMO SE ANIMA EN SU PAPEL DE VIEJO SEDUCTOR

oído enfrente de otro, ese confiado y optimista canto.

La calle va quedando desierta y aparecen dos somnolientos guardias y un sereno que hilan una cansina conversación mientras los parroquianos se desgañitan llamando a este último. El calor es asfixiante y los pasos son cada vez más lentos. Todo se va adormeciendo hasta que, de pronto, reaparece el incombustible don Hilarión, cada vez más ríjoso, que se las promete muy felices junto a sus chulapas, a las que, por supuesto, no deja de vigilar la tía Antonia, un per-

sonaje de tebeo, bigotuda, bien alimentada, tonante y entrometida, que no deja a sus sobrinas ni a sol ni a sombra. Todo se anima al compás de una mazurca que suena en el Café de Melilla. Un avance de la fiesta que está por venir.

El terne Julián, con la sombra de su tía cosida a sus pantalones, se aposta frente a la casa. Los celos lo consumen y los consejos de Rita no le sirven *pa'na*. Momento en el que la buena mujer saca sus mañas del más puro casticismo tratando de convencerlo de que amaine en sus apasionadas reacciones. Conoce bien a su ahijado. Sabe que es un buen chico, aunque un tanto atolondrado. Lo sabe desde que nació. Es un *peazo pan*, pero a veces se desmanda y no piensa. Tiene un corazón más grande que la Puerta de Alcalá. El cajista insiste y proclama su amor una y otra vez mientras

reaparecen los guardias y se presentan don Hilarión y sus chulapas. Julián sale al paso y las distintas líneas musicales se entrecruzan. Sobreviene entonces la conocida pregunta del mozo: “¿Dónde vas con mantón de Manila?”, una jacarandosa habanera, que envuelve con sus aromas a las voces y que acaba por conducir a una escena masificada con presencia de la autoridad. El follón está servido, a don Hilarión se le cae la dentadura postiza. De forma tan rápida como ha empezado, la escena se resuelve en un instante. A la tía Antonia se la llevan los guardias por desacato, los enamorados se besan y la noche calurosa se pacifica con el sonido de la música de la habanera, ahora tocada a velocidad supersónica. ● **ARTURO REVERTER**
 Las versiones cinematográficas de La verbena de la Paloma de Benito Perajo y José Luis Sáenz de Heredia pueden verse en FlixOlé.



LA VIRGEN DE AGOSTO, UNA POSTAL EXISTENCIALISTA

Jonás Trueba volvió a localizar la trama de una de sus películas en Madrid. En un periodo de tiempo muy concreto: el verano. Y, más precisamente, en las verbenas capitalinas de agosto. Un periodo en el que la gran urbe ralentiza su ritmo endiablado. Es el contexto adecuado para que Eva, que ha decidido renunciar a la gran escapada estival, se replantee el rumbo de su vida. Largas conversaciones y citas culturalistas marca de la casa. Una excursión con baño prerrafaelita en un río incluido. Una visita a un Museo Arqueológico semivacío. Y noches verbeneras. Trueba se mide con Rohmer y nos regala una postal existencialista del estío madrileño. ■ La virgen de agosto puede verse en HBO Max.



Amores áridos y danzantes

Un asesinato que ensangrentó su infancia fue el motor inspirador para que Leoncavallo compusiera *Pagliacci*, una de las óperas veristas por antonomasia que se desarrolla en ferragosto. Visceral y febril. Enfebrecido también está el fauno de Nijinsky y Mallarmé mientras contempla la grácil y vaporosa anatomía de las ninfas que danzan a su alrededor.

PLAGIACCI

El crimen del payaso celoso

La ópera de Ruggero Leoncavallo, situada en un pueblo al sur de Italia un 15 de agosto, recoge los celos de Canio, un *clown* desbordado por el amor hacia Nedda.

“Ríe, payaso”, exclama Canio, el personaje abatido por el desencuentro amoroso con Nedda en la ópera de Ruggero Leoncavallo (Nápoles, 1857 - Montecatini Terme, 1919). Al final del primer acto de *Pagliacci*, el verano es un catalizador de las pasiones virulentas de la trama, situada en el pueblecito de Montalto di Calabria, al sur de Italia, un 15 de agosto por la tarde. Es el momento del aria para tenor *Vesti la giubba*, la pieza más em-

blemática de la obra. Canio, interpretado por figuras como Enrico Caruso, Plácido Domingo y Luciano Pavarotti desde su estreno en 1892, se seca el sudor que ha desprendido la pintura de su cara en medio del lamento por tener que hacer reír al público (“la gente paga”, entona resignado) cuando más destrozado se siente. Su esposa Nedda se ha enamorado del aldeano Silvio, y Canio, preso de los celos, termina asesinandolos.

El calor del ferragosto italiano, periodo vacacional correspondiente al festivo día de la Asunción de la Virgen, determina el trágico argumento de la obra, dividida en dos actos, donde una compañía teatral ambulante actúa en pleno verano, el único momento posible en el año, pues en invierno la nieve les impedía llegar a ciertas localidades. “Son las tres de la tarde. El sol de agosto brilla esplendoroso con todo ardor”, se indica en el libreto, único éxito rotundo del compositor italiano. “¡Qué bello es este sol de agosto! Yo, plena de vida y toda lánguida por un deseo desconocido..., ¡no sé qué es lo que quiero!”, diría Nedda, ajena al clima árido de aquel municipio sin rastro de vegetación donde el ambiente era irrespirable.

LA SIESTA DE UN FAUNO

La bestialidad erótica de Nijinsky

El coreógrafo y bailarín ruso, que se inspiró en un poema de Mallarmé, escandalizó al público y la crítica parisina con su baile de apariencia masturbatoria.

Un fauno adormecido, siete ninfas y un escándalo. Con el poema orquestal de Claude Debussy, el bailarín Vaslav Nijinsky se iniciaba como coreógrafo en los Ballets Russes de Serguéi Diáguilev y vaticinaba el tinte provocador de sus futuros ballets.

El poema de Stéphane Mallarmé que inspiró la obra, tan ambiguo como la partitura, presenta a un fauno adormilado al que importunan unas ninfas juguetonas.

L'Après-midi d'un faune comienza con éste descansando durante una siesta veraniega mientras toca la flauta. Nijinsky, que ya había propiciado algún escándalo al lucir en escena trajes que revelaban en exceso su anatomía masculina, asombró al público parisino vistiendo un diseño de Léon Bakst que acentuaba de nuevo la parte inferior de su cuerpo. Sus gestos, predominantemente de perfil, son austeros y primitivos. Ellas

calzan sandalias griegas y los movimientos son tan pausados y simplificados, que parece que cualquiera podría ejecutarlos. Fauno y ninfas se empastan en el decorado y evolucionan como figuras que emergen de un friso griego. Sus posiciones deliberadamente teatrales, los colores ocres que envuelven la escena y las túnicas vaporosas de las ninfas convierten el ballet en un canto a los largos veranos de las culturas arcaicas del mediterráneo.

Parte del público del parisino Théâtre du Chatelet de 1912 creyó ver en el último gesto de Nijinsky en escena a un fauno que alcanzaba el clímax sexual sobre el pañuelo robado a una de las ninfas. En el mismo lugar del escenario en el que se iniciaba el

Pagliacci está inspirada en los sucesos reales de los que fue testigo el propio Leoncavallo dos décadas antes de la composición de la obra. Su padre había sido el juez encargado de dictar sentencia por un crimen cometido en circunstancias similares. “Pensé en la tragedia que había ensangrentado los recuerdos de mi lejana infancia y en el pobre criado Gaetano Scavello, asesinado ante mis ojos. En menos de veinte días tuve el libreto de *Pagliacci*”, confesaba el compositor en su autobiografía. La ópera se inscribe en la corriente del “teatro dentro del teatro”. Los acontecimientos se suceden en paralelo a la obra y, con el recurso de las máscaras de la *commedia dell'arte*, el objetivo es que el público confunda el guion con la propia realidad.



JAVIER DEL REAL

DRAMA ENTRE CÓMICOS

Un momento de la producción de Giancarlo del Monaco en el Teatro Real (2007).

“El teatro y la vida son la misma cosa”, explica el personaje de Tonio en el prólogo, uno de los testimonios más representativos del verismo italiano, sucesor del naturalismo francés. En este movimiento, que exalta la crudeza en los bajos fondos de la sociedad -cultura del *coltello* (cuchillo)-, también se incluye la ópera de Pietro Mascagni, *Cavalleria rusticana*, emparejada normalmente con la de Leoncavallo en las programaciones. Más allá del valor histórico y musical, el interés de *Pagliacci* reside en la presencia fundamental del verano. El calor es la metáfora que sirve al compositor para reflejar la asfixiante sensación que generan los celos. ● **JAIME CEDILLO**
 ■ Puede verse en el DVD de Deutsche Grammophon de la puesta en escena de Franco Zeffirelli con Plácido Domingo en el elenco.

ballet, Nijinsky se tumbaba boca a abajo sobre el pañuelo y, echando la cabeza hacia atrás, abría la boca en una mueca expresiva. Al día siguiente, el crítico Gaston Calmette escribió ferozmente en *Le Figaro* acusando a Nijinsky de “bestialidad erótica”. En los días siguientes, hubo un duelo de acusaciones en prensa; Diáguilev blandía las alabanzas del pintor Odilon Redon -amigo de Mallarmé- y hasta Auguste Rodin saltó a la palestra, defendiendo al coreógrafo públicamente. En agradecimiento, Nijinsky posó para él ese mismo verano.

El ballet ha inspirado a docenas de coreógrafos posteriores. Jerome Robbins, por ejemplo, situó su versión de 1953 en una sala de danza en la que un bailarín adormilado es sorpren-



PRENDAS INSINUANTES

Nijinsky, en la piel del fauno rijoso que acentúa sus atributos.

ADOLF DE MEYER

dido por una joven con la que apenas intercambia miradas a través de un espejo figurado en la cuarta pared del escenario, propiciando una complicidad mágica con el público.

Cayetano Soto creó en 2019 una versión para la Compañía Nacional de Danza que imagina el sueño que el fauno tenía antes de ser despertado por las ninfas, planteando un ingenioso conflicto entre ensoñación y realidad que enmarca un hermoso jardín vertical diseñado por el propio coreógrafo. Figuras semidesnudas, atmósferas íntimas y estancias mágicas que envuelven la atmósfera velada de las siestas estivales. ● **ELNA MATAMOROS**
 ■ Se puede ver en dos DVDs: Nureyev and Joffrey Ballet in a Tribute to Nijinsky (1980) y Afternoon of a Faun, con la coreografía de Jerome Robbins (2016).

Así suena la música europea

Agosto, dos ciudades centroeuropeas de ensueño y más de un siglo de historia y tradición musical occidental de la mano de dos genios inmortales. Eso es lo que espera al visitante en Salzburgo, la cuna de Mozart que congrega a los melómanos de todo el mundo, y Bayreuth, donde Wagner instaló su legado con un festival a su medida. Pasen, paseen y empápanse bien los oídos.

BAYREUTH Y WAGNER

El eterno templo de un visionario

El compositor concibió en la pequeña ciudad alemana un festival a la altura de su obra y de su ego. Un siglo y medio después, sigue siendo lugar de peregrinaje.

“La aletargada ciudad alemana de Bayreuth es el único lugar de este mundo donde el siglo XIX sigue manando eternamente”, escribió Alex Ross en su ensayo superventas *El ruido eterno*. El espíritu de Richard Wagner (1813-1883) —que vivió allí la última década de su vida, aunque murió en Venecia— es omnipresente en esta localidad rodeada de naturaleza.

Hasta allí peregrinan cada verano, desde hace casi 150

años, los más fieles seguidores del compositor para asistir al festival que él mismo, un visionario con un ego desmedido, concibió para representar sus óperas, en concreto *Parsifal*, donde se estrenó, y su monumental tetralogía *El anillo del Nibelungo*, que tuvo allí su primera representación integral.

Encima de la llamada Colina Verde, entre árboles centenarios, se yergue el teatro diseñado también por el pro-

pio Wagner, donde puso en práctica numerosas innovaciones. Sin palcos y con un patio de butacas inspirado en los teatros clásicos, todos los asientos tienen la misma visibilidad del imponente escenario. Wagner fue además el primero que apagó las luces y prohibió la entrada una vez comenzada la representación. Cada pequeño detalle está al servicio de conseguir la máxima atención del público.

La inauguración del festival, el 13 de agosto de 1876, fue un acontecimiento mayúsculo. Acudieron reyes, duques, jefes de gobierno y destacados intelectuales de la época, entre ellos los compositores Liszt, Chaikovski y Saint-Saëns.

Que *The New York Times* publicara noticias del festival

SALZBURGO Y MOZART

Donde veranea la melodía

Con la estampa de los Alpes al fondo, la idílica ciudad natal de Mozart se convierte con la llegada del buen tiempo en la capital mundial de la ópera.

Dejamos Bayreuth y nos desplazamos casi 400 kilómetros al sureste hasta Salzburgo, la hermosa ciudad natal de Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). Partida en dos por el río Salzach, rodeada de verdes praderas y con el espectacular telón de fondo de los Alpes, la ciudad palaciega fundada por príncipes-arzobispos, Patrimonio Cultural de la Humanidad, vive consagrada a la música y celebra a su hijo más ilustre durante todo el año.

No obstante, cuando llega el buen tiempo su vocación melómana se dispara, alcanzando su punto álgido durante el Festival de Salzburgo, uno de los más prestigiosos del mundo. Al contrario que Bayreuth, no está consagrado a un único compositor. Aquí siempre ha habido espacio para otros maestros, clásicos y contemporáneos, e incluso para otras artes como el teatro.

El Festival de Salzburgo es también uno de los más largos.

Solo el de verano —sin contar los de Pascua y Pentecostés, creados en 1967 y 1973, respectivamente— dura seis semanas entre julio y agosto.

Plazas, teatros, museos, iglesias... La ciudad entera es un formidable escenario durante la celebración del festival, tal como quisieron hace cien años sus impulsores, entre ellos el compositor Richard Strauss, el director teatral Max Reinhardt y el poeta y dramaturgo Hugo von Hofmannsthal. Con anterioridad, ya hubo allí diversos homenajes musicales a Mozart. El primero de ellos, en 1842.

De las 17 sedes del festival, destaca el Festspielhaus, construido en 1926 sobre los antiguos establos del arzobispo. También conocido como

durante tres días seguidos nos da la medida de la relevancia internacional del espectáculo más impresionante que podía verse en aquella época.

Wagner en persona dirigió el festival hasta su muerte en 1883, cuando se puso al frente su segunda esposa, Cosima Wagner, hija de Liszt. A ella la sucedería el hijo de ambos, Siegfried.

La gran historia del Festival de Bayreuth tiene sin embargo una mancha indeleble: su estrecha vinculación con el nazismo. Hitler, ferviente admirador de Wagner, acudió a la cita durante años y mantuvo una profunda relación de amistad con sus herederos, especialmente con la viuda de Siegfried, Winnifred, que a su vez tomó las riendas del festival tras la muerte de su marido. El fes-

Haus für Mozart, no debe confundirse con las dos auténticas casas del compositor que pueden visitarse en Salzburgo, la natal y otra en la que compuso sus primeras obras.

Otros escenarios señeros son la Felsenreitschule, el patio de la antigua escuela de equitación; la Plaza de la Catedral, donde se inauguró el festival el 22 de agosto de 1920; y el Grosses Festspielhaus, mandado construir por Herbert von Karajan, el legendario director de orquesta que se hizo cargo del festival desde los años 50 hasta 1988.

El primer sucesor de Karajan fue un personaje bien conocido por los aficionados del Teatro Real: el siempre polémico y revolucionario Gerard Mortier, que inició una etapa con nuevas producciones, com-

tival sigue sumando hitos siglo y medio después. El último de ellos ocurrió en 2021, cuando al frente de la orquesta se puso por primera vez una mujer, Oksana Lyniv. Para la directora ucraniana, interpretar la música de Wagner es “como tener aire ardiendo entre las manos”. El mundo cambia a una velocidad pasmosa, pero el secreto inmutable de este fuego seguirá revelándose cada verano en el sagrado ritual de Bayreuth.

Este verano hay mucha expectación ante la producción de *El Anillo del austriaco* Valentin Schwarz, que cuenta tan solo 33 años y que por culpa de la pandemia vio truncada en 2020 su opción de ser el más joven regista en estrenar en la Verde Colina. La traca inaugural correrá a cargo de Roland Schwab, que se adentrará en los amores eternos de Tristán e Isolda, con Cornelius Meister en la dirección musical.

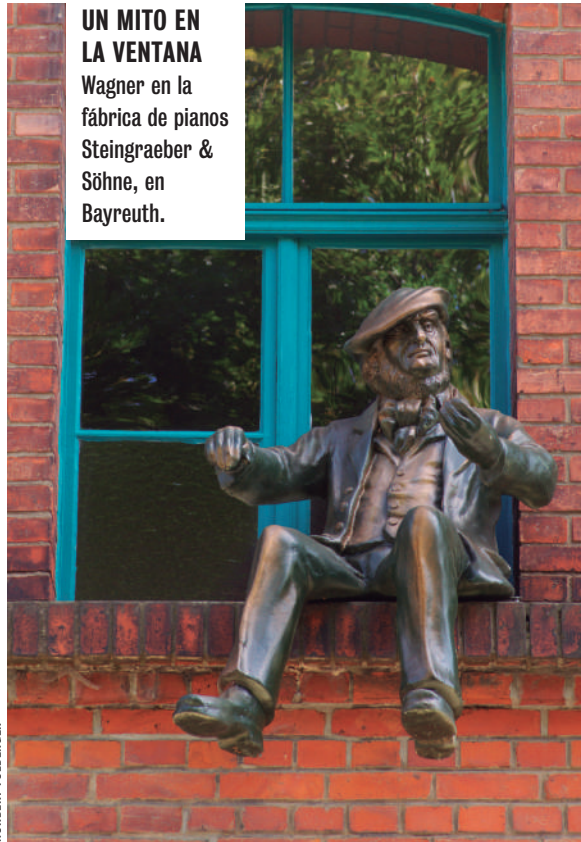
positores y escenarios y una mayor atención al talento y al público jóvenes.

Con motivo del 250.º aniversario de Mozart, el siguiente director, Peter Ruzicka, logró en 2006 uno de los mayores hitos del festival al representar las 22 óperas del compositor austriaco. Con un siglo de historia y más de 300 producciones de ópera a sus espaldas, Salzburgo continúa sacando brillo a la mejor tradición musical al tiempo que se proyecta hacia el futuro. ● **FERNANDO DÍAZ DE QUIJANO** ■ *El volcánico maestro Teodor Currentzis será el protagonista de esta edición. Concorre por partida doble: afrontará El castillo de Barbazul (Béla Bartók) y La comedia del fin de los tiempos de Carl Orff, programa doble que tendrá como reclamo el sello escénico de Romeo Castellucci. Christof Loy, por su parte, ‘moldeará’ El trittico de Giacomo Puccini.*

UN MITO EN LA VENTANA

Wagner en la fábrica de pianos Steingraeber & Söhne, en Bayreuth.

NORBERT FOLBERGER



Haus für Mozart, no debe confundirse con las dos auténticas casas del compositor que pueden visitarse en Salzburgo, la natal y otra en la que compuso sus primeras obras.

Otros escenarios señeros son la Felsenreitschule, el patio de la antigua escuela de equitación; la Plaza de la Catedral, donde se inauguró el festival el 22 de agosto de 1920; y el Grosses Festspielhaus, mandado construir por Herbert von Karajan, el legendario director de orquesta que se hizo cargo del festival desde los años 50 hasta 1988.

El primer sucesor de Karajan fue un personaje bien conocido por los aficionados del Teatro Real: el siempre polémico y revolucionario Gerard Mortier, que inició una etapa con nuevas producciones, com-

YAIR-HAKLAI



VENERADO EN PIEDRA

Estatua del compositor de *La flauta mágica* situada en la Mozartplatz de Salzburgo.

Sobre las tablas ardientes

Antón Chéjov y Tennessee Williams. Dos gigantes de la historia del teatro mano a mano. Ambos elevaron la potencia de sus dramas, verdaderos tratados sobre la condición humana, ubicándolos en verano. *Tío Vania* y *Un tranvía llamado Deseo* son dos magníficos ejemplos. En el primero, altera ritmos y rutinas. En el segundo, desencadena los impulsos más bajos.

TÍO VANIA

Un tiempo muy bueno para ahorcarse

La percepción de la atmósfera estival varía en los personajes de Chéjov. Mientras para unos es “hermosa”, otros la ven idónea para quitarse la vida.

Son las dos de la tarde y la familia protagonista de *Tío Vania* se reúne en el jardín de su casa bajo la sombra de un viejo tilo, alrededor de una mesa donde toman el té y hasta donde, suponemos, llega la fragancia de las flores y el zumbido de una abeja melífera. La escena es idílica, propia de una jornada de verano, con sus días largos y ociosos, las mujeres van de blanco con ropas ligeras, también los hombres guardan menos la etiqueta; hay

una guitarra sobre un banco. Pero Chéjov, en la primera acotación de esta primera escena, escribe algo inquietante: “el tiempo es sombrío”. ¿Se refiere al ambiente en el que viven los personajes o a que es un día grisáceo?

Tío Vania lleva por subtítulo *Escenas de la vida campesina* y tiene un primero y segundo acto que se desarrolla en agosto. Durante el primero, en la escena del jardín andan descritos, los habitantes de

la hacienda se lamentan de cómo la llegada del matrimonio Serebriakov y Elena Andreevna ha trastocado sus horarios y hábitos. Por culpa de estos dos urbanitas el mes de agosto es más que nunca un quiebro en sus vidas, un salirse del carril, han roto sus rutinas con comidas a deshoras, borracheras, siestas, paseos, han abandonado el trabajo y en algunos hasta el anhelo del amor ha despertado...

Agosto es un rato de vida artificial al año que se sabe fugaz, pero estos falsos veraneantes vienen a quedarse a vivir en el campo, y no se conforman con alterar la existencia aburrida y sin estímulos de sus familiares, también cuestionan la administración que hacen de la finca e incluso tienen planes que, como dice el

UN TRANVÍA LLAMADO DESEO

Brando suda la camiseta

Su porte incandescente de rudo currante es una estampa erótica intemporal. El verano de Nueva Orleans se alió con él para exaltar su atractivo.

“Era el joven más guapo que haya conocido en mi vida”. Tennessee Williams es franco en sus memorias acerca de la impresión que le causó Marlon Brando la primera vez que lo vio, en 1947. El actor fue una apuesta de Elia Kazan, encargado de dirigir la producción escénica de *Un tranvía llamado Deseo* (cuatro años más tarde rodaría también él la película). Williams la suscribió de inmediato cuando le escuchó leer los

parlamentos de Stanley Kowalski. Eso sí, deja clara una cosa: “Yo nunca he tonteado con actores”.

La abducción experimentada ante Brando por el dramaturgo, homosexual enfrentado a los prejuicios de su tiempo, es fácil de comprender. *Un tranvía llamado Deseo* lo convirtió en un icono erótico intemporal. Su vigorosa anatomía, embutida en camisetas de duro menestral, tuvo un aliado idóneo para resaltar

su atractivo: el calor húmedo de Nueva Orleans en verano, estación donde transcurre buena parte de la trama. Lamparones gigantescos de sudor en el tejido y los bíceps perlados. Un humano que se conduce como un animal y que suscita a su alrededor oleadas de deseo. Más que como un tren, habría que decir que Brando está como un tranvía.

La atribulada Blanche DuBois, de por sí voluble, no se puede sustraer a su torrencial primitivismo, de hombre que, cuando se le cruzan los cables, lanza la vajilla contra las paredes. Hablamos de una mujer criada con modales refinados y elegantes, pero Kowalski es mucho Kowalski. Encarnada por Vivien Leigh en la famosa cinta, Blanche es la hermana mayor de Stella, la esposa

médico Astrov, pueden llevarles a la destrucción.

El agosto de la obra no es de melocotón y azúcar. Chéjov escribió la obra en 1896, en su dacha de Mélijovo, pueblecito a 75 kilómetros al sur de Moscú. Bien podría ser que el verano de *Tío Vania* sea el mismo de Mélijovo: cielos parcialmente soleados durante las mañanas, con tormentas vespertinas y caprichosas que cuando descargan agua son un fastidio si ya se ha hecho la siega y todavía no se ha recogido el heno, y al cesar la naturaleza despiden un exultante frescor.

Pero en cuestiones meteorológicas hay una manifiesta falta de acuerdo entre los personajes de este primer acto, cada uno hace una apreciación del tiempo en función de su estado anímico. El médico Astrov co-

del rudo currante de ascendencia polaca. Tras sufrir una crisis, de la que poco a poco se irán conociendo las razones, decide refugiarse en la casa de la pareja. Llega en mayo, como se apunta en la acotación de la primera escena. Es decir, cuando el bochorno en Nueva Orleans empieza a ser insostenible.

En la acotación de la séptima (el texto tiene once en total) se aclara que ya estamos a mediados de septiembre. Hemos atravesado lo peor del verano, un periodo durante el que los personajes sudan a chorros, beben con desesperado nihilismo existencial y discuten como hienas enjauladas. Los ventiladores de techo alegran sin cesar en casas, boleras, bares... La temperatura no termina de bajar. Blanche, que



VERSIÓN EN EL CDN
Emma Suárez y Víctor Valverde en el montaje de *Tío Vania* que Carlos Afaro realizó en 2008.

ROS RIBAS



LA PELÍCULA DE ELIA KAZAN
Vivien Leigh y Marlon Brando en *Un tranvía llamado Deseo*.

menta que el “aire es sofocante” y el melancólico Vania lo confirma poco después, para ridiculizar a Serebriakov, que va vestido con abrigo, chanclos, paraguas y guantes. En cambio, para la bella Elena “el tiempo hoy está hermoso y no hace ningún calor”, observación a la que el cáustico Vania contesta: “un tiempo muy bueno para ahorrarse”.

Chéjov traslada el tercero y cuarto acto a septiembre. El humor de Astrov está más en sintonía con el nuevo clima: “¡el otoño es una estación maravillosa, y su sementera, bastante buena!”. Los veraneantes se marchan. “¡A trabajar”, dice Sonia. La vida vuelve a su cauce. “¡*Finita* la comedia!”. ● **LIZ PERALES** ■ *Tío Vania se puede leer en la editorial Alba, en una edición que la agrupa con La gaviota.*

con su presencia ha desequilibrado la sintonía conyugal previa, toma baños de agua caliente porque, dice, le calman los nervios. Kowalski se desespera. Lleva cinco meses con el aseo de su casa ocupado por una neurasténica con ínfulas de princesa de cuento. “Hacen treinta y ocho grados justos y a ella no se le ocurre otra cosa”, le espetta a Stella.

Está harto. Una mezcla de repulsión y deseo, fermentada en un estío a la vera del delta del Misisipi, acabará estallando en el salvaje final. “¡Desde el principio teníamos esto pendiente!”, le gritará Kowalski a Blanche una vez desembride a la calenturienta bestia que lleva dentro. ● **ALBERTO OJEDA**
■ *La película de Elia Kazan puede verse en HBO Max. Un tranvía llamado Deseo está publicado en Catedra junto a El zoo de cristal.*

ELVIS PRESLEY

16-A

LA MUERTE DEL REY

La muerte de Elvis disparó la ya elevada temperatura que registraba el estado de Tennessee el 16 de agosto de 1977. Los últimos años del Rey del Rock propulsaron su fama y su fortuna, pero ni él ni la llamada Mafia de Memphis (amigos y familiares de su entorno) supieron gestionar un fenómeno tan novedoso como descontrolado. La fecha es hoy símbolo de su beatificación para millones de fans.

Último adiós en Graceland

El ataque al corazón de Elvis Presley del 16 de agosto de 1977 empezó mucho antes. Se estaba larvando, silencioso y traicionero, en su inseparable bolsa de cuero cargada de pastillas. Como un amuleto mortal y macabro, vendía así su alma al diablo rumiando nombres como Demerol, Dilaudid o Quaalude. Ni su afición por los libros religiosos, ni los avisos de Priscilla, ni Trish, la enfermera que residía en una caravana en el patio trasero de Graceland, ni las autorizaciones de George Nichopoulos, “Nick”, su médico (o su camello) pudieron evitar el colapso. Todo el mundo llegó tarde a su baño privado aquel tórrido 16 de agosto. Todos menos Lisa Marie, su hija, a la que no dejaron entrar porque estaba ya vampirizado por la muerte. Tampoco llegó a tiempo Ginger Alden, novia (o simplemente acompañante) que se conformó con ser la última persona que lo vio con vida. Sin más.

Allí yacía el adolescente de Tupelo criado entre las astillas de los antros que regentaban los dolientes bluesman y los oficios religiosos donde los espirituales negros sanaban las heridas de la segregación racial. No dejó un bonito cadáver aquella tarde húmeda de Memphis en la que aún resonaba en sus labios *Blue Eyes Cryin in the Rain*, de Willie Nelson. Claro que hubiese querido dar un beso más a Lisa Marie, claro que hubiese visto una vez más a Gregory Peck en *McArthur*, *el general rebelde* o los diálogos desternillantes de los Monty Python. Y claro que hubiese salido esa noche de gira si no llega ser

porque nadie quiso ver que al Rey del Rock, de 42 años, se lo estaban comiendo, entre otras enfermedades, el glaucoma, la hipertensión, el sobrepeso, la obstrucción intestinal y los estragos del hígado.

La muerte llevaba siguiendo sus pasos mucho antes de aquel agosto de 1977. De haber podido leer detenidamente la autopsia se hubiese comprobado el acoso y derribo al que venía sometiendo a su organismo durante aquellas jornadas en las que vivía obsesionado por su imagen, por la publicación de *Elvis: What Happened?* por los primos Red y Sonny West y David Hebler, miembros despechados de la muy abundante nómina de la Mafia de Memphis (algunos de ellos amigos de la infancia y parásitos incombustibles que no veían más allá de sus prebendas).

La situación económica fue otro de los motores que empujó a Elvis al callejón sin salida de aquel 16 de agosto. Sus aviones, sus cadillacs y sus regalos sin medida pretendían comprar la fidelidad de todo el que le rodeaba. Una cara terapia que no hacía sino hundirlo más en las pantanosas aguas de su soledad. Por eso, nadie llegó a tiempo aquel día de agosto para contarle al menos una sola verdad sobre su estado. Ni siquiera Vernon, su padre y a la sazón postizo administrador de su fortuna, fue capaz de imponerle un criterio, un camino, que lo salvara de aquel

sinistro despilfarro. El hecho de que su fama y su fortuna fueran el primer gran fenómeno de masas de la historia no lo explica todo. Era evidente que tenía que haberse tomado un año sabático, descansar, desintoxicarse y hacer, por fin, su deseada y balsámica gira internacional para conectar con los fans de todo el mundo.

Pero nadie llegó a tiempo. En la carretera mortal que le llevó al 16 de agosto Elvis se saltó todas las señales de tráfico y no miró en ningún momento por el retrovisor. No se dio cuenta de que todos los semáforos estaban en rojo. Tampoco el 26 de junio de ese año durante su concierto en el Market Square Arena de Indianápolis. Las 18.000 personas que llenaban el recinto asistieron con la carne de gallina al escuchar el *Also Sprach Zarathustra* de Richard Strauss (quién no) con la que introducía sus apariciones. No podían imaginar (o quizá sí contem-

plando su estado) que su “adiós” final sería su despedida definitiva de los escenarios. *Can't Help Falling In Love*, uno de los títulos más bellos de su repertorio, cerraba la lista de 23 canciones que estaba ya en manos de la historia.

Aquella carrera demente hacia el abismo durante el pegajoso verano de 1977 no tenía frenos, ni obstáculos ni conductor. Sólo Priscilla podía ejercer la suficiente influencia sobre sus volantazos,

NADIE LLEGÓ A TIEMPO
AQUEL DÍA DE AGOSTO
PARA CONTARLE A ELVIS
PRESLEY AL MENOS
UNA SOLA VERDAD
SOBRE SU ESTADO

pero estaba a muchos kilómetros de distancia observando con preocupación cómo se consumía mental y físicamente el padre de su hija.

Solo Graceland, la mansión que compró con tan solo veinte años, lograba transmitirle algo de paz. Allí estaba seguro. Pese a estar rodeado de su familia y de su guardia pretoriana parecía vivir a cientos de kilómetros de cada uno de ellos. Pero el destino, que a veces muestra más voluntad que incertidumbre, quiso que su vida acabara allí, en el lugar en el que había sido feliz. Tras su muerte hubo un intento de vender el inmueble pero una acertada decisión de Lisa Marie lo salvó para convertirlo en santuario de sus fans, que aún lo recuerdan como si estuviese vivo (muchos piensan que aún lo está). Medio millón de visitas al año lo convierte en la casa más visitada (y rentable) de Estados Unidos después de la Casa Blanca.

Lo demás es silencio. El 18 de agosto se celebró un funeral que reunió a Linda Thompson, Katy Westmoreland y Ann-Margret, quizá, estas sí, sus verdaderos amores. También asistieron el reverendo Rex Humbard y el guitarrista Chet Atkins. No faltaron los himnos de J. D. Sumner y los Stamps, James Blackwood y la mencionada Westmoreland. Portearon el féretro algunos de sus fieles como Joe Esposito, George Klein, Jerry Schilling y, sorprendentemente, el doctor Nick. El Coronel Parker, fiel a su trayectoria, estuvo presente en alguna penumbra del duelo esperando a que Vernon firmara unos contratos que le permitieran aprovecharse del *merchandising*. Elvis Presley no tuvo descanso ni siquiera en la tumba. Fue enterrado junto a Gladys, su madre, en el cementerio de Forest Hill pero a finales de ese caluroso agosto hubo un intento de robar el cadáver, de modo que los restos de ambos fueron trasladados al Jardín de Meditación de Graceland, donde aún reposan. “Ha cambiado para siempre el rostro de la cultura popular estadounidense”, declaró el presidente Jimmy Carter muy consciente de que sus palabras entrarían, como Elvis, en el tiempo de la leyenda. ● JAVIER LÓPEZ REJAS



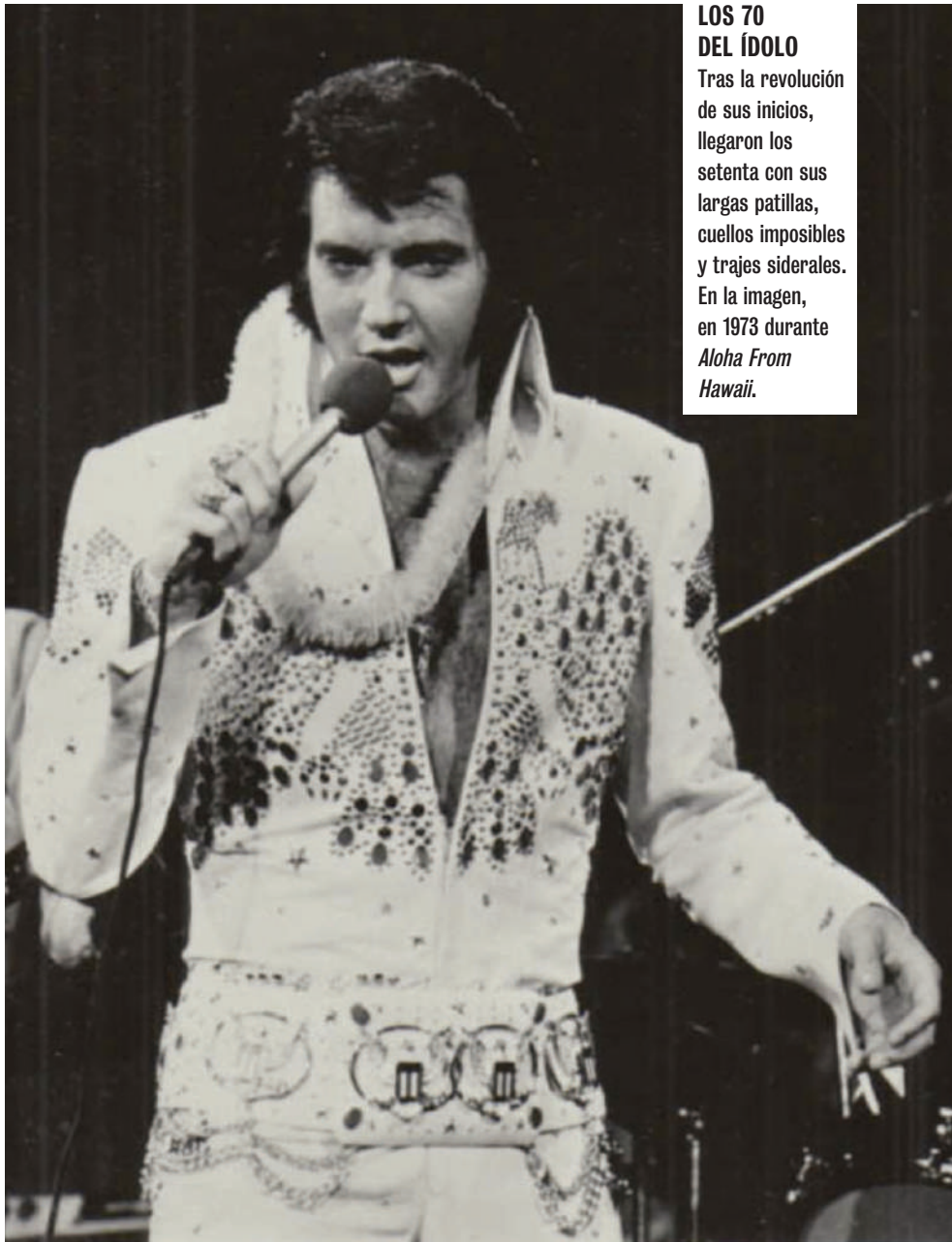
BAZ LUHRMANN SPECIAL

Pocos esperaban ya un *biopic* del Rey del Rock con la solvencia y seriedad de *Elvis*, la entrega más reciente de Baz Luhrman. Protagonizada por Austin Butler, el filme, bien documentado, ofrece el punto de vista del Coronel Parker (Tom Hanks). Una demostración de que aún no está todo dicho sobre el de Tupelo, ni en lo personal ni en lo artístico. Alta tensión emocional.

■ *Elvis* se estrenó en salas el pasado 24 de junio. Producida por Warner, llegará a HBO Max el 8 de agosto.

LOS 70 DEL ÍDOLO

Tras la revolución de sus inicios, llegaron los setenta con sus largas patillas, cuellos imposibles y trajes siderales. En la imagen, en 1973 durante *Aloha From Hawaii*.



RCA

ESPIANDO A DOROTHY

Hermie (Gary Grimes) observa a la mujer de la que se está enamorado (Jennifer O'Neill).



Verano del 42, el fin de la inocencia

Ambientada en una isla de la costa atlántica de EE.UU., el filme de Robert Mulligan presenta el verano como la puerta de entrada al vértigo, el dolor y el desconcierto de la madurez. Seguimos a Hermie, un torpe adolescente que se enamora de una mujer en tiempos de guerra.

Verano del 42 en una isla de la costa atlántica de los Estados Unidos. Los atolondrados quinceañeros Hermie, Oscy y Benji corren despreocupados por una playa de arena gris, remontan cuerpo a tierra —imitando a los soldados que se baten el cobre en Europa y África— una duna llena de hierbas, matas y flores y permanecen agazapados cuando llegan a la cumbre. Durante unos segundos, espían a la pareja de la casa que corona el acantilado, treintañeros felices, morenos y rabiosamente guapos. Hermie los mira embozado, deteniéndose en la fisonomía de la mujer, sin sospechar que será ella quien borre para siempre la inocencia de su rostro.

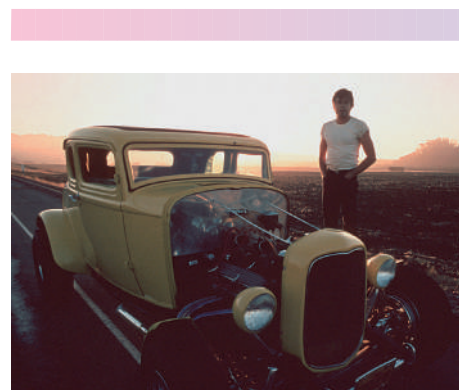
Mientras esto sucede, el “terrible trío” (así se llaman entre ellos estos tres amigos del ve-

cindario cuyas familias han decidido veranear en el mismo lugar) se dedica a ir de un lado para otro bajo un inestable cielo, a veces brillante y despejado, en ocasiones triste y lluvioso. Sin embargo, cuando sale el sol, la playa bulle y se llena de chicas con atrevidos bañadores que bailan los éxitos del *Billboard* que reproduce una radio portátil. Las parejas se remozan en las toallas o compar-ten una Coca-cola, y un grupo de chicos juegan al voleibol con una red improvisada.

El “terrible trío” observa desde la distancia y se enreda en conversaciones sobre chicas y sexo, materias en las que ninguno de ellos está demasiado versado. Eran otros tiempos, más

pacatos, sin un internet que despejará las dudas, por lo que el descubrimiento de un libro sobre educación sexual, con fotos en blanco y negro y a color, es toda una revelación para los tres muchachos. Hasta el punto de que toman notas para tenerlas a mano ante cualquier contingencia.

Más tardes de juegos y carreras, de risas tontas mientras





tira once minutos acariciando lo que pensaba que era un pecho y no es más que un simple hombro.

Tras la proyección, los cuatro acuerdan volver a verse y los calenturientos protagonistas atisban la posibilidad de perder la virginidad, lo que llevará a Hermie a pasar un vergonzoso trance en la farmacia del pueblo para comprar preservativos. Pero no será él quien los use durante la escapada nocturna a la playa, sino un Oscy que acabará tan exhausto como maravillado. Y es que a Hermie realmente solo le interesa la mujer de la casa del acantilado.

Herman Raucher, guionista curtido en la televisión americana durante los años dorados del medio, escribió *Verano del 42* basándose en sus propios recuerdos de las vacaciones que pasó en la isla de Nantucket (Massachusetts) —aunque la película se rodó en Ben Harbor (Maine), ya que en los 70 Nantucket estaba demasiado edificado—. Los productores no confiaban mucho en el proyecto y le pidieron a Raucher que novelara el guion para generar interés entre el público. Cuando el libro se lanzó poco antes del estreno del filme, se convirtió en un éxito rotundo, en uno de los grandes *best sellers*

de principios de los 70. La película también arrasó en taquilla en 1971, y Raucher vio la oportunidad de escribir una secuela, *Clase del 44* (Paul Bogart, 1973), en la que repetirían Gary Grimes como Hermie, Jerry Houser como Oscy y Oliver Conant como Benjie, con “el terrible trío” viviendo la experiencia universitaria. Sin embargo, la película no funcionó y ahí se truncó la carrera de los tres actores.

En *Verano del 42*, Raucher no solo reproducía la confusión de los adolescentes de la época

EL “TERRIBLE TRÍO” SE ENREDA EN CONVERSACIONES SOBRE CHICAS Y SEXO, MATERIAS EN LAS QUE NINGUNO DE ELLOS ESTÁ DEMASIADO VERSADO

ca en materia sexual, sino que abordaba el acontecimiento que le convirtió a él mismo en un adulto: su encuentro con Dorothy, una mujer que veraneaba ese año en la isla junto a su marido, aunque este se tiene que marchar en mitad de las vacaciones a combatir en la Segunda Guerra Mundial. Raucher refleja a través de su álter ego Hermie aquella experiencia: cómo, tras espiarla, se acerca a ella una mañana para ayudarla a llevar provisiones a casa y cómo poco a poco van estableciendo una entrañable amistad, aunque el protagonista se enamora perdidamente. Hasta que todo desem-

boca en una noche en la que Hermie va a visitarla y descubre, junto a una botella de whisky y un cenicero lleno de cigarrillos, una carta del ejército en la que le informa de la muerte del marido en el frente. Hermie la consuela, ambos bailan entre lágrimas una triste canción y acaban haciendo el amor de manera tierna y delicada. Tras esa noche, Dorothy, interpretada con magnetismo por Jennifer O’Neill, desaparece dejando tras de sí una carta de despedida en la que le dice a Hermie que nunca lo olvidará y que espera que con el tiempo encuentre la manera de recordar lo que pasó entre ellos.

El director Robert Mulligan, que captura con su cámara la radiante belleza del verano, aplica la fórmula que tan bien le funcionó en *Matar a un ruiseñor* (1962): estamos ante un filme que empieza y acaba con la voz en *off* del protagonista ya adulto, por lo que se trata de una nostálgica mirada al pasado reciente a través del tamiz de los recuerdos, punteada con la emotiva y melancólica banda sonora de Michel Legrand, que recibió por ella el Óscar.

“En el verano del 42 asaltamos el puesto de guardacostas cuatro veces, vimos cinco películas y llovió nueve días. A Benji se le rompió su reloj, Oscy regaló su armónica y en un sentido muy especial yo perdí a Hermie para siempre”, relata la voz del protagonista. El verano, en definitiva, como el final del paraíso de la niñez y la puerta de entrada al vértigo, el dolor y el desconcierto de la madurez. ● **JAVIER YUSTE** ■ *Verano del 42* está disponible en Rakuten y Apple TV.

se comparte un helado, de paseos por el pueblo, de hacer recados... Y la oportunidad surge una noche en el cine. Oscy se acerca a dos chicas y las invita a ver con él y con Hermie la película que proyectan, *La extraña pareja* (Irving Rapper, 1942), con Bette Davis en el papel protagonista. Oscy, algo bruto por naturaleza, tras mucha insistencia, consigue besar a su reticente acompañante. Hermie, más tímido y recatado, se atreve a rodear a la suya con su brazo y se

AMERICAN GRAFFITI, LA BENDICIÓN DE SER JOVEN

Los adolescentes de *Verano del 42* (1971) y *American Graffiti* (1973), obras casi contemporáneas, están separados por dos décadas —las mismas que median entre Robert Mulligan y George Lucas, cuyos estilos resultan antagónicos tras la cámara—, pero parecen de galaxias muy lejanas. En *American Graffiti*, otro *coming of age*, Curt y Steve nos llevan a dar una vuelta en coche por Modesto (California) en una calurosa noche de verano, mientras el Hombre Lobo pincha rock’n’roll en la radio. Un vibrante retrato de la generación del *baby boom* en un instante cultural irreplicable.

■ *American Graffiti* se puede ver en Filmin.

MARILYN MONROE

4-A

NACE EL MITO

Marilyn Monroe llevó el verano como un estigma de su destino. Desde el despertar de su madurez hasta su trágico final. En total, tres etapas de su vida en las que la cánfala marcó una forma de relacionarse con el mundo. Incapaz de superar los traumas de su pasado y la incontrolable presión de la fama, murió sola víctima de una sobredosis de barbitúricos. Hace ahora seis largas décadas.

El camino a Brentwood

Basta recurrir a cualquier enciclopedia para confirmar que Norma Jeane Mortenson vio la luz en el Hospital del Condado de Los Ángeles un 1 de junio de 1926. Más complejo, sin embargo, resulta determinar la fecha de nacimiento de la persona en la que se transformaría, pero permítanos el lector aventurar la conjetura de que esta tuvo lugar un día del verano de 1939.

Los aires de guerra que soplaban en Europa eran solo un eco lejano para una Norma Jeane ilusionada ante la invitación de su primer novio a pasar la tarde en la playa de Ocean Park. La adolescente, que acababa de cumplir los trece años, no dudó en aceptar y se acercó a una tienda para alquilar un bañador que, por aquello de arañar unos centavos, terminó teniendo un par de tallas menos de la que le correspondía. Marilyn contaría al guionista Ben Hecht su incomodidad al sentirse semidesnuda sobre la arena, pero también cómo “cuando llegué a la orilla unos jóvenes me silbaron. Cerré los ojos y me quedé quieta un momento. Y en lugar de meterme en el agua me di la vuelta y decidí caminar por la playa. Los hombres también se pusieron a silbarme y muchos se levantaron para acercarse y verme mejor. Incluso las mujeres se quedaban paralizadas a mi paso. Tuve una sensación extraña, como si fuera dos per-

sonas diferentes. Una era la Norma Jeane del orfanato. La otra, alguien cuyo nombre no conocía”.

Ese nombre terminaría siendo el de Marilyn Monroe, el mismo con el que otro verano, el de 1946, firmaría su primer contrato con la 20th Century Fox. La entrada en una *major*, por mucho que fuera por una puerta lateral, era la forma con la que Norma Jeane intentaba dejar atrás una infancia aterradora, en la que bajo el paraguas de un cristianismo integrista había conocido los abusos sexuales, los problemas mentales, el abandono familiar, el alcoholismo y unos malos tratos tan violentos como para acabar con la vida de su hermano. Nada de aquello, sin embargo, le dejaría tanta huella como la ausencia de

un padre al que nunca conoció: el que a su primer marido, James Dougherty, lo llamara en la intimidad “Daddy”, al segundo, Joe DiMaggio, “Pa” y al tercero, Arthur Miller, “Pappy”, no hace necesario ahondar en dónde radicaba el vacío que la devoraba prácticamente desde su nacimiento. No puede decirse

que la relación de Marilyn con las *majors* resultara afortunada: la interminable sucesión de papeles de *pin-up* explosiva a los que quedó rápidamente condenada terminó por agotar la paciencia de una actriz que siempre ansió mucho más. Su continua búsqueda de credibilidad tuvo por

momentos aspecto de lucha desesperada, llevándola a tomar decisiones de una sorprendente valentía. Difícil calificar de otro modo la creación de Marilyn Monroe Pictures (MMP), la compañía con la que consiguió levantar por sí sola películas que la industria parecía tenerle vedadas: he aquí el origen de la cinta que le ofreció su primer papel dramático, *Bus Stop* (1956), de la que le permitió medirse de igual a igual con el reputadísimo Laurence Olivier, *El príncipe y la corista* (1957), e incluso del que sería su proyecto más personal y ambicioso, *Vidas rebeldes* (1961). Más arriesgada aún sería la decisión de abandonar Hollywood para formarse en el Actors Studio neoyorquino, confrontándose en igualdad de condiciones con una larga serie de aspirantes que, precisamente por su categoría de estrella, sabía que la despreciaban profundamente.

Quizás el error de Monroe radicó en no saber limitar esta necesidad de reconocimiento al ámbito profesional y trasladarla, tantas veces de manera tortuosa, a su vida personal. No resulta arriesgado aventurar que a ello respondieron sus sonados emparejamientos con hombres cada vez más influyentes, cada vez más poderosos, que culminarían en esa confusa relación que mantuvo a un mismo tiempo con los hermanos John y Robert Kennedy. Pero el punto de no retorno había llegado otro verano, el de 1956, que vio el anuncio de su matrimonio con Arthur Miller, el dramaturgo más admirado de Estados Unidos. Difícil saber si

MARILYN NUNCA SE
SINTIÓ TRATADA COMO
UNA IGUAL. EL DESDÉN
QUE SIEMPRE INTUYÓ
EN MILLER AGENTUÓ
SUS PROBLEMAS



A LOS PIES DEL ICONO

Si hay una imagen legendaria de Marilyn es esta de *La tentación vive arriba*: las faldas de la actriz, en una noche calurosa, se elevan sobre la rejilla de ventilación del metro.

LA VECINA DE ARRIBA DE UN RODRÍGUEZ NEOYORQUINO

No hay película más veraniega en la filmografía de Marilyn Monroe que *La tentación vive arriba* (Billy Wilder, 1955). Estamos ante una más de las historias de los Rodríguez de Manhattan “desde los tiempos de los indios *lenape*”. Un Rodríguez (Tom Ewell) que, en la crisis de los siete años de matrimonio y en ausencia de su familia, se topa con una vecina rubia a ritmo de Rajmáninov que lo mismo riega sus plantas desnuda que refresca su ropa interior en el frigorífico. ■ La tentación vive arriba puede verse en Amazon Video o Google Play.

en la relación pesaba más la admiración que la actriz sentía por el escritor o la necesidad de verse reconocida intelectualmente por él. Fuera como fuese, Marilyn nunca se sintió tratada como una igual y el desdén que siempre intuyó en Miller acentuó los problemas de insomnio e inseguridad que la corroían desde la infancia y cronificó una adicción a los sedantes que terminaría llevándola a la muerte.

Una muerte que tuvo lugar un último verano, el de 1962, hace estos días sesenta años. Los problemas que arrastraba Marilyn eran ya lo suficientemente complejos como para haber estallado públicamente durante el rodaje de *Something's Got to Give*, un filme convertido en bomba de relojería por ser el único cartucho que guardaba en la recámara la Fox tras la ruina a la que la había abocado la realización de la colosal *Cleopatra* (1963). La insoportable presión que marcó toda su mecánica de trabajo provocaría en un primer momento la expulsión de Monroe y en un segundo la cancelación de la película. Sin embargo, los amigos y la gente más cercana recuerdan a la actriz tranquila, de extraordinario buen humor y confiada ante los proyectos que tenía por delante.

Pero la madrugada del 4 al 5 de agosto su ama de llaves la encontró en su cama muerta por una sobredosis de barbitúricos. “Era inevitable”, dijo lacónicamente un Miller que decidió no asistir a los funerales. Las declaraciones de quienes estuvieron presentes aquella noche en el apartamento de Brentwood resultarían tan contradictorias que, tantas décadas después, siguen provocando auténticas oleadas de interpretaciones. Desde venganzas de la mafia siciliana hasta complots comunistas cualquier factor parece posible. Suposiciones que, desgraciadamente, poco importan a estas alturas: la única realidad es que una vida se quebró con solo treinta y seis años y que aquella muerte terminaría fijando en Marilyn un carácter icónico que la elevaría a un umbral de fama del que, tantos años después, nadie parece haber sido capaz de destruir. ● FELIPE CABRERIZO



ECOS MITOLÓGICOS

Melvil Poupaud y Amanda Langlet, Gaspard y Margot, en una escena de *Cuento de verano*.

Vacaciones ‘chez’ Rohmer

Tenía que suceder. Tenía que ponerle nombre, por fin: *Cuento de verano* (1996) se llama, con toda propiedad, el que en realidad es el sexto ‘cuento de verano’, de una filmografía, la de Éric Rohmer, que había comenzado –treinta y siete años antes– con otro relato que exploraba ya el tiempo detenido del mes de agosto (*El signo de Leo*, 1959).

Tiempo de calor, de holganza y de parálisis, tan solo aparente. Tiempo de relajación que, para este cineasta (el más veraniego de todos), coincide con la apertura de un tiempo suspendido –de ocio, de descanso o de vacaciones– que para él es equiparable al ‘tiempo vacío’ hitchcockiano. Tiempo de disolución de las certezas, el verano rohmeriano es también la ocasión para que sus

personajes se liberen (o así lo crean, aunque no sea del todo cierto) de ataduras familiares, sociales o morales. Tiempo de emociones furtivas y tentaciones amorosas.

Ya transcurran sus ficciones en el agosto caluroso de las calles parisinas y de los muelles del Sena (*El signo de Leo*), en una villa de Saint-Tropez a orillas del Mediterráneo durante unas semanas de julio (*La coleccionista*, 1966), en una mansión campestre de Talloires junto al lago de Annecy, entre el 29 de junio y el 29 de julio (*La rodilla de Clara*, 1970), en las playas de Normandía cercanas al Mont Saint-Michel durante siete días de agosto (*Pauline en la playa*, 1982), en las costas vascas de Biarritz y de San Juan de Luz entre el 2 de julio y el 4 de agosto (*El rayo*

El calor y la luz de verano. Es el territorio favorito de Éric Rohmer: el estío que filmó con maníático rigor cronológico en películas como *Cuento de verano*, *El rayo verde* o *Pauline en playa*, donde utilizó la canícula para explorar sutiles encrucijadas emocionales.

verde, 1986), o en las playas de Bretaña entre el 17 de julio y el 6 de agosto (*Cuento de verano*)..., estamos siempre en el territorio favorito de la dramaturgia rohmeriana, campo de juego privilegiado para el despliegue de las miradas sobre los objetos de deseo.

Cuando suben las temperaturas, entramos *chez* Rohmer: allí donde la luz y el clima adquieren una fisicidad que juega un rol activo y causal en las trayectorias anímicas o morales de sus personajes. Son historias que aparecen casi siempre explícitamente datadas en la pantalla, situadas invariablemente junto al agua (“Hay mucha agua en mis películas. Me gusta mirarla y también tocarla”) y en escenarios filmados con tanta exactitud atmosférica como rigor cronológico. En-



LA RODILLA DE CLARA (1970)



PAULINE EN LA PLAYA (1982)



EL RAYO VERDE (1986)

tre otras cosas, porque la ficción de sus relatos transcurre siempre en las mismas fechas en las que se filman las imágenes. “La autenticidad geográfica, meteorológica y cronométrica del cine de Rohmer no tiene precedentes en ningún otro director contemporáneo”, escribía en su día el crítico José Luis Guerner.

El pegajoso calor urbano de la canícula parisina pesa de manera determinante en la progresiva degradación física del protagonista en una película cuyo título alude al signo del zodiaco ubicado entre el 22 de

julio y el 23 de agosto (*El signo de Leo*): una de las obras fundadoras de la Nouvelle Vague que hoy podemos contemplar, además, como un aviso de lo que estaba por venir. Porque después llegarán cinco entregas veraniegas más.

Las cálidas tonalidades mediterráneas impregnan la luz natural a orillas del mar en un filme (*La coleccionista*) en el que Adrien (Patrick Bauchau) aspira a “llevar el ocio hasta un grado no alcanzado jamás”. El ruido del agua, de los grillos y el canto del gallo, las hierbas y los árboles del campo, el deslizamiento de la luz y de la sombra... configuran la dimensión casi panteísta, contemplativa, carnal y relajada del estío en una película de estirpe renoiriana.

A su vez, las lluvias de finales de julio propician el encuentro decisivo entre Jérôme y Claire cuando se desata la tormenta en el lago de Annecy: secuencia-núcleo de un filme (*La rodilla de Clara*) que nace de un episodio veraniego de las *Confesiones de Rousseau* (‘El idilio del huerto de los cerezos’), y en el que todos los personajes se acarician y se tocan de manera incesante en una atmósfera de serena luminosidad propiciada por la textura climática del entorno y por la disponibilidad de las horas de ocio.

El tiempo vacío de las vacaciones y los paseos por la playa articulan los vaivenes del deseo y un rondó de expectativas poliédricas en *Pauline en la playa*: un filme que nace, precisamente, de una obra de teatro titulada *Les vacances*, que Rohmer había empezado a escribir a principios de los años

LEER EL MAR, LAS OLAS, LOS VIENTOS...

Cuenta Françoise Etchegaray en su apasionante libro *Cuentos de los mil y un Rohmer* (ECAM-DAMA-Caimán, 2022) que, durante la preparación de *Cuento*



de verano, el cineasta le explicaba al actor Melvil Poupaud que iba a “interpretar muchas escenas junto al mar y que tendremos que entenderlo pese al ruido de las olas, la marea y los vientos. Hablar alto y articular bien, ese es el secreto”. El mar, las olas, la marea, los vientos... La textura del verano y de la naturaleza en acción. El cine de Rohmer en estado puro.

cincuenta. De la misma manera que *El rayo verde* nace de un antiguo esbozo en el que el cineasta escribe: “El sol, los cuerpos, la montaña, ecología, soledad-multitud, vacaciones-trabajo, encuentros, suerte, cartas, horóscopos...”; un conjunto de ideas que después dará lugar a sucesivos títulos de trabajo: *La paseante*, *Un romance de vacaciones* y, finalmente, *Les Aoûtiennes* (Las ve-

raneantes de agosto). Y así hasta llegar al *Cuento de verano*, donde Rohmer, para retratar a Gaspard (Melvil Poupaud), un personaje para quien no hay más horizonte que el del instante presente, que carece de puntos de anclaje y que parece moverse casi por el vaivén de las mareas, o lo que es igual, por el influjo de la Luna, necesita controlar el horario diario de estas. A la postre, Gaspard encuentra a Margot (Amanda Langlet) en la Crêperie del Claro de Luna, a la segunda chica en un pueblo llamado Saint Lunaire, mientras que los nombres de esta última y de su novia inicial son, respectivamente, Solène y Léna, sendos juegos de aliteración sonora a partir de Selené, el nombre que recibe la diosa de la Luna en la mitología griega.

Ficciones que se instalan en esa pausa fugaz y evanescente del verano, en la que solo puede vivirse la conciencia de un presente permanentemente sustituido por el momento siguiente. A la captura de ese palpito transitivo, efímero y perecedero del instante, de la revelación ‘epifánica’ que sacude los cimientos interiores de ‘sus criaturas (con el ‘rayo verde’ como figura emblemática), Éric Rohmer hace del verano su herramienta fundamental para explorar esas encrucijadas por las que no se interesan las ficciones tradicionales, esas sacudidas emocionales que, según sus propias palabras, “escapan al contador de historias, ya sea cineasta o novelista”. ● CARLOS F. HEREDERO

■ Cuento de verano, La rodilla de Clara, Pauline en la playa y El signo de Leo pueden verse en Filmin.

SON HISTORIAS QUE
APARECEN SITUADAS
INVARIABLEMENTE JUNTO
AL AGUA Y EN ESCENARIOS
FILMADOS CON EXACTITUD
ATMOSFÉRICA



VIAJE INOLVIDABLE

El fanfarrón Bruno, Vittorio Gassman, y el apocado Roberto, Jean-Louis Trintignant, en un momento de *La escapada*.

Bajo la luz del ferragosto italiano

Destilando su esencia, el verano está en *La escapada* (1962). El clásico de Dino Risì nos conduce, con el fanfarrón Bruno (Vittorio Gassman) al volante, en un trayecto circular por el ferragosto de Roma y sus alrededores para recorrer las distintas sensaciones y sentimientos de la época canicular: vacío, soledad, nostalgia, deseo, viaje, familia, aventura, romance, sensualidad, amistad, música, alcohol y noches sin dormir, mar, ciudad y montaña...

Una jornada de descubrimiento interior (remarcando las voces de los protagonistas) que es sobre todo el del apocado Roberto, estudiante de Derecho interpretado por un joven Jean-Louis Trintignant, máscara de la tragedia por venir, fascinado y repelido a partes iguales por la energía, la vulgaridad,

El estío y sus bochornos quedan magistralmente reflejados en *La escapada*, el clásico de Dino Risì en el que Vittorio Gassman y Jean-Louis Trintignant, recientemente fallecido, alcanzan la esencia a través de la vertiente amarga del humor y el humanismo.

la intuición del seductor y enigmático Bruno que, en gran medida, le abre los ojos a sus propios deseos. La emblemática crónica de Risì resulta realmente insuperable como esencia destilada del estío y sus bochornos. En cierto modo establece como lugar de paso las amistades estivales imposibles, que llegan hasta la encantadora animación de Disney / Pixar del año pasado, *Luca* (2021, Enrico Casarosa), en la que un niño se hacía amigo de un monstruo marino de las aguas italianas.

Ciertamente, el memorable viaje al final del verano en el Lancia del infausto Bruno sirvió como esquema para las múltiples variaciones replicadas en innumerables películas italianas a lo largo de los años sesenta, ejerciendo de señue-

lo espiritual de otros relatos en torno a los pegajosos días de agosto.

Se sumaba a su vez Dino Risì al legado neorrealista y la célebre commedia *all'italiana* de *Domingo de agosto* (1950) de Luciano Emmer —que también concentraba el verano en uno de sus días festivos, San Gaetano, 7 de agosto, en la masificada playa de Ostia— o de *La playa* (1954), dirigida por el gran Alberto Lattuada —que a partir de Guy de Maupassant propuso un ácido retrato de la hipocresía social en un balneario de la Riviera italiana—, llevando como ellos la exploración social por la vertiente amarga del humor y el humanismo.

El recientemente fallecido Trintignant había protagonizado unos años antes *Verano*



DOMINGO DE AGOSTO (1950)



VACACIONES DE FERRAGOSTO (2008)

violento (1959), en la que Valerio Zurlini se remontaba al estío autobiográfico de 1943 en Riccione para relatar la caída de Mussolini en la piel del hijo de un fascista que pasa unos días de juerga ajeno a la guerra.

Pareciera que el cruce de caminos de la crónica estival en tierras italianas se abre en dos direcciones. Y ambas son agrídulces. La de un cine de prosa, aventurero y ligero, que se quiere popular, bullicioso, divertido y social al tiempo; y la de otra suerte de relato más introspectivo, de crisis interiores y pesquisas estéticas, en contacto con las sensaciones y el paisaje veraniegos. Resulta curioso, vista hoy, que *La escapada* pueda por momentos adscribirse a una u otra corriente. De hecho, la comedia de Risi autoproclama en sus primeros compases el tono y movimiento perpetuo en oposición al cine de Antonioni que por entonces abría otro linaje (más

existencialista) en las imágenes quemadas por el ferragosto, y si bien el vacío urbano del principio de *La escapada* se espeja a su modo en el vacío urbano del final de *El eclipse* (1962) —Bruno le dice a Roberto que la película de Antonioni le hizo dormir—, ambos utilizan la metrópoli desierta con fines estéticos y narrativos muy distintos.

La vida se detiene durante el verano pero no así el tiempo, materia prima del arte cinematográfico, que parece nacido para atrapar la sensualidad de los cuerpos y el ritmo de las horas del estío. En *Vacaciones de Ferragosto* (2008), tras escribir el guion de *Gomorra* (otro relato “veraniego” en el límite de la crónica social), Gianni di Gregorio dirigía y protagonizaba su magnífico debut tras la cámara, una farsa cálida, absurda y tierna, protagonizada por actores no profesionales, que ponía su foco en las ancias

LA VIDA SE DETIENE EN EL VERANO, PERO NO EL TIEMPO, MATERIA PRIMA DEL CINE QUE PARECE NACIDO PARA ATRAPAR LA SENSUALIDAD DE LOS CUERPOS

nas de Roma dejadas a su suerte durante la gran escapada del festivo italiano, en el que todas las familias abandonan la ciudad.

En el nuevo siglo, bajo otros parámetros y a veces en los mismos paisajes, diversos autores han seguido la estela italiana para sofisticarla, resignificarla o incluso enmendarla. El cine italiano, o más bien el cine que viaja por Italia como destino turístico, sigue hoy ofreciendo no pocos hitos, si bien el origen de muchos de ellos, o el linaje al que adscribirlos, si-

gue pasando bajo sentencia de muerte por Roberto Rossellini y su *Viaggio in Italia* (1954), verdadero nido de itinerarios estivales emprendidos por cineastas no europeos, de Estados Unidos a Japón.

El viaje de Ingrid Bergman y George Sanders en *Tè querré sempre* (1954) ha sido el caldo de cultivo de dos directoras europeas primordiales como son la alemana Maren Ade y la británica Joanna Hogg. Esta última, que se ha revelado a la cinefilia en los años recientes con el magistral díptico *The Souvenir* (2019-2021), debutó en *Unrelated* (2008) con la crisis sentimental de una mujer atrapada en un matrimonio infeliz, que decide sumarse a las vacaciones familiares de una amiga en una gran villa Toscana, para encontrar una fuga al hedonismo y la sensualidad en el hijo adolescente de su amiga, interpretado por un jovencísimo Tom Hiddleston.

A su vez, quien estaba llamada a reformular la comedia de autor europea con *Toni Erdman* (2016), acompañó en *Entre nosotros* (Alle Anderen, 2009) a una pareja aparentemente feliz en su viaje turístico por el Mediterráneo para emprender su propio viaje rosselliniano a las indeterminaciones del corazón. Y al año siguiente, el poeta iraní Abbas Kiarostami demostró en *Copia certificada* (2010), en connivencia con Juliette Binoche y el barítono William Shimmel, que aún había mucho que desentrañar, bajo la poética del simulacro, respecto a las lecciones del italiano de cómo filmar la ruptura emocional con el viaje en coche por las carreteras italianas. ● CARLOS REVIRIEGO



CIUDAD Y CAMPO, LAS DOS CARAS DEL ESTÍO

Vagar por una felliniana Roma con Jep Gambardella (Toni Servillo), hortera consciente, esteta insobornable y cínico implacable, o vivir el primer amor en una exuberante Lombardía, como Oliver (Armie Hammer) y Elio (Timothée Chalamet). Difícil elección. En *La gran belleza* (2013), Sorrentino invita a conocer una Roma vulgar, en inenarrables fiestas y *performances*, y sublime, con esos mágicos paseos nocturnos. En *Call Me by Your Name* (2017), Guadagnino prefiere la calma de los palacios veraniegos, donde las rutas en bici, los baños y el turismo estimulan el deseo de los personajes.

■ La gran belleza está disponibles en Filmin y Movistar. Call Me By Your Name puede verse en Netflix.

■ La escapada puede verse en Filmin.



NOLDE-STIFTUNG SEEBÜLL

EMIL NOLDE: *NUBES DE VERANO*, 1913. MUSEO THYSSEN-BORNEMISZA

Nubes de verano

JOSÉ CARLOS LLOP

David Mitchell tituló su novela más popular *El atlas de las nubes*: se filmó en Mallorca. Antes habíamos leído *La théorie des nuages*, de Stéphane Audeguy, donde un modisto japonés, ayudado por una joven bibliotecaria, encarga una búsqueda borgiana basada en su fascinación por las nubes, su colección de libros sobre las mismas y lo que ocurre entre las piernas de las mujeres. Detrás, la gran nube-hongo de Hiroshima. Vida y muerte: las nubes están, desde que el tiempo es tiempo, entre la literatura y la meteorología. Pero en la sabiduría antigua eran heraldos y existían sabios que leían las nubes como otros las entrañas de las aves y así predecían el futuro.

He pasado la mayoría de veranos de mi vida frente al mar. En un puerto de pescadores de la

costa norte de Mallorca donde tanto las nubes como las puestas de sol sobre el mar han sido la parte más espectacular de la cotidianidad estival. Establecí incluso una clasificación entre puestas de sol envueltas en nubes mozartianas y otras en nubes pintadas por los colores de Gauguin. Pero lo más que predecían era un día posterior calmo u otro ventoso, embelleciendo el final de la jornada. Las nubes de verano de Emil Nolde, extrañas y misteriosas, flotan sobre lo que parece una tormenta marina de final de agosto, cuando el mar se oscurece hasta la negrura, y nos hablan más que nunca de la incertidumbre de este otoño. Como si cuando acabe el verano, fueran a regresar la Antigüedad, o los campos de Verdún. ●

CaixaForum

Exposición organizada en colaboración con

The British
Museum

Madrid

Hasta el 26 de octubre

#CaixaForumMomias



MOMIAS

DE EGIPTO REDESCUBRIENDO
SEIS VIDAS



Momia de un joven (detalle). Período protodinástico tardío - romano temprano, ca. 100 a. C. - 100 d. C. Probablemente Hawara, Fayum, Egipto. British Museum EA 24800 © Trustees of the British Museum



Fundación "la Caixa"

Castilla y León

**PARECE
QUE LA
CONOCES,
PERO NO.**

Si quieres vivir algo nuevo, visita Castilla y León,
un lugar donde disfrutar de lo que ya conoces
y sorprenderte con lo que aún no.



**Junta de
Castilla y León**

Cañón del Río Lobos. Soria